La Ruta de Orellana: Seis mil kilómetros de selva
Alberto Vázquez–Figueroa



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El interminable territorio del Amazonas es una atracción permanente para la aventura. Pero, aparte una auténtica pasión por lo desconocido y un arrojo probado, es imposible convertirse en explorador de aquella impenetrable selva sin conocer antes los riesgos de muerte –indios sanguinarios, anacondas, pirañas, caimanes, bandidos– que acechan a quien se atreva a recorrer una parte del inmenso territorio. Vázquez–Figueroa, ducho en estas lides por haber sido protagonista de varias expediciones, se propuso seguir las huellas de un explorador español, Francisco de Orellana, que en el siglo Xvi descubriera el Amazonas.

El inmenso avión comienza a descender; de los helados nueve mil metros, a la caliente Guayaquil. Desde el aire, contemplo largamente el mar y la ciudad. El río Guayas, sucio y calmoso, que se ha venido abriendo paso desde las cumbres de los Andes, allá a lo lejos, parece desperezarse, cansino, en sus últimos kilómetros, antes de entregarse definitivamente al Pacífico.

Quiero detenerme a pensar en que voy a recorrer Sudamérica de parte a parte, de océano a océano, a través de siete mil kilómetros de río, pero no lo consigo. Ahora todo cuanto me importa es la ciudad que me espera: Guayaquil.

¡Guayaquil! Su nombre me ha llamado siempre la atención; tiene algo de poético, de dramático quizá. Guayas fue un cacique indígena; Quil, su esposa. El día en que los españoles conquistaron sus tierras para establecerse definitivamente en ellas, expulsándolos, Guayas y Quil se suicidaron. Los españoles, impresionados, le pusieron su nombre a la ciudad.

En realidad Guayaquil fue fundada tres veces; la segunda de ellas por Francisco de Orellana, el tuerto trujillano, capitán de los ejércitos de Francisco de Pizarro, pero nunca he sabido a ciencia cierta si fue él o alguno de sus otros fundadores quien dio ese nombre a la ciudad.

Destruida por incendios y seísmos; asaltada por piratas e indios bravos, conserva muy poco, si es que conserva algo, de la que levantó Orellana en 1536, y hoy se ha convertido en el centro económico del Ecuador y uno de los más importantes puertos del Pacífico, por el que se exportan la mayoría de los productos ecuatorianos, sobre todo sus plátanos; infinidad de racimos de plátanos, de los que este pequeño país es el principal proveedor mundial.

No se puede decir que Guayaquil sea en verdad una ciudad agradable.

Demasiado caliente para nuestro gusto de europeos; demasiado activa y trabajadora para nuestro temperamento; demasiado igual a tantas otras ciudades americanas, para nuestras ansias de tipismo.

Insalubre –ya que fue necesario construirla al fondo de un pantano para defenderla de los ataques de indios y piratas–, ha necesitado mucho esfuerzo para convertirse en la moderna ciudad actual que hace la competencia a Quito, aunque sea esta última la capital del país. Como ocurre con Madrid y Barcelona, Roma y Milán, Nueva York y Washington, Quito es la capital política y cultural del Ecuador, mientras que en Guayaquil reside su fuerza y su potencial económico.

No deseaba quedarme mucho tiempo allí, pero un guayaquileño acérrimo, Gastón Fernández –gerente general de la Corporación Ecuatoriana de Turismo–, se empeñó en que no podía irme sin haber visitado las playas de Salinas, o haber pescado el "marling" en Punta Carnero. Tuve que aceptar, y me llamó poderosamente la atención el paisaje que durante dos horas tuvimos que atravesar para llegar a Salinas, cruzando la pequeña península de Santa Elena.

Pocas veces en mi vida, y salvo en el Sahara, he podido contemplar un desierto de semejantes

características, en el que los árboles parecen clamar al cielo por una gota de agua para sus desnudas ramas; en que la tierra, de tan calcinada por el sol, se diría quemada por el fuego.

Es un paisaje realmente inhóspito; allí, tan cerca, sin embargo, de la exuberancia de los valles andinos; a una hora de vuelo de la increíble floresta amazónica. En el desierto de la península de Santa Elena no ha caído una gota de agua en nueve años, y a poco más de cien kilómetros se encuentra una de las regiones de mayor pluviosidad del mundo. Es uno de los muchos contrastes que pueden darse en el pequeño Ecuador.

En Salinas me bañé en su hermosa playa, y en Punta Carnero pesqué el maravilloso "marling", que vienen a buscar aficionados de todo el mundo.

No en vano se ha capturado aquí el ejemplar que ostenta el récord mundial de dicha especie, y son estas aguas tan ricas en su pesca que, en una mañana, cayeron en nuestro poder tres magníficas piezas de más de cien kilos.

Punta Carnero invita a quedarse, a disfrutar de unas largas vacaciones, pero yo me sentía impaciente por comenzar mi viaje siguiendo las huellas de Orellana.

Regresé a Guayaquil. A los cinco años de su fundación éste era ya puerto clave del Pacífico, y su gobernador –Francisco de Orellana–, un hombre poderoso e importante a sus escasos treinta años de edad. Veterano de la guerra del Perú, ya héroe y ya tuerto, otro que no fuera él se hubiera conformado con disfrutar el fin de sus días de una bien ganada posición que le había costado tantos esfuerzos. Sin embargo, cuando supo que su antiguo compañero de armas Gonzalo Pizarro, hermano de su señor don Francisco Pizarro, virrey del Perú, preparaba en Quito una poderosa expedición que había de adentrarse en las desconocidas selvas de Oriente en busca del "País de la Canela", Orellana sintió de inmediato el llamado de la aventura.

Cinco años de tranquilidad eran muchos. Ya sentía que su sangre hormigueaba con la necesidad de entrar de nuevo en acción; de ceñir la espada e iniciar la larga caminata en pos de algo tan quimérico como ese "País de la Canela" del que nadie sabía, en aquel entonces, absolutamente nada; salvo que alguien, en alguna parte, había dicho que existía allí, muy lejos, selva adentro.

El trujillano experimentó la urgente necesidad de entrevistarse con el menor de los Pizarro, ofrecerle su espada, brindarle su compañía. No tuvo que pensarlo mucho para iniciar el camino hacia Quito, donde sabía que ya Gonzalo había comenzado a preparar su ejército.

En aquellos tiempos no debía resultar sencilla la ascensión desde Guayaquil, situada al nivel del mar, a los tres mil metros de altitud de Quito, atravesando regiones dominadas por indios aún hostiles a los españoles. De todos ellos hoy no queda más que esa tribu pintoresca y absurda: los Colorados, que escondidos en un valle de los Andes, cara al mar, parecen no haber evolucionado en estos últimos cuatrocientos años.

¿Conoció Orellana a los Colorados? No es posible saberlo, ya que, probablemente, él siguió la ruta de Riobamba y Latacunga, desviada hacia el Sur.

Pese a ello me pareció que no debía abandonar la región sin hacer una visita a esta curiosa tribu, a la que no reconozco ningún pariente próximo, y que son, junto a los chayapas de Esmeraldas, los únicos indios de selva que habitan al occidente de los Andes en toda la América del Sur.

Su nombre, bien ganado por cierto, les viene dado por la extraña costumbre que conservan de

pintarse el cuerpo con un tinte que extraen de la semilla del "achiote". Éste, cuyo nombre científico es "Bixa Orellana", les sirve, igualmente, mezclado con grasa, para dar a sus cabellos una contextura sólida, en forma de plato o gorra de visera, práctica para que el agua, en estas regiones en que tanto llueve, resbale y no les moleste en la cara.

Esto también podría considerarse como una muestra de coquetería masculina, propia de tribus primitivas, en las que el hombre suele ser, por lo general, más presumido que la mujer.

El hecho de lucir por toda vestimenta un taparrabos confeccionado en una vistosa tela de rayas que ellos mismos se tejen, da a los indios Colorados un aspecto francamente cómico y pintoresco que los hace inconfundibles.

Estas gentes, con las que permanecí algún tiempo, son particularmente pacíficas y acogedoras, y las familias del interior del valle, no prostituidas por la proximidad del hombre blanco, conservan antiquísimas tradiciones, dignas de un estudio etnológico profundo que aún no ha sido llevado a cabo.

La tierra es aquí tan fértil que hasta los palos de las cercas echan raíces, y las chacras o plantaciones de plátanos, café y caña de azúcar permiten a esas gentes vivir sin estrecheces. El Gobierno les protege y no permite, bajo ningún concepto, que se les moleste.

Me sorprendió grandemente el hecho de que en los atardeceres, ya casi de anochecida, las viudas se reunieran a llorar a sus maridos y a quejarse de que ya nunca volverían "jumaos" –borrachos– al huasipungo, a pegarlas y romper los cacharros.

Y es que, por lo que pude advertir, los Colorados son bastante aficionados a la bebida, al "guarapo de caña", fuerte y de olor dulzón y agrio, con el que organizan fiestas que a menudo duran hasta bien entrado el día.

Entablé una cierta amistad con Daniel, sobrino del Gran Jefe Colorado, que me explicó algunas de sus costumbres e incluso trató de enseñarme los rudimentos de su idioma: el "tsátchela", lengua propia y exclusiva de esta tribu, y cuyo nombre viene de su palabra, "tsachilá", que significa hombre.

Daniel, a pesar de vivir en una choza construida a base de madera de chonta y de guadua, había comenzado, sin embargo, a adquirir ciertos hábitos que pudiéramos considerar "civilizados", tales como utilizar en sus cacerías una moderna escopeta y el permitirse de tanto en tanto una escapada a la vecina Santo Domingo; escapada en la que, por lo que me pareció, lo único que andaba buscando era cambiar el "guarapo de caña" por un ron más fuerte.

Los habitantes de Santo Domingo, acostumbrados ya de tiempo atrás, no parecen sorprenderse gran cosa por la presencia de un indio semidesnudo y pintarrajeado por las calles de su ciudad.

Daniel, aparte de invitarme a un concierto de marimba interpretado por su padre, insistió en que permaneciera entre ellos hasta el cercano "día de la paliza anual", extraña ceremonia en la que el jefe de la tribu acostumbra a azotar a los niños, castigándoles por todas las fechorías que puedan haber realizado en el transcurso del año. Excusado resulta decir que los muchachitos Colorados no parecen tener gran interés en comportarse mejor o peor, ya que están convencidos de que todos recibirán, al fin, idéntico trato.

Concluida mi visita a la tribu de los Colorados regresé a Guayaquil, donde, no recuerdo qué mañana del mes de noviembre de 1968, inicié mi larga caminata tras las huellas del trujillano

Francisco de Orellana.

Cruzando el río Guayas, por Durán y Yaguachi llegué al pie del Chimborazo, cuyo nombre significa en quechua "Señor de la Muerte", y que con sus 6.300 metros no es tan sólo la más alta cumbre del Ecuador, sino, que hasta el siglo Xviii, se la consideró como la montaña más elevada del mundo.

A partir del Chimborazo se extiende un largo valle: la Avenida de los Volcanes, inmenso callejón inter–andino donde una mano gigantesca colocó de una forma artística, casi simétrica, unos frente a otros, infinidad de picachos a cuál más alto, a cuál más hermoso y espectacular, que parecen retarse de lado a lado del valle; desafiarse en su magnificencia.

El Chimborazo, el Cotopáxi, los dos Illinizas, el Tumguragua, el Rumiñahui..., más allá el Antisana, y aun el Cayambe, todos sobrepasando los cuatro mil metros; algunos incluso los seis mil: siempre tan cerca, en un aire limpio, que parecen poder tocarse con las manos; siempre tan lejos, entre las nubes, que se les diría más parte del cielo que de la tierra.

Y allí, en su centro, a mitad de camino entre el Chimborazo y el Cotopáxi, se alza una bonita ciudad, capital de provincia, de la que apenas hablan los libros o los tratados de geografía y cuyo nombre, Latacunga, es una deformación del quechua "Llactacunga", que significa "Garganta de la Patria".

Cuentan que fue en otra época ciudad de gran importancia, allá por el tiempo del imperio incaico, y aún pueden encontrarse en sus alrededores restos de viejos palacios, ruinas de lo que tal vez fueran fortalezas, trozos de camino de los que hoy apenas queda más que un leve recuerdo.

Muchas cosas han cambiado en Latacunga desde entonces; muchas, desde que fuera un punto clave en la estructura del Imperio, y a las moles de piedra negra, maciza, de aspecto tan sólido que parecían querer desafiar al tiempo, han sucedido construcciones blancas, livianas, más esbeltas, pero condenadas también a durar menos.

A menudo los caminos de piedra, laboriosos caminos por los que viajaban a hombros de esclavos los caciques, se ocultan bajo una capa de asfalto, o se perdieron entre matorrales, y a los puentes que colgaban sobre los ríos y las torrenteras han sucedido otros de cemento y hierro.

Los hombres blancos y sus automóviles se pasean por las calles y las plazas y, de vez en cuando, de una ventana surge el sonar de una radio.

Una fábrica de harina hace girar constantemente sus modernos molinos, y faroles eléctricos alumbran cada noche las esquinas. Latacunga es, pues, una ciudad de nuestro tiempo; una pequeña ciudad del siglo Xx con su parque y su estanque, y un pintoresco restaurante que, en el centro, se mira constantemente en las tranquilas aguas. Y, sin embargo, a veces se diría que no han pasado cuatrocientos años sobre Latacunga, que el tiempo se detuvo y continúa siendo la misma "Llactacunga", "Garganta de la Patria", de los incas.

Se piensa eso al ver a las indias agachadas, lavando la ropa sobre las piedras, en la helada y limpia agua de los riachuelos, para tenderla a secar luego sobre la verde hierba, no lejos de donde los animales pastan bajo los puentes, puentes ahora de cemento y hierro, que constituyen el único cambio del paisaje, de una escena mil veces repetida. Son descendientes estas indias, semejantes en todo, hasta en la forma de sentir, de aquellas otras que hace cinco siglos lavaban la ropa de igual forma, en el mismo sitio, para tenderla a secar de idéntica manera. Tampoco se advierte diferencia en quienes pasan por las nuevas aceras o esquivan a

los coches marchando siempre con su rápido paso, un paso que casi es carrera, semioculta la cara bajo los sombreros, inclinada la espalda por las enormes cargas, los fardos, o los niños.

Y en el mercado, el gran mercado de la abierta plaza, ahí sí que ya resulta difícil –diría imposible– hacerse a la idea de que vivimos en plena era atómica, que el hombre llega a la Luna y juega a girar alrededor del mundo.

Hablan en quechua; no les entiendo, y no llego a comprenderlos ni aun cuando lo hacen en mi lengua, tan diferente es su psicología, y me siento extraño, más extraño quizá que los primeros españoles que llegaron hasta estas alturas con el mismo Orellana.

Se preguntan qué hago yo allí, tan desplazado, con mis cabellos rubios y ojos claros, junto a lo oscuro de su tez y su mirar profundo, y se apartan de mí, me esquivan, y a veces creería que se sienten molestos por mi interés hacia ellos, por mi curiosidad que no desean.

Tal vez no existe en este mundo para el hombre de nuestro tiempo, acostumbrado a la vida moderna, un punto, un lugar cualquiera en el que se llegue a sentir tan desplazado como en uno de estos mercados de indios andinos. Ni en la más profunda de las selvas, ni en el desierto, ni aun en el fondo de los mares, le parecerá vivir tan fuera de su ambiente como cuando se encuentra rodeado de estos seres retraídos, silenciosos, de rostros oscuros e inexpresivos, que parecen casi habitantes de otro planeta.

Los vendedores, mujeres principalmente, se sientan ante su triste mercancía: algunas frutas, raros brebajes, malolientes guisos, y esperan pacientes, lejanos, se diría que indiferentes, como si no tuviesen interés alguno en la venta, como si les importase poco conseguir algo a cambio de lo que tienen, o tener que llevárselo de regreso a casa, para volver al mismo punto, a idéntica posición, al día siguiente.

Muchas de esas mujeres han emprendido, aun de noche, una larga, larguísima caminata, para traer quizá nada más que un puñado de bananas que tal vez nadie les compre; otras vinieron desde sus lejanas cabañas, trotando bajo un inmenso haz de leña, o un niño y un saco de patatas, y hasta alguna cargó con un cerdo o una oveja que no quería marchar lo bastante aprisa.

Se pasarán después el día a la espera, en silencio, casi sin comentar con sus vecinas, con las que vendan, más allá, lo mismo, o cualquier otra cosa, pues los indios andinos son parcos en palabras, ¡incluso las mujeres!, y no se escucha en aquel mercado tan lleno de gente el escándalo que podría encontrarse en cualquier otro, de cualquier parte del mundo.

Allí la escena tiene fuerza, pero afecta tan sólo a dos sentidos: los ojos, que se llenan de contrastes y escenas pintorescas, y el olfato, que a menudo se ofende.

El vestir de las mujeres y los ponchos de los hombres parecen rivalizar en colorido, y del granate al negro puede encontrarse todo, con abundancia en la gama de los azules, y entran también en ese juego plástico las frutas, desde el amarillo de los plátanos al rojo violento de pequeños tomates, con el verde de los aguacates y hasta el morado de algo que yo creo berenjenas. El cielo, sobre ellos, está cubierto de nubes, gris plomizo, pero cuando un rayo de sol rompe la muralla y llega hasta el mercado, el color cobra tal vida que se diría que de improviso ha estallado un castillo de fuegos de artificio.

Y en el centro de aquel mundo, para mí tan complejo, un mundo en el que no puedo, por más que lo intento, penetrar, una niña se sienta en el suelo, junto al puesto de venta de su madre, y permanece también tan lejana, tan absorta, que no puede ya, desde entonces, negar su raza, cuanto lleva en su sangre, y que le persigue desde siglos. No la veo jugar, no la veo reír, ni

busca la compañía de otros niños, sino que permanece así, muy quieta, a solas con sus pensamientos.

Es una niña quechua, y se diría que nada tiene en común con los demás niños de este mundo.

A dos horas de camino de Latacunga, tras cruzar al pie del Cotopáxi, el más alto volcán del mundo, y a las faldas de otro volcán, el Pichincha, se alza Quito: joya arquitectónica de América, la ciudad de los innumerables monumentos.

Debió resultar emocionante el encuentro, en aquel año de 1541, entre los dos viejos compañeros de armas: Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana.

La hermosa ciudad andina fue testigo del nacimiento de la gran empresa; lo dio todo para su puesta en marcha, y por ello se siente orgullosa, con justicia, del papel que le tocó desempeñar en el descubrimiento del Amazonas. Hoy en su plaza de la Independencia, en el corazón mismo de la ciudad, una gran placa recuerda y proclama que esa honra es suficiente, no ya para una ciudad, sino incluso para un país. El descubrimiento del Amazonas nació en el Ecuador y ése es un hecho que no puede negarse.

Para mí, Quito resultaba ya conocida de otros viajes, lo que no impedía que sintiera la necesidad de recorrerla una vez más, de visitar nuevamente alguna de las maravillas de sus iglesias y conventos. Contaba allí con innumerables amigos que no estaban dispuestos a dejarme partir para mi largo viaje, y en verdad que no me dolió, más bien al contrario, quedarme a descansar unos días.

No fue así, sin embargo, ya que tuve que aceptar, agradecido, desde luego, la invitación de Galo Plaza, ex Presidente del Ecuador y actual Secretario General de la Organización de Estados Americanos, para pasar, una vez más, el fin de semana en su hacienda "Zuleta", a orillas de lago San Pablo, al pie del inmenso Cayambe.

"Zuleta" está considerada como una de las "haciendas–modelo" de Hispanoamérica, tanto por la forma en que es explotada como por el trato que en ella reciben los colonos indios, entre los cuales, Galo Plaza ha repartido más de dos mil hectáreas de terreno, dividido en pequeñas parcelas, dotada cada una de su propia vivienda.

Mantuve en esos días con Galo Plaza conversaciones que me hicieron comprender mejor las características del Ecuador, al que siempre he considerado, pese a su pequeño tamaño, uno de los países más interesantes, no sólo de América, sino de cualquier otro continente, ya que en él, por su situación, a caballo sobre la línea equinoccial, que cruza a unos kilómetros al Norte de Quito, y por sus características geográficas se dan todos los contrastes.

Ecuador es Norte y Sur; alto y bajo; nieves eternas y calores tórridos, volcanes y selvas, y probablemente ninguna otra nación ofrece en tan corto espacio tal cantidad de diferenciaciones naturales, pasando de las cumbres heladas del Chimborazo con sus 6.300 metros a las playas de Salinas, los húmedos valles amazónicos o las increíbles islas Galápagos, donde el reloj de la vida detuvo su marcha y donde Darwin comenzó unos estudios que habían de llevarle a las conclusiones finales en su teoría de la evolución de las especies.

Cuando pregunté a Galo Plaza a qué atribuía el que, situado entre Colombia, la tierra de las violencias y las eternas luchas políticas, y Perú, donde los odios de clase han llegado a menudo a extremos increíbles, Ecuador no sufra, sin embargo, ninguna de ambas enfermedades, su repuesta me sorprendió:

—Existen naciones en esta parte del mundo –dijo– en las que un dos o tres por ciento de la población tiene en sus manos la riqueza, la posición social, e incluso el poder político, con lo que el resto de sus conciudadanos, con su hambre y sus miserias, tienen que estar siempre sujetos a sus deseos y conveniencias. Esto es lo que provoca, a la larga, un malestar que termina en revolución, guerra civil o violencia. Pero en Ecuador la categoría social, la aristocracia, si así se la quiere llamar, está limitada a las grandes familias descendientes de los españoles, ya arruinadas por la continua división de sus tierras, mientras que el dinero ha ido a parar a aquellos que se establecieron en la costa, preferentemente en Guayaquil, y lograron amasar a base de muchos esfuerzos inmensas fortunas, fundamentadas en el plátano, el café o el comercio.

—¿Y cuál de esos grupos detenta el poder político? –quise saber.

—Ninguno –replicó–. Éste se encuentra manejado casi en su totalidad por la clase media. Si se tiene en cuenta, además, que Ecuador no es un país de grandes núcleos urbanos, cuyos barrios obreros suelen constituir peligrosos focos de agitación, se advertirá que dicha agitación sólo podría provenir de la masa campesina, lo que aquí, por nuestras características propias, resulta muy difícil.

Al existir una región andina, alta y fría, y otra costera, tropical y tórrida, los problemas que afectan a un tipo de campesinos no suelen afectar, por lo general, a los otros.

Bien distintos son, en verdad, los problemas que Ecuador tiene hoy de los que tenía aquellos días en que Orellana hacía proyectos en Quito, junto al gobernador Pizarro.

Benalcázar, fundador de la capital, se había llevado en su reciente expedición a Cundinamarca, en la que andaba en busca del famoso "El–Dorado", más de cinco mil indios, despoblando por tanto de forma notable la región quiteña. Y ahora Gonzalo Pizarro pretendía reclutar un ejército semejante para la exploración del "País de la Canela", aunque, en realidad, Pizarro no buscaba tan sólo la canela, pese al gran valor que esta especia tuviera entonces en el mundo.

Pizarro abrigaba, también, la esperanza de encontrar en su camino "El–Dorado" y quizá –¿por qué no?dar con el fabuloso tesoro de los incas, del que tanto se hablaba entonces y del que aún se continúa hablando.

Por lo que se sabe, cuando Francisco Pizarro exigió de Atahualpa oro por su rescate, el Imperio Incaico contribuyó a reunir la cantidad exigida. Sin embargo, al Norte, en Quito, todas las riquezas de la región fueron recogidas por el general Rumiñahui, que al saber que Atahualpa había sido ajusticiado ya en Cajamarca, incendió la ciudad ante la llegada de los españoles de Benalcázar y escondió el oro y las piedras preciosas en algún lugar al oriente de los Andes; en los montes Llanganati, que conocía bien, y que eran sus tierras de origen.

Más tarde, y aunque se le sometió a suplicio, Rumiñahui nunca confesó en qué lugar se encontraba ese tesoro que aún no ha sido hallado. Cuentan las leyendas que se componía de la carga de oro y piedras preciosas que podían transportar mil hombres; que se escondió en una cueva, y que su valor resulta realmente incalculable. Un científico inglés, basándose en los datos existentes, determinó recientemente que el 10 por ciento de ese tesoro, colocado en un banco, rendiría unos beneficios que, probablemente, superarían los cinco mil millones de pesetas. Resulta difícil creer en semejantes cifras, aunque existe el precedente de dos marineros ingleses que en el siglo pasado aseguraron haber encontrado dicho tesoro, jurando y perjurando que la cantidad de oro reunida en aquella caverna no la podían cambiar de lugar mil hombres fuertes. Por desgracia, cuando volvían a apoderarse de él, murieron sin que pudieran señalar nunca en qué punto exacto de esa región al oriente de los Andes se encuentra

la famosa caverna.

Por su parte, "El–Dorado" pertenece más al mundo de la leyenda que al de la realidad. "El–Dorado" era, según las historias indígenas, un poderosísimo cacique de una tribu lejana, cuya vestimenta se componía únicamente de una fina capa de polvo de oro que había de cambiar diariamente bañándose en las aguas de un Lago Sagrado. Tan abundante era el oro en sus reinos que este rito no significaba para él un gasto digno de tenerse en cuenta.

Este mito de "El–Dorado" fue, sin duda, uno de los que con mayor fuerza contribuyeron al desarrollo de las exploraciones de los españoles en América, ya que, al creer firmemente en su autenticidad, lo buscaron incansables de un extremo a otro del Continente, de la más profunda selva a la más elevada montaña. Gonzalo Pizarro, como Benalcázar, como tantos otros, no podía ser una excepción, y aunque realmente la idea básica de su aventura fuera encontrar el "País de la Canela", los otros dos objetivos, el Tesoro y "El–Dorado", también anidaban en su mente.

Probablemente en aquella reunión que Pizarro y Orellana mantuvieron en Quito tratarían estos temas, y no debió necesitar demasiada persuasión el menor de los Pizarro para que el tuerto trujillano le acompañara, si es que no estaba ya decidido a hacerlo.

Sin embargo, Orellana necesitaba regresar a Guayaquil a poner sus negocios en orden, a presentar su dimisión como gobernador de la ciudad y a malvender sus propiedades para armar un pequeño grupo de escogidos caballeros que constituirían su aportación a la expedición pizarrista.

Los meses de enero y febrero de 1541 sorprendieron por tanto a Guayaquil asistiendo a los pequeños preparativos de Orellana, y a Quito, asistiendo, igualmente, a los grandes –fabulosos para aquel entonces– preparativos de Pizarro. Casi cinco mil hombres, entre indios y españoles, constituían su ejército, al que había que sumar más de mil cerdos, cuatro mil llamas, doscientos cincuenta caballos y novecientos perros. Durante todo ese mes de febrero los diversos cuerpos de la expedición fueron saliendo, por tanto, de Quito, rumbo al valle que le conduciría a los Pasos de los Andes y de allí a las selvas del Oriente.

Entretanto Orellana no había regresado, y el día que Pizarro salió, al fin, de Quito, nada sabía de su compañero y amigo. En aquellos tiempos las comunicaciones entre ambas ciudades, con tribus de indios hostiles a mitad de camino, no resultaba, en verdad, sencillas.

Debió constituir una dolorosa sorpresa para Orellana enterarse, a su llegada a Quito días después, que el ejército de Pizarro había partido sin esperarle. Pero ése no constituía un grave problema para el trujillano.

Pese a los consejos de los quiteños, que intentaban hacerle desistir de su locura, Orellana decidió emprender la marcha en pos de Pizarro.

Y ahora, más de cuatrocientos años después, yo me encontraba en el mismo punto dispuesto a seguir las huellas de ambos.

A espaldas del hermoso Hotel Quito, a sólo unos metros de su piscina, se alza hoy un monumento en cuyo pie puede leerse: "De aquí partió Francisco de Orellana hacia el descubrimiento de nuestro gran río de las Amazonas".

Y sobre ese letrero el busto del trujillano –inmortalizado en broncecontempla con su único ojo el largo valle; el comienzo de aquella Ruta que había de llevarle a la gloria y que le haría entrar en la Historia como uno de los más grandes descubridores que hayan existido.

Una carretera asfaltada baja hasta el pequeño pueblo de Pifo, y luego –atravesando un hermoso valle– un camino empedrado comienza a ascender suavemente hacia las altas cumbres andinas. Muy a lo lejos, a la derecha, el Cotopáxi muestra su inconfundible cono blanco de volcán gigantesco, y también a lo lejos, a la izquierda, el Cayambe eternamente nevado nos recuerda que exactamente por su cumbre cruza la línea equinoccial.

Tengo que cruzar, por un pequeño puente, un riachuelo encajonado y áspero, río éste aún de la vertiente occidental; río que naciendo en los Andes va a morir muy cerca, al Pacífico. Luego inicio la ascensión y poco a poco advierto que el oxígeno me falta, que me cuesta más y más trabajo respirar, que me fatigo con facilidad, aquí, bastante por encima ya de los tres mil metros de altitud.

Cruzo ante cabañas indígenas, ante pequeñas plantaciones, junto a gentes pacíficas que me ven pasar con una cierta sorpresa, preguntándose, tal vez, qué busco y adónde voy por aquellos caminos. Alcanzo al fin los temidos páramos del Guamaní, tierras frías, desoladas, donde Orellana se perdió con su gente; donde cien de los indios de Pizarro murieron de frío.

Aquí, a casi cuatro mil metros de altitud, poco hay que ver, salvo la grandiosidad del paisaje, ya que la vegetación es escasa, aunque no dejará de tener para los botánicos un extraordinario interés; interés raramente comprensible, sin embargo, para quienes –como yo– sean profanos en la materia.

De los páramos, me llamaron la atención algunos ejemplares de colibrí y me pareció casi milagroso que esos pequeños pájaros de aspecto delicado, a los que acostumbraba ver en las cálidas tierras amazónicas o guayanesas, pudieran, sin embargo, sobrevivir en una región en la que, por las noches, la temperatura suele bajar de los cero grados. También me llamaron la atención pequeños sapos que se cruzaban en mi camino, saltando, no con la agilidad a la que estamos acostumbrados ver moverse a semejantes animales, sino con gestos cansinos; como si realmente un peso insoportable, una fuerza invisible, les impidiera elevarse. Fuera de ellos, tan sólo tuve algún ligero encuentro con tapiresvelludos, venados de color rojizo, y la sorpresa, para mí extraordinaria, de toparme de manos a boca, una mañana, con uno de los llamados osos de anteojo que, en verdad, apenas había oído hablar de él en mis anteriores correrías por los Andes, de Chile a Venezuela.

Los páramos se me antojaron infinitos, inacabables, y traté de imaginar cómo le habría parecido a aquel pequeño grupo de caballeros de Orellana que marchaban, precipitadamente, tras la expedición de Pizarro, atacados de continuo por indios hostiles, sufriendo frío y hambre, y sufriendo, sobre todo, la duda de no saber adónde se dirigían.

En mi camino no encontré más enemigos que la fatiga y el frío, mientras que ellos tuvieron que enfrentarse con mil dificultades.

A Gonzalo Pizarro y su ejército de casi cinco mil hombres no le debió costar trabajo cruzar esta región, pese a las tribus hostiles; Orellana tuvo que combatir con sus escasas fuerzas a muchos de los antepasados de los pacíficos y silenciosos indígenas que encontraba yo en el camino.

Ningún testigo presencial ha dejado constancia de las calamidades que aquí pasara Orellana, pero en el relato de fray Gaspar de Carvajal, que más tarde fuera cronista de su epopeya y que a la sazón se encontraba con Pizarro, puede leerse:

"...Y así, padeciendo muchos trabajos, así de hambres como de guerras que los indios le daban, por no llevar más que veinte hombres, muchas veces les ponían en tanto aprieto que

pensaban ser perdidos y muertos en manos de ellos, y con ese trabajo caminó desde Quito, en el término de los cuales perdió cuanto llevaba, de tal manera, que cuando alcanzó al dicho Gonzalo Pizarro no le quedaba sino una espada y una rodela..."

Han pasado cuatrocientos años; ya ningún indio piensa en atacar, y el camino se encuentra claramente trazado; pese a ello, el aire falta a cuatro mil metros de altitud, el frío es igualmente intenso y la marcha fatigosa y dura.

A media tarde, como casi siempre en los páramos, comienza a llover torrencialmente y llega un momento en que esa lluvia se convierte en granizo, el granizo en pedrisco, y me veo obligado a buscar un precario refugio que me libre de las inclemencias del tiempo.

Y al fin, ¡El Paso! A cuatro mil cien metros de altitud una Virgen de Piedra y un mijón de cemento marcan el fin de la provincia de Pichincha, el fin de la región andina, el comienzo del Oriente ecuatoriano, de las grandes selvas. Esta es, sin duda, la puerta de la Amazonia, de los casi siete mil kilómetros de agua y espesura que se extienden desde los Andes al Atlántico. Sobre mi cabeza el Antisana –con sus cinco mil setecientos metros de altitud–, eternamente nevado, impresionante por su configuración, constituye el último de los gigantes de esta parte de la cordillera andina, y en mi camino no volveré a encontrar más que al Sangay, el hermoso volcán siempre activo que domina una inmensa extensión de la Amazonia ecuatoriana.

Ya en 1740, el francés La Condamine y su compañero Bauger exploraron los alrededores de la Antisana, al igual que –sesenta años después– lo haría otro famoso viajero, el alemán Von Humboldt, que no consiguió, sin embargo, más que llegar hasta el comienzo de sus nieves eternas, a unos cuatro mil seiscientos metros de altitud.

Aunque se intentó repetidas veces, las muchas dificultades que presenta para su escalada lograron que no fuera sino hasta 1880 que una expedición angloitaliana coronara por primera vez su cumbre.

Tras ellos tan sólo una persona ha conseguido dominarlo, y es que el Antisana, por su grandiosidad, por su lejanía, por ese estar situado en el comienzo y el confín de dos mundos tan distintos, tiene algo de misterioso, de inabordable –¿por qué no decirlo?–, de aterrador.

No; no creo que me hubiera gustado intentar llegar hasta su cima. Preferiría dejarlo a mi derecha y continuar mi marcha, mi descenso, desde esos cuatro mil cien metros del Paso hacia la inmensa selva amazónica que se abría ahora ante mí.

Comenzaba la gran aventura. No mi aventura, sino la de aquellos hombres que habían seguido el mismo camino cuatrocientos años antes.

Cuando el Antisana y sus nieves quedan ya a mis espaldas la tierra comienza a descender, y aunque desde tanto tiempo atrás viniera soñando con ese descenso, no resulta fácil, por más que el cambio de paisaje, de vegetación y de temperatura me den ánimos.

Será largo el camino; de los cuatro mil a los ochocientos metros de altitud, sintiendo que a cada paso el mundo se transforma, que la selva asciende hacia mí, que cada metro es un metro que pierde la montaña, que gana la jungla.

Seguiré los caminos del agua. El agua será ya siempre mi fiel compañera, la que me guíe; la que me abra senderos, la que me conduzca más tarde sobre sí misma.

De las cumbres andinas, de las eternas nieves del Antisana y cien picachos más, nace ese agua que se desgrana, primero en cataratas diminutas, cada vez mayores luego, con prisas por

alcanzar el valle: la cuenca amazónica que acabará conduciéndola perezosamente al mar.

Voy con ella, a saltos, precipitadamente, para detenerme de pronto en una hermosa laguna: Papallacta, donde el agua parece tomarse un breve descanso antes de rebosar y seguir ya inalterable su marcha.

La laguna de Papallacta se habría convertido en cualquier país del mundo en un maravilloso lugar de descanso; con un paisaje de una belleza inigualable, con unas aguas ricas en pesca y buenas tierras abundantes en caza; un rincón paradisíaco en el que maravillaría pasar una larga temporada.

Pero... ¡hay tantos lugares como éste en Ecuador y queda tan lejos Papallacta. No lejos en distancia, que realmente apenas ochenta kilómetros la separan de Quito; lejos, por la falta de comunicaciones, por lo difícil y abrupto del terreno, porque esos ochenta kilómetros atraviesan, de lado a lado, la inmensa cordillera andina.

Tras el descanso de Papallacta, maravilloso término medio entre las frías cumbres y la tórrida jungla amazónica, el agua continúa su camino, y con el agua continúo también yo, para llegar, al poco, al valle y pueblo de Papallacta; el último lugar civilizado que encontraré en este seguir la Ruta de Orellana antes de llegar a las misiones del Amazonas.

Aunque en la mayoría de los mapas aparezca señalada, Papallacta no es en realidad más que un conjunto de chozas, la mayoría de ellas de barro con techo de paja, que se extienden a lo largo de un pequeño y hermoso valle, sin nada que señalar, aparte una iglesia sin oficios y un pretencioso "Hotel Quito", que no es otra cosa que una cabaña de dos habitaciones.

Llegué ilusionado, con la esperanza de una buena comida caliente que me permitiera conservar mis provisiones, y grande fue mi desilusión al comprobar que en todo el pueblo no había ni un solo lugar en el que me sirvieran algo decente. Conseguí por fin, milagrosamente, una lata de sardinas en tomate, un queso de cabra y un puñado de huevos cocidos. Esto, con un trozo de pan y una cerveza caliente, me pareció un auténtico banquete. Pero tuve que comer al aire libre, ya que no me apeteció en absoluto sentarme a la sucia mesa de la oscura y maloliente choza en que me proporcionaron tan triste almuerzo.

Luego, tal vez por el cambio de temperatura en mi rápido descenso, tal vez por culpa de un sol tibio y agradable, me quedé dormido allí mismo, con la espalda apoyada en la pared de barro.

Al despertar, un indio de aspecto andrajoso y aire nada tranquilizador se sentaba a mi lado y estaba dando buena cuenta de los escasos restos de mi almuerzo.

Me sorprendió su presencia. El indio andino no acostumbra comportarse de esa forma; es respetuoso, y se diría que rehúye el trato del hombre blanco, como si siempre estuviera esperando algo malo de él. Sin embargo, mi indio de Papallacta parecía un caso insólito en su raza, y apenas advirtió que yo había abierto los ojos, se presentó a sí mismo con el mayor desparpajo:

—Soy Rafael –dijo–. Nací aquí, en Papallacta, y conozco como nadie toda la región: de Baeza a Tena, del Antisana al Napo.

—¿Conoces el camino al Coca?

Me miró con sorpresa. Su cara, que semejaba extrañamente la de un mono aullador, se marcó aún más de arrugas y arqueó las cejas. Me sorprendió nuevamente ver tal exceso de gestos, tal

despilfarro de expresiones en un miembro de la raza andina. Realmente, Rafael no era un indio corriente.

—¿Al Coca? –preguntó–. Nadie conoce el camino al Coca. Bueno –se contradijo–. Se sabe por dónde hay que ir; pero nadie sabe cómo. No hay camino al Coca –aseguró–. No hay camino alguno.

—Pero muchos lo han intentado –señalé–. Y todos han tenido que pasar por aquí, por Papallacta. ¿Qué rumbo siguieron?

—Sí –admitió–. Muchos lo intentaron. Pero ninguno lo consiguió. Mi primo se fue hace dos años, con el inglés. ¿Has oído hablar del inglés?

Estaba loco. Se lo dije a mi primo, y no me hizo caso. ¡Pobrecito!

Aquel "pobrecito" no me aclaraba si su primo había muerto con la expedición del inglés Snow o simplemente se había limitado a pasar las infinitas calamidades que tanto el mismo Snow como el ecuatoriano Pazmiño sufrieron en su fallida aventura.

Yo ya había oído hablar de la expedición de Snow, e incluso había conocido a Pazmiño en Quito. Vino a verme al hotel y me pidió una elevada suma –creo recordar que 5.000sucrespor proporcionarme un informe completo, con fotografías, de su desgraciada expedición. Naturalmente, ni yo podía pagar tal suma ni los datos que me proporcionaba valían dinero. Por otra parte, las fotografías, diapositivas todas ellas, eran de pésima calidad, ya que la mayoría se le habían mojado en el transcurso del naufragio que sufriera.

Snow y Pazmiño, acompañados por un grupo de indios, habían intentado seguir la Ruta de Orellana a través de la región maldita del alto Coca, aunque tal vez lo que buscaran era en realidad el tesoro de Rumiñahui.

Fuera como fuese, lo cierto es que vagaron durante dos o tres meses por la inhóspita región para acabar construyendo una balsa con la que seguir río abajo y a los cien metros naufragar, perdiendo todo cuanto llevaban.

Salvaron la vida, aunque no tenían provisiones ni medios con que salir del Coca. Continuaron su marcha a pie pasando infinitas calamidades, hasta que no pudiendo más, se dejaron vencer y se tendieron a orillas del río a esperar la muerte. Dos de sus indios, sin embargo –¡tal vez uno de ellos ese primo del que me habla Rafael!–, fueron capaces de continuar, y a duras penas alcanzaron, destrozados, una misión de la orilla del Coca, donde les prestaron ayuda.

Más tarde, mucho tiempo más tarde, conocí a uno de tales misioneros, quien me contó que tuvieron que acudir a un campamento petrolífero, en el que pidieron que se les proporcionara un helicóptero con el que ir en ayuda de los moribundos. El helicóptero les fue negado por los norteamericanos, a tal punto, que al cabo de tres días los misioneros amenazaron con promover una huelga y casi una revolución entre el personal indígena del campamento si no se acudía a rescatar a los desgraciados expedicionarios. Así fue como terminó la aventura; aunque, en realidad, mejor se podría decir que terminó en dos meses de hospital.

Si tenemos en cuenta, al propio tiempo, que el ejército pizarrista anduvo perdido casi un año por esta misma región, donde murieron cuatro mil de sus cinco mil componentes, y que tan sólo cincuenta –los cincuenta de Orellana– lograron llegar al otro lado, se comprenderán las razones del Indio Rafael para asustarse cuando le mencioné la Ruta del Coca.

Me miraba como si estuviera loco, y en verdad que yo sabía perfectamente que tenía toda la

razón del mundo.

Sin embargo, insistí:

—¿Eres capaz de servirme de guía por la ruta del Coca?

Agitó la cabeza negativamente.

—Hace falta mucha gente, mucho dinero y mucho equipo, y aun así no se conseguirá nada. Olvídese de eso –añadió–, nunca llegará al Napo por el Coca...

—Podemos intentarlo –señalé.

—¡Oh! Intentar, se puede intentar todo en este mundo –replicó–. Lo único que puede ocurrir es que no regrese, que lo pierda todo, como el inglés, o como lo perdió Pizarro.

Dicen que por aquí pasó, desnudo, de vuelta a Quito.

En efecto; tras más de un año de calamidades en el Alto Coca, Pizarro pudo volver a Quito. Y cuentan las leyendas que, cuando sus escasos supervivientes se acercaron a la ciudad, tan precaria era su situación que la mayoría llegaban desnudos. Los quiteños trajeron ropas con que cubrir a los capitanes, pero no habiendo vestidos para todos, Gonzalo Pizarro rechazó el ofrecimiento. No quería diferenciarse de sus hombres.

Los buenos vecinos de Quito, conmovidos por el lamentable aspecto de aquel puñado de valientes, conmovidos también por el gesto de su jefe, se quitaron a su vez la ropa para no avergonzar a los que llegaban, y así entraron todos, llorando, en la ciudad.

Me sorprendía –¡Rafael se pasaba la vida sorprendiéndome!– que aquel indio analfabeto hubiera oído hablar de Orellana y Pizarro. Pero esa tarde supe la razón: en el mismo centro de Papallacta un monolito con una larga inscripción recuerda que por allí pasaron los descubridores del Amazonas, y por allí se internaron, definitivamente, en la selva. En realidad, Papallacta no tiene más historia ni más monumento que ése, y, por lo tanto, no resulta extraño que hasta el último de sus indios tenga una idea de quiénes fueron Orellana o Gonzalo Pizarro.

Ciertamente yo no estaba hecho de distinta manera a cuantos se estrellaron contra la región del Alto Coca, y allí, en Papallacta, contemplando la caída de la tarde, el agua que descendía a saltos de las cumbres andinas y la inmensidad amazónica que se perdía de vista en la distancia, comprendí que nunca vencería al "Río Maldito". Marchaba hacia el fracaso si me internaba en aquella región en que tantos fracasaron, pero aun así debía intentarlo. No pensaba dejarme la vida en la aventura; tenía conciencia de hasta dónde llegaban mis fuerzas, y no abrigaba la ilusión de ser el primero tras Orellana; pero deseaba averiguar por mí mismo, muy de cerca, el porqué de ese eterno fracaso.

Al Coca, afluente del Napo, afluente a su vez del Amazonas, se le puede considerar por derecho propio "el río maldito".

Se sabe que el ejército de Pizarro perdió aquí el ochenta por ciento de sus hombres y que únicamente los cincuenta de Orellana fueron capaces de llegar más allá; pasar a las aguas tranquilas, y, sin embargo –resulta curioso–, en línea recta, no son más de cien los kilómetros que hay que recorrer.

¿Pero qué tienen para constituir semejante barrera, para ofrecer tales dificultades?

Todo. Los Andes caen aquí desde casi seis mil metros a quinientos, y a causa de ello las nubes de la llanura amazónica vienen a depositarse en esta unión, con lo cual raro es el día que puede verse el sol. Como Rafael decía: "La mitad del año, lluvia; la otra mitad, diluvia".

Luego, el calor insoportable de la raya ecuatorial; y así una tierra fértil, una humedad constante y un calor de horno hacen crecer una vegetación que se convierte en un auténtico muro impenetrable. El mismo río se oculta a veces bajo ese manto verde hasta resultar difícil descubrir su curso.

Por último el terreno llega a ser tan accidentado como jamás viera otro semejante, pues los Andes no caen de un modo suave y uniforme, sino que lo hacen atropelladamente, en quebradas, precipicios, cataratas, ríos de lava, profundos valles... Un mundo dantesco, en fin. Dantesco, verde, húmedo y caliente.

El resultado es que ningún ser humano, ni el más salvaje de los indios, ha vivido jamás en el Alto Coca; tan deshabitado como las cumbres del Himalaya, tan hostil al hombre como los abismos marinos.

Es refugio de jaguares y vampiros, y muchos aseguran que ni aun los monos se atreven a habitarlo. En verdad que, en mis días de recorrerlo, pocos monos vi.

Nunca resulta agradable referirse a los propios fracasos. Se procura esconderlos o disculparlos y, sin embargo, resultaría absurdo hablar aquí de heroicidades. Podría contar cosas magníficas, sin temor a que nadie –salvo el indio Rafael, con su cara de mono aullador– viniera a desmentírmelas, pero no es mi intención.

Honradamente el Alto Coca es demasiado para mí, y no me parece vergonzoso admitirlo. Si en cuatrocientos años nadie ha logrado vencerlo, ¿por qué iba a conseguirlo yo?

Me adentré en él, es cierto. Acompañado de Rafael, dejé atrás Papallacta y descendí por las estribaciones de los Andes, por la tierra donde diluvia, con un calor pegajoso y un ambiente irrespirable. Era como sumergirse en un invernadero, y del suelo surgían nubes de vapor que daban al paisaje un aspecto de baño turco.

Fueron días duros y desagradables, casi de pesadilla, y en ellos tropecé, al fin, con los famosos árboles de la canela, aquellos que viniera buscando la expedición pizarrista. Pero no era realmente éste el "País de la Canela". Estos "canelos" son arbolillos que no superan nunca los cuatro o cinco metros cuando, en realidad, un canelo normal pasa de los quince. Al igual que sus hermanos mayores, ostentan las mismas flores de color violeta, la corteza blanquecina y la apariencia verdosa, resultando hasta cierto punto aprovechables, pero no constituyen, en verdad, el paraíso de las especies que Pizarro buscaba.

Los árboles se encuentran tan esparcidos que, aparte de raquíticos, son escasos, por lo que pronto los españoles se convencieron de que el principal objetivo de su viaje no existía. Como relatan los cronistas de la expedición: "El calor de esta canela se enfrió, y perdieron la esperanza de hallarla en cantidad". ¿Qué otra cosa pudieron encontrar? Nada; nada más que lluvia, calor, fatiga y hambre.

Al cuarto día empecé a experimentar cierta debilidad. En un principio lo achaqué al clima y el cansancio, pero fue Rafael quien, mostrándome dos pequeñas heridas en el lóbulo de la oreja, me hizo comprender que los vampiros se estaban cebando en mí.

Dejarse atacar varias noches seguidas por esta particular especie de murciélagos de la Alta

Amazonia puede resultar peligroso, y se dice que hay quien ha muerto por su causa.

Pese a su diminuto tamaño, aproximadamente el de un ratón, el vampiro, al no poseer estómago, cuanto traga lo envía directamente al intestino y casi inmediatamente lo expulsa. Indefectiblemente, cada noche en que había sido atacado, por la mañana aparecía, a unos diez centímetros de distancia del punto en que me había herido, el charco que servía para darme una idea de la sangre que había perdido. Esos diez centímetros son la longitud de un murciélago–vampiro.

Desgraciadamente, la región en que nos hallábamos era abundante en ellos, quizá la más abundante del mundo, ya que este animal tan sólo acostumbra habitar en las regiones del Napo y el Coca, siendo muy escaso en el resto del Continente y, desde luego, inexistente fuera de la América del Sur y Central. Se encuentra armado de dos afilados colmillos que producen heridas perfectamente cilíndricas y se calcula que uno de estos murciélagos absorbe más de treinta gramos de sangre en una sola noche, lo que quiere decir que consume casi cuarenta litros de sangre al año. Como suelen vivir en grandes bandadas de quinientos o más ejemplares –al menos en esta región de Alto Coca–, se comprenderá que constituyen un verdadero peligro y que podría ser cierto, como Rafael afirmaba, que llegaran a matarnos.

En un tiempo se tuvo el convencimiento de que este murciélago–vampiro era el principal transmisor de la rabia y otras enfermedades, pero recientes estudios han llevado a la conclusión de que es otro murciélago, "el frugívoro", el culpable de tales infecciones.

Sentí tal repugnancia al verme atacado por los murciélagos que decidí vengarme, pero todo cuanto intenté resultó inútil. Nunca, ni en aquella zona, ni luego más abajo, en el Napo, logré echarle la vista encima a uno de ellos. Tan sólo una vez presentí más que vi que me rondaban en la oscuridad, pero, pese a que fingía dormir y permanecía con los sentidos alerta esperando el ataque, éste nunca llegó.

Sin embargo, a la mañana siguiente volvió a aparecer el consabido charco de sangre.

¿Cómo es posible? No podía explicármelo, pero Rafael, y más tarde todos cuantos habitantes de la Alta Amazonia me hablaron del tema, convinieron en afirmar que nadie, jamás, puede sorprender a un vampiro en el momento de atacar. Al parecer –yo no puedo asegurarlo– inyectan, al clavar los dientes, un líquido anestésico, que impide que se sienta la mordedura.

Luego un sexto sentido parece prevenirles del momento en que su víctima está a punto de despertar.

La única defensa contra ellos se basa, por tanto, en refugiarse en tiendas de campaña, o irse a dormir a la orilla de los ríos, lejos de los altos árboles que habitan.

El primer sistema no llega a ser perfecto, pues un vampiro es capaz de atravesar con sus fuertes y afilados colmillos la lona de una tienda y morder a quien se encuentre en su interior en contacto con la lona. El segundo tiene la ventaja de que estos animales no gustan alejarse de la protección de la selva, pero presenta el notable inconveniente de que en la Amazonia dormir cerca del agua resulta a menudo peligroso, tanto por la vecindad de anacondas y cocodrilos como por la siempre posible e inesperada subida de las aguas, que llegan en tromba, arrastrándolo todo.

Los vampiros contribuyeron en gran parte, por tanto, junto a los mosquitos, el calor, la lluvia y el convencimiento de que mi aventura resultaba absurda, a que decidiera volverme atrás, dando por concluida mi inspección de la que había sido considerada, con razón, la región del Río Maldito. No podía exponerme a que mi debilidad aumentara hasta el punto en que me

fuera imposible salir de allí por mis propios medios, y no confiaba en absoluto en que Rafael, en un momento difícil, constituyera una auténtica ayuda.

En cuanto a las mordeduras que había sufrido hasta el presente, no me produjeron más molestias que una debilidad momentánea. La herida que el murciélago produce, si se desinfecta, cicatriza rápidamente y no deja huella. El mayor peligro, estriba, quizás, en que recién producida un cierto tipo de mosca acostumbra dejar allí sus larvas, y eso puede traer enfermedades e incluso la muerte.

Decidí por tanto volver sobre mis pasos. Con pena, pero sin lamentos; convencido de que nada más podía hacer allí.

Lo que faltaba, hasta el Bajo Coca, no era más que selva, quebraduras, valles profundos, nuevas montañas y cataratas que se sucedían ininterrumpidamente. Todo lo que había visto hasta el momento, pero prolongado, a través de esos cien kilómetros que continúan constituyendo una barrera infranqueable para el hombre.

Tal vez algún día, al frente de una poderosa expedición, acompañado de gente decidida a todo, pueda pensar en atravesar la región del Alto Coca, pero hoy por hoy, con mis solas fuerzas, sin más ayuda que la buena voluntad de Rafael, resultaba inútil.

De vuelta a Papallacta pagué a Rafael los trescientos sucres convenidos y me despedí de él exactamente en el mismo punto en que lo encontré: en aquella choza en que no seguían teniendo de comer más que sardinas en tomate, queso y huevos duros.

Lo más triste, quizás, en la historia del descubrimiento del Amazonas estriba en el hecho de que, por cualquier otro punto que se hubiera intentado, la aventura habría constituido un auténtico paseo para las gentes de Pizarro.

De haber bajado por Ambato y Baños al pie del Tunguragua, para llegar a Puyo, el Pastaza y el Napo; incluso de haber bajado por el mismo Papallacta a Baeza, y de allí a Tena, para acabar también en el Napo, o por el viejo camino de Cuenca, Loja y Zamora hasta Santiago, todo hubiera sido infinitamente más fácil –casi un juego de niños– comparado con la malhadada aventura del Alto Coca.

Pero, ¡quién podía saberlo! Para los españoles de aquel tiempo el Continente era un misterio, tierra ignota, selva sin camino, montaña sin pasos –que conducían siempre al mismo punto–: la gloria o la muerte.

La estrella de los Pizarro había empezado a declinar tiempo atrás. El hombre que con un puñado de valientes conquistara en un momento de suerte y valor el más rico de los imperios, el Perú, se enfrentaba ahora a la desgracia, a la envidia, la guerra civil y la traición.

Y el declive de esa estrella de Francisco parecía haber afectado también a su hermano Gonzalo. Una probabilidad entre cien tenía su expedición de tomar el equivocado camino del Alto Coca, y lo tomó.

El Destino es siempre el que dicta el fracaso o el éxito de las empresas de los hombres.

Comenzaba el mes de diciembre cuando penetré en la Amazonia por la puerta de Baños, al pie del inmenso Tunguragua, uno de los más hermosos picachos andinos que hubiera visto nunca.

Desde Baños, una carretera infernal serpentea en increíbles precipicios sobre el pequeño río, primeras aguas del Pastaza, que acabará cogiendo anchura y volviéndose importante para ir a

morir al Marañón.

Es un camino relativamente fácil, repito: la puerta natural a la Amazonia, desde el Occidente del Ecuador; la ruta que hubiera hecho llegar a Orellana a su destino en la centésima parte del tiempo, con la milésima parte de fatigas.

No tiene historia el viaje, salvo lo impresionante de los precipicios y la belleza de las cascadas, hasta llegar a Puyo, capital de la provincia del Pastaza, situada casi a mil metros de altitud y habitada por poco más de dos mil almas.

Mayor que Papallacta, no hay sin embargo mucho más que ver, salvo en los días claros, el cono del soberbio Sangay, volcán siempre activo, que parece el dios de aquella selva.

En Puyo podría decirse que comienza a civilizarse un poco la Amazonia, pues el hombre ha iniciado los primeros intentos de aprovechamiento de la región. Algo más abajo, a unos veinte kilómetros en el campamento de Shell–Mera, pueden verse ya plantaciones de té, y aquí y allá se extienden los campos de caña de azúcar, y junto a ellos, los pequeños ingenios o molinos que convertirán esa caña en aguardiente.

En Shell–Mera existe un campo de aviación que se ha convertido en el nido de comunicaciones más importante de todo el Oriente ecuatoriano, y durante mi estancia en Puyo me hablaron de un proyecto de pista que llegará a Canelos y Tena. Pero, por lo que pude ver, lo poco que de esa pista había acababa muriendo a los cinco kilómetros de su comienzo y no me pareció que fuese a continuar nunca mucho más allá.

Toda esta región, en especial la orilla derecha del Pastaza, en el gran triángulo que forma este río con el Santiago y el Marañón, constituye esencialmente el territorio de los jíbaros, los famosos cortadores de cabezas; la más temida, cruel y legendaria tribu de la Amazonia.

Orellana no los encontró en su camino, ya que esta región quedaba al Oeste de su ruta y pocas noticias se tienen de ellos en los primero tiempos, salvo el hecho de que ya La Condamine habla de los jíbaros en su libro "Viaje a la América meridional". y los describe como tribu enemiga del hombre blanco, al que a menudo ataca y asesina.

Han cambiado las cosas desde entonces; los jíbaros no son ya tan peligrosos como en 1700, y aunque aún existen grupos hostiles en lo más profundo de la espesura, lo cierto es que algunos han salido a la luz y puede vérseles con sus pintorescos tocados de plumas en Loja, Zamora y el mismo Puyo.

Lo que sí han perdido, al parecer, es su tradicional habilidad en reducir las cabezas humanas convirtiéndolas en las famosas "tzanzas" o trofeos de guerra, que adornan hoy muchas vitrinas de museo.

Si es cierto o no que ya los jíbaros no saben reducir una cabeza, nadie puede asegurarlo. En Puyo, al menos, nadie me dio una respuesta, y cuando quise saber algo más concreto me enviaron a Jaime, un viejo ex soldado, camarero en aquellos días de una de las tabernas de Shell–Mera.

Efectivamente, Jaime había recorrido en su juventud la región de los jíbaros y aseguraba ser el único blanco –no demasiado blanco, a mi entender– que había asistido nunca a la preparación de una de esas "tzanzas".

Por la módica suma de cinco sucres me relató con pelos y señales cuanto aseguraba haber visto un día de su ya lejana juventud.

—Andaba yo en aquel tiempo buscando "Nueces del Brasil" a orillas del Morona –comenzó–. Era un buen negocio y nuestro grupo había logrado una cierta amistad con las partidas jíbaras de los alrededores. Les comprábamos nueces y pieles de jaguar a cambio de cacharros, cuchillos, telas y sal.

"Un día, al llegar a un poblado en nuestro tráfico normal, lo encontramos alborotado. Por lo visto, sus habitantes habían tenido una escaramuza con una tribu rival, y de ella –que probablemente fue un ataque a traición– se habían traído las cabezas de cuatro enemigos: tres mujeres y un hombre. No les hizo mucha gracia nuestra presencia y estuvimos tentados de largarnos y dejar para mejor ocasión nuestro comercio, pero la curiosidad pudo más, y el hecho de que seríamos los primeros "civilizados" que asistían a la preparación de una "tzanza" nos hizo permanecer allí.

"A media tarde comenzó el ritual.

Primero se emborracharon; luego, el brujo inició sus correrías por el poblado, gritando a los cuatro vientos, dando saltos y escupiendo aquí y allá, para alejar –por lo que decía– a los espíritus de los muertos y después, a una orden suya, los guerreros comenzaron a pelar los cráneos. Con un cuchillo de piedra muy afilado rajaron los cueros cabelludos de arriba abajo, como haciéndoles una raya al medio, y cuidadosamente desprendieron la carne del hueso. Les costó mucho esfuerzo, pero denotaban paciencia e interés, y aunque tuvieron que hacer unos cortes más, sobre todo en los ojos y la boca, al fin lo consiguieron.

"Al poco rato sobre el suelo aparecían las cabezas sin cráneo, como grandes guantes vacíos y sanguinolentos.

"Se llevaron los cráneos y no tengo idea de lo que hicieron con ellos. El resto lo cosieron cuidadosamente, tanto en la gran cortadura que le habían hecho en la parte alta, como en los ojos y la boca. Y al concluir sumergieron cada cabeza en una gran vasija y la pusieron al fuego. Mentiría si dijera que en ellas había algo más que agua, porque cuando la vi ya estaban llenas y no nos permitieron aproximarnos.

"Dejaron que aquello estuviera a punto de hervir, y la apartaron del fuego. Cuando sacaron las cabezas eran ya un tercio menores que al natural.

"Más tarde los guerreros se pasaron horas calentando arena que introducían en las cabezas por la abertura del cuello, y planchando la piel con grandes piedras calientes. Podíamos advertir que las cabezas perdían tamaño a medida que rezumaban grasa por los poros, y la piel se iba curtiendo sin perder por ello su flexibilidad...

Por todo el poblado se extendía un olor a comida que nos pareció nauseabundo, y le aseguro, señor, que tras aquello estuve un mes sin probar la carne.

"Al día siguiente el jefe de la tribu quiso venderme las "tzanzas", y aunque yo sabía que en Iquitos me darían por ellas una buena suma, no me sentí capaz ni de tocarlas, ni de hacer el viaje con ellas.

"Esto es todo lo que sé sobre las "tzanzas", señor –terminó el viejo Jaime–; espero que le haya sido de utilidad.

Podía ser que dijera la verdad, y aquél fuera el olvidado método de los jíbaros, pero yo recordaba que, en uno de mis anteriores viajes al Amazonas –cuando recorrí la región del Urubamba, el Ucayalí y el Uallaga–, me aseguraron que esa reducción de cabezas se hacía a

base de sumergirlas, ya sin los huesos, en una poción de hierbas y raíces que impregnaba la piel, dejándola de un sabor sumamente amargo. Luego, esas cabezas se dejaban a merced de las "hormigas–soldado", y eran éstas las encargadas de devorar la carne interior, respetando tan sólo la piel impregnada. La acción del calor hacía que la piel se contrajera sin perder los rasgos, reduciéndose al tamaño de una naranja.

Cuál de los dos sistemas es el auténtico, si es alguno de ellos, no puedo asegurarlo. Los jíbaros continúan constituyendo, pese a su roce con la civilización, una raza desconocida y misteriosa que no ha sido nunca estudiada a fondo. Aunque debemos admitir que muy pocas tribus amazónicas han sido realmente estudiadas y que hoy en día conocemos mucho menos de ellas que de la cara posterior de la luna.

Desde el momento en que las regiones que habitan no ofrecen al hombre blanco gran cosa de interés, el salvaje debe permanecer salvaje, sin que nadie se preocupe, no ya de hacer más llevadera su difícil vida, sino incluso de saber por qué vive así.

Y pensándolo bien, tal vez sea lo mejor.

Si queremos ser sinceros debemos reconocer que en la mayor parte de los casos el "civilizado", pese a su esporádica buena voluntad, no ha sabido resolver el problema del "salvaje".

No se puede pretender hacerles pasar de la noche a la mañana, de la Edad de Piedra a la Edad Atómica; de correr descalzos por el bosque a andar en coche.

En mis viajes por América, también en mis viajes por África, encontré a menudo entre los misioneros esa preocupación por no saber, con exactitud, cuál había de ser su comportamiento para con los indígenas.

Recuerdo especialmente a un sacerdote brasileño, el padre Almedida, con el que entablé una cierta amistad a orillas del río Negro, que acabó confesándome sus muchas dudas e inquietudes.

Cierta noche, junto a la hoguera de un campamento del Japurá, pareció querer sincerarse conmigo:

—A menudo –comenzó–, incluso nosotros no podemos evitar el hacernos preguntas sobre el fin próximo de nuestra obra. Del otro, del último, no tenemos dudas: llevar a Dios hasta los indios, y los indios hasta Dios, y esa tarea, aunque resulta ardua y quizá lenta para nuestros deseos, conseguimos cumplirla. En su gran mayoría los indios de nuestras misiones responden a la voz de Cristo y la semilla prende en ellos, porque en sí mismos está la necesidad de la fe en un Ser bondadoso que les proteja de los innumerables peligros que constantemente les acechan.

"Sin embargo, cuando se trata de adaptar a esos mismos indígenas a nuestro mundo, al siglo en que vivimos, todo se vuelve mucho más complejo, más difícil; tanto, que llega a desconcertarnos. Nuestra fe, que se remonta a dos mil años, se adapta igualmente a aquellos de quienes nos separan cuatro o cinco mil, ya que los conceptos de Ser Supremo, Amor, Fraternidad, Perdón, y Más Allá tienen cabida en casi todas las mentes. Pero ¿qué cabida pueden tener esos otros infinitos conceptos, muchos de ellos absurdos, de nuestra vida de "civilizados"? He pasado más de quince años en estas selvas y en ese tiempo he podido darme cuenta de la gran cantidad de "necesidades innecesarias" que el hombre se ha ido creando, y que no le conducen más que hacia la infelicidad. Me enfrento entonces, como misionero al que el Señor y la Iglesia hicieron responsable del bien de unos determinados seres, a un

problema: ¿hasta qué límite debo llegar en la adaptación de mis indios, y hasta qué punto tengo derecho a decidir cuál es ese límite?

"Sé que tengo la obligación de sacarlos de su miseria, su ignorancia y su atraso, y conducirlos hacia Dios y la Luz, pero (dejando, como ya he dicho, a un lado el tema religioso, sobre el que no puedo abrigar temores) la cuestión se centra en el peligro de lanzarlos más tarde a un Manaos o Belén, solían acompañarme algunos de mis indios, pero al advertir la curiosidad de la gente, cómo los miraban y remiraban y cómo llegaban incluso a tocarlos con recelo, como si pudieran ser mordidos por ellos, me hizo desistir.

"Sé que no puedo pedir a la humanidad que cambie a causa de mis pobres indios, pero tampoco sé si, en verdad, deben ser mis indios los que cambien a causa de la humanidad".

Guardó silencio, dio una chupada a su renegrida cachimba y se quedó muy quieto, pensativo...

Cuando le pregunté si cría que el indio pudiera adaptarse a la larga al mundo de los blancos, replicó:

—Difícilmente en las condiciones actuales, puesto que son dos razas que chocan. El negro imita y se adapta; el amarillo absorbe y aprovecha, pero el indio no hace nada. El indio americano, sobre todo el andino, rebota contra la civilización blanca, y aunque aparentemente se someta a ella, en el fondo continúa permaneciendo ferozmente independiente: independiente, no como individuo, sino como comunidad, porque sus costumbres están demasiado arraigadas y no las cambia por nada ni por nadie. Después de cuatro siglos, hemos de reconocer que aunque los hayamos cristianizado no conseguimos, sin embargo, "europeizarlos", hacer que evolucionen hacia nuestra forma de vivir. Existen entre veinte y treinta millones de indios en Iberoamérica, y desgraciadamente debemos reconocer que ni siquiera uno de cada cien puede ser considerado como igual a un blanco.

Son ellos los que se niegan a serlo, y aunque se nos aproximen, siempre continúan conservando de modo indeleble las características propias de su raza.

—¿Cuál es entonces la solución? –quise saber–. ¿Cómo lograr adaptarlos para que formen un todo con la sociedad?

—¿Y cree que yo lo sé? –replicó con sorpresa–. Hay quien opina que lo mejor es llevarse a los niños a las ciudades y criarlos lejos de su ambiente; pero cuando se hace, la mayoría mueren de pena, o en caso de sobrevivir aparecen eternamente tristes, como animalitos enjaulados. Yo no estoy en absoluto de acuerdo con tales métodos, sea cual sea el nombre que se invoque en su favor. Además, si tuviéramos la seguridad de que los apartamos de sus padres para trasladarlos a un mundo feliz y perfecto en que alcanzarán la salvación, aún existiría una disculpa, pero comprobado está que lo que podamos ofrecerles, materialmente, no es felicidad ni perfección, al tiempo que la salvación eterna también está, ¿por qué no?, entre los árboles de la jungla.

El río Napo me llevó en un par de días de Puyo a Francisco de Orellana o Misión del Coca, situada en la confluencia de ambos ríos.

Esta misión está regida actualmente por españoles, capuchinos vasconavarros, que tienen una serie de ellas, seis –si no recuerdo mal–, a todo lo largo del Napo en la alta Amazonia ecuatoriana. Para ellos, muchos de los cuales llevan años lejos de su patria, significó una alegría ver llegar a un compatriota que podía traerles noticias, más o menos frescas, del hogar. El superior de la misión, monseñor Alejandro Labaca Ugarte, bilbaíno, obispo del Cantón Aguarico y máxima autoridad religiosa de esta gran selva, me acogió cariñosamente,

ofreciéndome no sólo la maravillosa hospitalidad de la misión, sino la valiosísima ayuda de su avioneta con la que deseaba visitar, al menos desde el aire, la región del Alto Coca contra la que me había estrellado, y contra la que muchos otros antes que yo se estrellaron también. Deseaba comprender mejor el porqué de esos fracaso.

Monseñor Labaca puso de inmediato la avioneta a mi disposición, no sin advertirme previamente las dificultades que planteaba el vuelo. La región del Coca, a no más de cincuenta kilómetros al Norte, aparecía, sin embargo, siempre cubierta de nubes; siempre peligrosa para el vuelo bajo una lluvia torrencial. Y en medio de esas nubes, barrancos, montañas, selva; una geografía desconocida, de la que tan sólo se sabe que en ella se encuentra la cumbre del volcán Reventador y tras él la inmensa Cordillera de los Andes.

Menos de doscientos kilómetros en línea recta separan Francisco de Orellana de Quito, y sin embargo los aviones no pueden hacer ese recorrido y prefieren dar la vuelta por Puyo, el valle del Tunguragua y Ambato, con tal de evitar esa especie de muro infranqueable que ha colocado la naturaleza entre el oriente y el occidente ecuatoriano.

Perdí la cuenta de cuántas veces intenté llegar al Alto Coca. El viento, la lluvia, las nubes, la caída de la noche, todo parecía estar en contra mía, y llegué incluso a perder la esperanza de entrever siquiera lo que buscaba.

Si lo conseguí fue sin duda gracias a la pericia de Joaquín Galindo, un capitán español que un buen día sintió la llamada de la selva y prefirió marcharse a servir de piloto a los misioneros del Amazonas. Y sucedió el día que menos confiábamos en ver algo. Totalmente sumergidos en una inmensa bola de algodón, el aparato bailaba como un cascarón de nuez en una alcantarilla, y temíamos que, de un momento a otro, apareciera ante nuestro morro la mole inmensa del Reventador.

Pensábamos ya en volver atrás, cuando de pronto, milagrosamente, se abrió un claro, justamente sobre el río, y el Alto Coca surgió allí, ante nuestros ojos, tan violento y majestuoso como lo recordaba de mucho más arriba, tan espectacular como lo había imaginado.

Todo era verde bajo nosotros, excepto la espuma furiosa de las aguas; precipicios, barrancos y selva era cuanto había, junto a las piedras del cauce, y la inmensidad de los Andes, que se adivinaba –más que verseen la distancia.

Seguimos el camino que nos marcaba el río, aguas arriba, volando justamente en el cañón que se forma; pasando a menudo tan cerca de los árboles o las altas paredes de roca, que tuve el convencimiento de que era aquélla mi última aventura. ¿Miedo?; tal vez.

Era lícito tener miedo en un momento semejante; pero, al propio tiempo, resultaba todo tan hermoso, tan fascinante, que la emoción me hacía olvidar ese miedo, y tan sólo podía preocuparme de mirar hacia abajo a través de la puerta abierta. Fotografiar algo desde el interior de un avión cerrado resulta muy difícil, y por ello en nuestros vuelos habíamos decidido quitar la puerta de la avioneta, con lo cual yo disfrutaba de una visibilidad perfecta.

Quince o veinte minutos duró nuestro recorrido por el cauce del Coca, inmersos en aquel mundo verde, blanco de nubes justamente encima, hasta que apareció ante nosotros la maravilla de la Gran Catarata del Coca, ese espectáculo único en el mundo, que hasta el momento nadie había logrado fotografiar.

No era la más alta de las caídas del Coca, pues nos venían acompañando a derecha e izquierda colas de caballo que se desplomaban desde las cumbres al fondo del cañón, a veces en saltos

de trescientos y más metros, pero la Gran Catarata, con sus setenta y ochenta metros de altura, presenta la peculiaridad de que por ella se precipita todo el río y forma, además, bajo ella una gigantesca cueva cuya boca, de unos cien metros de ancho por sesenta de alto, se ve constantemente cerrada por una cortina de espuma.

Hay quien sostiene que es en esa cueva donde Rumiñahui escondió su tesoro, pero lo cierto es que hasta el momento nadie ha sido capaz de ir allí a averiguarlo.

No hay espacio en esta abrupta geografía para que un avión pueda aterrizar, y ningún helicóptero llegaría aquí sano y salvo, no sólo por la distancia y las dificultades del terreno, sino porque las turbulencias atmosféricas y las tremendas corrientes que se forman en estos barrancos lo derribarían mucho antes de que pudiera entrever siquiera la catarata. Los hombres, a pie, han fracasado una y otra vez, y nuestra fantasía no puede evitar preguntarse si esa historia del tesoro sea acaso verdad.

Si realmente el oro de Rumiñahui se escondiera en esta cueva alguien llegaría a ella, pero lo cierto es que nadie va a arriesgar su vida por algo que no pasa, probablemente, de ser una leyenda.

El tesoro existe, pero de eso a que se encuentre allí, al alcance mismo de mi cámara fotográfica, creo sinceramente que media un abismo.

Por mi parte daría cualquier cosa por saber la verdad, pero en el fondo tal vez sea mejor así. Un mundo que ha desvelado ya los misterios de la luna debe guardar algo –una caverna en el fondo de la selva– que pueda hacer volar aún nuestra fantasía...

Me gusta imaginar que está llena de oro y que alguien, algún día, tendrá el valor de ir a buscarlo.

El capitán Galindo hizo evolucionar una y otra vez su avioneta y picó tan cerca de la catarata que creí que íbamos a penetrar en la caverna. La espuma que trajo el viento se estrelló contra el parabrisas y tuvimos que ascender violentamente para salir al fin de aquel cañón de altísimas paredes.

Regresamos; la mole del Reventador apareció unos instantes entre las nubes y luego se ocultó de nuevo, como si únicamente hubiera pretendido vernos unos momentos, saber quiénes eran aquellos locos que se atrevían a llegara a sus dominios.

Media hora después aterrizábamos en la misión de Coca, y los restos de gasolina que le quedaban al aparato servían para empapar mis botas e impedir así que izangos y gusanos penetraran bajo mi piel para anidar allí, provocando terribles llagas.

Izangos, gusanos, vampiros y trescientas especies de serpientes venenosas, constituyen el principal problema con que se enfrenta el hombre en la alta Amazonia. A ello se unen arañas y coleópteros, y entre estos últimos me llamaba poderosamente la atención la "Chicharra Machaca", o "culebra voladora", de la que me aseguraron que el picado por ella tan sólo se salva de la muerte si hace el amor antes de dos horas.

Naturalmente, no pude evitar sentirme escéptico ante semejante afirmación, que tanto se prestaba a la broma, pero médicos, científicos e incluso especialistas concordaron en admitir que era cierto, aunque no supieran exactamente por qué.

Todo el que llega por primera vez a esta región no suele tomarse en serio la historia de la "culebra voladora", pero siempre acaba admitiendo su existencia y su efecto. De su existencia,

no puedo dudar, puesto que tuve un ejemplar entre mis manos, pero de sus consecuencias nada sabría decir.

La "Chicharra–Machaca" se parece bastante a un gran saltamontes, con la diferencia que en la parte delantera del pecho tiene un largo aguijón, con el que inyecta su veneno. Por fortuna es muy poco abundante, rarísima de encontrar, y existe quien se ha pasado la vida en estas selvas sin haber logrado ver ninguna. Mejor así; de otro modo los problemas que el dichoso coleóptero podría provocar resultarían francamente engorrosos. Personalmente, el único animalejo que me ha picado durante mis correrías amazónicas lo hizo precisamente aquí, en la misión del Coca, una noche en que decidimos salir a proporcionarnos unos conejos que animaran el almuerzo del día siguiente.

No lejos de la misión se extienden unas plantaciones en las que abundan, e incluso en la pista en que aterriza la avioneta se pueden cazar deslumbrándolos con una linterna, y me contaban los misioneros que en esa pista solía aparecer una gigantesca serpiente, una boa de tamaño increíble que más de una vez les había proporcionado un buen susto.

Fue allí, en la pista, donde esa noche un bichejo se me introdujo entre la bota y el pantalón, mordiéndome con tal furia en la pantorrilla que me hizo dar un grito de dolor. Me froté el punto herido, pero en la oscuridad nada hallé. Cuando al fin trajeron la linterna ya no quedaba en la pierna más que una mancha rojiza y un dolor insoportable que me iba subiendo poco a poco y amenazaba con paralizarme el miembro. Tal vez fuera una de las muchas especies de araña que por allí pululan, o quizá la "hormiga inturis", muy abundante en la Amazonia; los efectos posteriores se parecían mucho a los producidos por esa clase de hormigas, aunque fueron, a la larga, bastante más intensos. Durante tres o cuatro horas no pude casi soportar el dolor en la pierna. Al día siguiente aún me costaba esfuerzo moverla, y una semana después comencé a sufrir fiebres y escalofríos, tan continuos, que me tuvieron tres días en cama y me hicieron perder más de siete kilos.

Para un hombre de mi constitución física son bastantes kilos.

El día que al fin pude manejar la pierna reemprendí la marcha, pero esta vez Coca arriba, buscando aproximarme lo más posible a la región maldita, al punto en que Orellana y Pizarro decidieron separarse definitivamente.

Ascendí, pues, por las ahora tranquilas aguas del Bajo Coca. Me pareció curioso advertir que resultaba casi una burla del destino el hecho de que, después de haber pasado juntos miles de calamidades durante casi un año, Pizarro se viniera a dar por vencido y dejara marchar solo a Orellana, cuando ya lo peor había pasado y se abría ante ellos una esperanza de éxito.

Debe quedar bien claro que esa esperanza la constituían seis mil kilómetros de selva desconocida, llena de enemigos y peligros y sin nada de comer, porque frente a la región del Alto Coca que habían dejado a sus espaldas podía considerarse casi un paraíso.

Cuenta sobre la separación de ambos caudillos el cronista fray Gaspar de Carvajal: "...y aquí determinó el dicho Gonzalo Pizarro se hiciese un barco para navegar el río de un cabo a otro por comida, que aquel río tenía ya media legua de ancho...

...Y seguimos río abajo tras cincuenta leguas, e íbamos ya con muy grande necesidad y falta de comida, de cuya causa muchos compañeros iban muy descontentos y platicaban de volver.

El capitán Orellana, viendo lo que pasaba, le pareció que no cumplía con su honra de se dar vuelta, y así se fue al dicho gobernador Pizarro y le dijo de cómo determinaba seguir río abajo; y que allí le esperase tres o cuatro días, y que si no viniese no hiciese cuenta de él...

...Y con esto, el dicho gobernador le dijo que hiciese lo que le pareciera, y el capitán Orellana tomó consigo cincuenta y siete hombres, con los cuales se metió en el barco ya dicho y se fue río abajo...

Y a falta de otros mantenimientos vinimos a tan grande necesidad que no comíamos sino cueros, cintas y suelas de zapatos...".

Si llegué o no al punto exacto en que tal separación tuvo efecto, nunca podré saberlo. Ascendí varios días por el Coca, pero las distancias, las jornadas de marcha o lo que se puede recorrer en una de ellas varía mucho según el tipo de embarcación o el nivel y velocidad de las aguas en las distintas épocas del año.

Según las crónicas, Orellana encontró indios y comida, y por lo tanto se detuvo por primera vez, a los nueve días de haber abandonado el grueso de la expedición pizarrista, pero hasta el momento ningún historiador ha aclarado –sin lugar a dudassi esa detención tuvo lugar en el cauce del Coca o ya en aguas del gran Napo.

Hay quien asegura que tal cruce se encuentra casi en la unión del Napo con el Aguarico, mucho más abajo, pero, a mi entender, quienes llegaron a tal conclusión lo hicieron cómodamente sentados en un despacho, ante un mapa, sin haber visitado nunca esta parte del Alto Amazonas.

El Bajo Coca constituye una buena región para ser habitada, y en general lo ha estado siempre –tradicionalmente– por la tribu de los yumbos. No creo que exista razón válida para creer que Orellana pasara por aquí sin tropezarse a uno solo de ellos, y tuviera que llegar muy abajo del Napo para encontrar a alguien. Además, al Napo se le puede considerar un río tranquilo, de suave corriente, mientras el Coca, en la última parte de su recorrido, se divide en varios brazos, cobra velocidad y se agita de tal modo que en cierta ocasión mi embarcación estuvo a punto de zozobrar.

Esta característica parece concordar con lo que al respecto cuenta fray Gaspar de Carvajal: "...porque aunque quisiéramos volver aguas arriba, no era posible por la gran corriente, y así acordamos que escogiésemos de dos males el que al capitán y a todos pareciese el menor, que fue el ir adelante y seguir el río, o morir...".

Pese a ello, yo no puedo asegurar que mi teoría sea la correcta, ni mucho menos señalar el punto exacto donde Orellana dejó a Pizarro, o donde decidió que resultaba imposible regresar en su auxilio. No soy quién para sentar cátedra al respecto, ni estimo que tal detalle tenga importancia en la historia del descubrimiento del Amazonas.

Mucho se ha hablado de la traición de Orellana y de que éste no quiso volver en socorro de sus compañeros que habían quedado a la espera. Pero para quien como yo ha recorrido esta parte del Coca, queda bien claro el hecho de que para aquellas gentes, destrozadas por casi un año de dificultades, embarcadas en un navío pesado y poco manejable, hambrientas, débiles y enfermas, resultaba imposible remontar nueve días de navegación.

Nueve días podían convertirse muy bien en un mes de luchar contra corriente, y ni tenían fuerzas para ello ni era lógico suponer que Pizarro continuara esperándoles después de tanto tiempo.

Lo que importa en la historia del descubrimiento del Amazonas es el hecho de que un hombre, un día, cuando todos se dieron por vencidos y decidieron volver atrás, consideró...

""que no cumplía con su honra de se dar vuelta...,"" y consiguió su marcha hacia lo desconocido, ignorando que su valor le llevaba al encuentro del más fabuloso de los ríos de la tierra.

Tras recorrer durante días toda esta región del Coca, creo poder emitir una opinión de la que estoy plenamente convencido: si Orellana hubiera decidido regresar en busca de Pizarro, no sólo no hubiera conseguido salvarle de su fracaso, sino que hubiera condenado a perecer a sus cincuenta y siete compañeros.

El tuerto de Trujillo cumplió con su obligación. Hizo lo que hacían todos los españoles de aquel tiempo: seguir adelante. Pero no era, ni es, mi intención dar una opinión puramente privada del asunto. Quise averiguar lo que pensaban sobre esto quienes conociendo bien la región tenían, a mi entender, autoridad sobre el tema.

Monseñor Alejandro Labaca respondió así a mi pregunta:

—Resulta casi inconcebible para los que vivimos aquí el que Orellana o cualquier otro ser humano pudiera haber bajado por el Coca. Creo más bien que debieron seguir el camino del Pallarmino o el Aguarico, mucho más factibles; pero si, efectivamente, llevaron a cabo esa empresa sobrehumana y pasaron ante nuestra misión, no hay duda de que les resultaría imposible remontar de nuevo el río. Hablar de traición es demostrar un total desconocimiento sobre lo que es el Alto Amazonas, y sobre lo que pueden las fuerzas de la naturaleza contra el hombre.

¿Quién mejor que un misionero de la Amazonia puede saber hasta dónde llegan las fuerzas del hombre contra la naturaleza?

En los días que permanecí en las misiones capuchinas del Napo pude comprobar la capacidad de esfuerzo, sacrificio y amor al prójimo de estos seres llegados de tierras tan lejanas, que lo dan todo por unas gentes de las que antes no habían oído siquiera hablar.

Algunos llevan diez, doce y hasta catorce años lejos de sus casas, pero de entre todos el que más me impresionó fue un muchacho joven –no recuerdo su nombre–, recién llegado de Pamplona, y que a la semana de estar en la misión había recibido la noticia del fallecimiento de su padre. Navegó día y noche desde Francisco de Orellana a Puyo, para seguir de allí a Quito y poder hablar unas palabras por teléfono con su madre, intentando brindarle un consuelo. Luego emprendió el viaje de regreso, y su piel, poco acostumbrada al sol del Ecuador, sufrió en la piragua no sólo quemaduras, sino, sobre todo, el asalto de izangos, gusanos, mosquitos y vampiros. Cuando lo encontré en la Misión días más tarde, su espalda y sus piernas eran una pura llaga que rezumaba pus. Aun así, pese a los infinitos dolores que debían causarle, unido al sufrimiento por la pérdida de su padre, se mostraba animoso a la hora del trabajo, a la hora de enseñar a los niños, de bromear con los compañeros, de llevar la palabra de Dios a los indios de los alrededores.

Sentía la alegría de vivir para los demás, la necesidad de sacrificarse por aquellos seres infinitamente miserables de las espesuras amazónicas.

Para mi suerte o mi desgracia, soy un hombre que no cree en muchas cosas, y menos aún en aquellos que hablan de esas cosas. Por eso mismo me hubiera gustado saber qué había detrás de aquellos hombres; qué les empujaba a comportarse de ese modo, allí, en el confín del mundo. La alegría, las risas, las pequeñas diversiones de una misión amazónica no tienen comparación con nada ni a nada se parecen, como si poseyeran el don de una alegría y una risa desconocida para nosotros.

Me contaron chistes, me gastaron bromas, nos bañamos juntos en las aguas del Napo, vigilando la llegada de la anaconda, y me hablaron también de sus dificultades:

—Nuestro mayor problema estriba –decían– en la dispersión de los indios. Aquí no existen poblados, sino familias que habitan en chozas aisladas a lo largo de kilómetros y kilómetros de río. No hay carreteras, ni caminos, ni, la mayoría de las veces, senderos o trochas. El agua es la única vía de comunicación que existe.

—¿Por qué no intentan organizar poblados? –indiqué.

—Las tierras amazónicas son demasiado calientes –señalaron– y no proporcionan, por lo tanto, más que una o dos cosechas útiles. Las altas temperaturas impiden el crecimiento de hongos y la formación de humus necesario para la fertilidad del suelo, y las lluvias son tan intensas y constantes que el suelo queda materialmente lavado de sales minerales, por lo que resulta inútil para la agricultura. Los indios desmontan un terreno de árboles, cortan la maleza y siembran la tierra. La primera cosecha es buena; la segunda, regular, y no hay posibilidad de una tercera. Necesitan entonces comenzar de nuevo, más allá; volver a desmontar otro pedazo de selva, reiniciar el pesado ciclo. Son, pues, agricultores, pero, paradójicamente, agricultores nómadas. Por ello no pueden formar poblados; al año siguiente tendrían que trasladarlos.

—Sin embargo –dije–, mientras no existan esos núcleos de población donde cuenten con médico y escuelas, no se conseguirá nada positivo.

—Lo sabemos –respondieron–, pero para llegar a ello habría que proporcionarles algún otro medio de vida, cualquier forma de industria, algo más que sus pobres campos, y esto, desgraciadamente, no está aún a nuestro alcance.

—¿Esperan conseguirlo algún día? –quise saber.

—Algún día –afirmaron–. Estamos estudiando la posibilidad de crear pequeñas industrias que ahora faltan y en las que se aprovechan los productos de la selva. Recientemente el padre Miguel, de la misión de Puerto Quinche, al que ya se tropezará río abajo, estuvo en Barcelona. Pudo visitar allí una fábrica que manipula en varias formas la yuca, tan abundante en estas tierras. Soñamos con lograr algo parecido aquí.

—Pero –señalé– el indio de la selva no soportaría el trabajo en una fábrica; una economía, llamémosla proletaria: una forma de vida propia de grandes concentraciones, pero no de estas inmensas regiones.

—No es nuestra intención encerrarlos en fábricas –aclararon–. Eso sería traerles todo lo malo de la civilización y nada de lo bueno. Lo que pretendemos es proporcionarles un pequeño quehacer que les libre de la esclavitud a una tierra que no produce.

Resulta irónico; la tierra más exuberante del planeta, la verde inmensidad, no puede, sin embargo, alimentar al hombre. Le niega sus frutos; o se los concede con tanta reserva que casi no vale la pena el esfuerzo.

La mayoría de los que no conocen la Amazonia, aquellos que tan sólo la ven como una extensión infinita de árboles, suelen creer que la vida aquí es fácil; que para sobrevivir basta con coger aquí y allá los frutos que la naturaleza nos brinda; los mil productos exóticos que tan sólo existen en su imaginación.

No es así; los siete mil kilómetros de la Amazonia no proporcionan absolutamente nada por sí mismos, y para obtener un plátano hay que haberlo plantado, y para comer una papaya hay

que esperar a que nuestro árbol crezca. Ya Orellana no comía, según confesaban, más que ""...cueros, cintas y suelas de zapatos..."", y de Orellana aquí, son muchos, incontables, los que han muerto sin necesidad de que jaguares, indios bravos o serpientes les atacaran.

Muchas veces se ha llamado a estas junglas "el infierno verde". En realidad, debería llamarse "el desierto verde".

En Quito, los titulares de los periódicos traían la noticia casi cada día: "...Los aucas atacan un campamento militar...", "...Los aucas raptan a dos mujeres alamas...", "...Los aucas asesinan a un buscador de oro...". Y me preguntaba: ¿Cómo es posible que esto ocurra en pleno siglo XX? ¿Quiénes son los aucas? ¿Dónde están?

Ahora, aquí, en Francisco de Orellana, tenía al alcance de la mano la respuesta. El territorio de los aucas se extiende a lo largo de quinientos kilómetros a la orilla derecha del Napo, en lo que constituye una inmensa región totalmente desconocida.

Al preguntar sobre ellos a monseñor Alejandro Labaca, me respondió:

—Los aucas son, quizá, como muchos etnólogos sostienen, la tribu más sanguinaria y feroz que existe en la actualidad. Todos nuestros intentos de aproximación han resultado inútiles. Si entramos desarmados en su territorio, nos asesinan; si llevamos armas, se esconden. Matan por el placer de hacerlo y nada respetan, porque odian ferozmente al hombre blanco y han extendido ese odio a las tribus pacíficas que nos frecuentan. Sin embargo –añadió–, no se les debe culpar por ello, ya que originariamente fueron buenas gentes, y las razones de su actual comportamiento deben buscarse en el trato que han recibido.

Ante esto quise saber lo que fray Gaspar de Carvajal había escrito sobre los aucas en tiempos de Orellana.

Dice el dominico refiriéndose a los irimares, que fueron probablemente, por su ubicación geográfica, los antepasados de los aucas:

...Y llegados los indios, no se pusieron en resistencia; antes estuvieron quedos, y allí folgamos tres días, adonde los indios vinieron en paz a nos traer de comer muy largo.

Otro día, pasados los tres, salimos deste pueblo y caminamos por nuestro río a vista de buenos pueblos; y yendo así, un domingo de mañana, a una división que el río hacía, que se partía en dos partes, subieron a vernos unos indios en cuatro o cinco canoas que venían cargadas de mucha comida, e se llegaron cerca de donde venía el capitán Orellana y pidieron licencia para llegar y dijeron que ellos eran principales y vasallos de Aparia, y que por su mandato venían a nos traer de comer; y comenzaron a sacar de sus canoas muchas perdices como las de nuestra España, sino que son mayores, y muchas tortugas, que son tan grandes como adargas y otros pescados. El capitán se lo agradeció y les dio de lo que tenía, y los indios quedaron muy contentos de ver el buen tratamiento que se les hacía...".

¿Qué daño se les causó para que esas pacíficas gentes cambiasen, hasta convertirse en los seres feroces que son ahora? La respuesta no debe buscarse muy lejos; a fines del siglo pasado, cuando la fiebre del caucho atacó al mundo y ésta era la única región del Globo que lo producía; cuando miles de aventureros se volcaron sobre la Amazonia soñando hacer fortuna con el "Habea brasiliensis", el árbol que sangraba goma, y se necesitaba mucha mano de obra para sangrar esos árboles.

Fueron los caucheros peruanos, sobre todo los de la tristemente célebre "Casa Arana", los que esclavizaron durante años a los aucas, obligándolos a trabajar en la dura tarea de la

recolección. Abusaron de ellos hasta llevarlos a ese punto de rebelión completa; hasta hacerles romper con todo y regresar a lo más profundo de la selva. El "civilizado" corrompe cuanto toca, convierte al amigo en enemigo.

Monseñor Labaca, advirtiendo mi interés por los aucas, me brindó una vez más su ayuda, proporcionándome la avioneta con la que volar al puesto militar de Curaray, enclavado a orillas del río del mismo nombre, afluente del Napo y que atraviesa el territorio de los aucas, justamente por su centro.

El aire es la única forma humana de llegar a Curaray. Se puede intentar por el río, pero el viaje resulta larguísimo, con el agravante de que, de tanto en tanto, surgen de las espesuras pesadas lanzas que van a clavarse en la embarcación o se hunden con un sonoro chapoteo en el agua. El Gobierno ecuatoriano, para evitar problemas, dificulta increíblemente incluso prohíbe la navegación por el Curaray, de tal modo que –como digoel aire es el único camino practicable hasta el puesto militar.

Como siempre, fue el capitán Galindo el que se encargó de llevarme.

Despegamos de la misión del Coca y atravesamos el río Napo. Desde ese momento nos encontrábamos sobre la selva más peligrosa del mundo. De caer y darse el milagro de salir con vida del accidente, las lanzas de los aucas darían buena cuenta de nosotros.

Volamos durante media hora. No exactamente hacia Curaray, sino ligeramente desviados al Sudeste. El capitán Galindo quería mostrarme la única casa auca que se conoce, ésa que sirve para llegar al convencimiento de que los aucas verdaderamente existen y que no son fantasmas que surgen de improviso de la espesura para asesinar y desaparecer nuevamente.

Tuvimos que buscar largo rato, trazando círculos y círculos durante casi veinte minutos, hasta distinguir al fin sobre un altozano una pequeña choza de paja que destacaba sobre la monotonía verde de la selva.

Allí estaba, y en su insignificancia me pareció sin embargo que cobraba de improviso el valor de un documento y se convertía –a mis ojos– en el testimonio de la existencia de una raza.

Pasamos sobre ella tres veces volando casi a ras de las copas de los árboles, buscando el ángulo desde el que pudiéramos ver en su interior a aquellas sombras que se escondían de nuestra presencia y atisbaban camufladas más allá del umbral. Luego trazamos un ancho círculo y el morro del avión enfiló directamente a Curaray.

Cuarenta y cinco minutos después aterrizábamos en la pequeña pista de hierba del campamento militar y detuvimos nuestro aparato, permaneciendo en su interior hasta la llegada de los soldados que vinieran a recogernos.

No íbamos armados, y no es la primera vez que los aucas atacan en la misma cabecera de la pista del Curaray, ya que ésta se encuentra situada en la otra orilla del río. Un grupo de soldados tenían que cruzarlo en piragua, recogernos, y dejar un par de centinelas junto al aparato.

Un cuarto de hora más tarde desembarcábamos, pues, en Curaray, un lugar tan hermoso que apetecería pasar en él unas vacaciones si no fuera por esa presencia de los aucas, que no permiten alejarse siquiera unos metros de los límites vigilados por centinelas siempre con el arma a punto.

El comandante Buitron, jefe del puesto, nos acogió con la alegría de quien no acostumbra

recibir visitas.

Curaray es la última avanzada del ejército ecuatoriano en la selva, y no debe resultar realmente un destino agradable. Peligros, calor, mosquitos, serpientes, pocas mujeres y un menú repetido hasta la saciedad: arroz blanco, patatas y –de tanto en tantoun trozo de carne. Y ésa es, por desgracia, la dieta que pudiéramos considerar básica en toda Amazonia.

Quien tenga buen apetito o no soporte la monotonía en el comer, que no intente un viaje por estas regiones.

No había mucho que ver en Curaray aparte de los barracones militares y la colina de los aucas, que a unos cien metros de distancia domina el campamento y por la que aparecen de tanto en tanto los salvajes. Los centinelas que montan guardia en esta colina saben que su vida está siempre en peligro. Apenas hacía un par de meses que habían asesinado a uno de ellos, y su viuda aún continuaba en el campamento. El comandante me mostró las largas lanzas de madera negra y dura con que habían acribillado al pobre hombre, y aún no se explicaba cómo un veterano como él se había dejado sorprender tan fácilmente.

—Aquí –comentó–, el menor descuido puede llevar a un hombre a la tumba y hacernos seguir idéntico rumbo a los demás. Afortunadamente pudo disparar antes de morir y eso nos alertó. Sin embargo, vivimos con la constante tensión de que el día menos pensado arrasen el campamento como ya ha ocurrido con otros en que no dejaron piedra sobre piedra. Aquí, río abajo, teníamos un destacamento, Sandoval, pero hubo que abandonarlo; se había vuelto insostenible. Constituimos, pues, la última barrera entre los salvajes y las tribus pacíficas de río arriba.

—Pero –dije– ¿qué efectividad puede tener una barrera como Curaray, perdida en la inmensidad de una selva como ésta? Ustedes están clavados en el corazón de la región auca, y por lo tanto, teóricamente al menos, ellos les dominan.

Rió, divertido:

—Teórica y prácticamente –replicó–. Resultaría absurdo hacernos a la ilusión de que logramos algo. Estamos en sus manos, y si no acaban con nosotros es por el temor a las bajas que les causaríamos. Por eso se limitan a molestarnos con emboscadas, sin tomarnos en cuenta.. No somos más que una gota de agua en el mar. Trescientos metros cuadrados de civilización en una región perdida.

—¿A qué viene entonces mantener algo que no tiene objeto? ¿por qué no abandonan el campamento?

—Ya se lo dije: río arriba habitan tribus pacíficas –señaló–. No podemos serles de gran ayuda, pero al menos les proporcionamos armas, les enseñamos a manejarlas y les infundimos una confianza de la que están muy necesitados. Si nos vamos de aquí, si esas tribus se van también, los aucas se envalentonarán, ganarán terreno y acabarán cruzando el Napo.

—¿Se atreverían?

—Los aucas se atreven a todo. Son como los perros o las serpientes: cuanto más miedo se les demuestra más valor derrochan.

Le pedí al comandante que me permitiera visitar un pueblo de los alamas; esa tribu que se encuentra en constante lucha con los aucas. Pareció dudar.

—Yo no puedo darle mi permiso –señaló–. Pero comprendo su interés, y no tengo autoridad para negarle a que se adentre en la selva. Mis órdenes son evitar todo choque con los aucas; procurar que no se les moleste, ni nos molesten a nosotros. Lógicamente es de suponer que usted, aunque penetre en su territorio, no va en su busca. Haga lo que quiera bajo su responsabilidad. Pero, por favor, no me pida un permiso oficial, porque no sabría qué responderle.

—Necesito una piragua y un guía –indiqué.

—Piragua tienen los indios –replicó–. En cuanto al guía, si alguno de los míos que no esté de servicio se aviene a acompañarle, por mí, puede hacerlo.

Así fue como al amanecer del día siguiente, acompañado de un indígena llamado Javier, emprendí el camino río arriba, en busca de un poblado alama. Javier, silencioso cuando no tenía que servir de intérprete, me advirtió que en caso de sufrir un ataque auca buscara siempre la protección del río, me tirara al agua y me alejara nadando o buceando si es que sabía.

Era la forma en que él se había salvado una vez de morir alanceado, y era la fórmula que se utilizaba siempre en la región. Por lo visto, a los aucas no les gusta perseguir a sus víctimas por el agua.

—¿Y las anacondas y cocodrilos? –pregunté.

—Aquí, cocodrilos hay pocos –replicó–, y las anacondas siempre son preferibles a los aucas.

Francamente, entre morir atravesado por una lanza o morir triturado y digerido luego por una anaconda, no he decidido aún qué es lo que prefiero, pero creo que la anaconda debe resultar más repulsiva que el más feroz de los aucas.

Durante horas navegamos en silencio. De la cercana orilla llegaban los mil ruidos de la selva: el gritar de los monos, el canto de los pájaros, el rugido lejano del araguato y el rumor de las hojas movidas por el viento. Remando bajo el sol, hundido en mis pensamientos, dejé pasar el tiempo y me preguntaba qué hacía yo allí en aquel momento; por qué razón había llegado hasta aquel rincón de la espesura en el más peligroso y perdido de los ríos del planeta.

Hacía calor, los brazos me dolían de remar, la embarcación hacía agua, y probablemente allí, entre los árboles de la orilla, habría algún auca acechando, deseando convertirme en blanco de sus lanzas. Sin embargo, me sentía feliz.

Javier hablaba poco. Era, en realidad, un indio de sierra llegado por casualidad a aquellas selvas, de las que me confesó que, en un principio, sintió miedo. Los aucas, para el indio ecuatoriano, son algo así como el demonio, y para un soldado ser enviado al Curaray constituye el peor castigo. No obstante, Javier había acabado acostumbrándose y se sentía a gusto en aquellas regiones.

Quizás el hecho de haber escapado a un asalto auca, el verlos de cerca y comprender que no eran tan infalibles como se contaba de ellos, significó para él una cura de miedo.

Le pregunté dónde había sido el ataque.

—Camino de Sandoval –respondió–; aquélla es la zona más peligrosa y el comandante ha hecho bien en desmantelar el puesto. Cada día en él era un día de muerte. En Curaray nos atacan, pero al menos somos fuertes, tenemos más protección, y dudo que un día se junten los

suficientes aucas como para acabar con nosotros. En Sandoval, lo hubieran hecho.

Continuamos nuestro camino durante no recuerdo cuánto tiempo. Las horas, remando bajo un sol de fuego –por más que buscáramos, junto a las orillas, la sombra de los altos árboles–, se hacían infinitas.

Al fin, avistamos la entrada de un riachuelo, y por él nos adentramos.

Apenas lo habíamos hecho, sonó un disparo en la espesura y Javier me advirtió que no me preocupara. Era un aviso del centinela alama, para que su gente de los alrededores supieran que alguien se aproximaba.

Cuando llegamos al desembarcadero del poblado –que no era, en realidad, más que un grupo de media docena de chozas–, los alamas habían acudido.

Nos recibieron con seriedad y un cierto recelo. También con curiosidad en los niños y mujeres, pero se comportaron amablemente, brindándonos de inmediato su hospitalidad. Los alamas no hablan castellano, y sin la ayuda de Javier mal me hubiera entendido con ellos. Me sorprendió advertir que su idioma sigue siendo el quechua, el mismo de los indios andinos; el idioma del imperio incaico, extendido muy a lo largo, por lo que pude comprobar, del Amazonas.

Comprendía ahora las razones por las que a Orellana le resultó tan sencillo entenderse con los indios que encontró en su camino, hecho que constituía un motivo de admiración para fray Gaspar de Carvajal. El trujillano debió aprender quechua durante sus estancias en Perú y Guayaquil.

"...Y visto esto por el capitán, púsose sobre la barranca del río, y en su lengua, que en alguna manera los entendía, comenzó de fablar con ellos y decir que no tuviesen temor y que llegasen, que les quería hablar; y así llegaron dos indios hasta donde estaba el capitán y le halagó y quitó el temor y les dio de lo que tenía..."

No poseía yo, ni siquiera en eso, las aptitudes de Orellana, pero en parte gracias a la ayuda de Javier, en parte gracias a lo poco que ellos conocían de castellano, pudimos entendernos, y así me contaron de sus dificultades y de lo dura que puede llegar a ser la vida a orillas del Curaray.

—Vivimos en constante peligro –me decían–, pues el "auca desnudo" ataca siempre en busca de nuestros machetes, que le son muy necesarios, ya que no saben trabajar ni el metal ni aun la piedra. Para ellos un arma de acero constituye un tesoro inapreciable frente al que la vida de un ser humano nada vale. En realidad nunca vale, y matan por matar a quien se cruce por su camino.

—¿Incluso las mujeres? –pregunté.

—Las mujeres y las niñas a veces se salvan –respondieron–. Pero su destino es aún peor, ya que al andar escasos de ellas, las raptan, las convierten en sus esclavas y cuando ya no les son útiles las arrojan al río, a que cocodrilos y pirañas las devoren.

Por mi expresión debieron advertir que aquel trato no me parecía muy galante y continuaron:

—Los aucas no son humanos, sino auténticas bestias de la selva. Como demonios surgen de improviso de entre la maleza y matan en silencio. Nada les satisface tanto como matar.

—¿Qué aspecto tienen? –quise saber.

—Son blancos –replicaron, ante mi asombro–. Altos blancos y fuertes.

No parecen, en verdad, gente amazónica.

Días más tarde, en la misión de Rocafuerte, ya casi en la frontera del Perú, pude comprobar esto. Una noche vi en la capilla un nativo cuyo aspecto físico me llamó la atención.

Era alto, casi blanco, con andares simiescos y la fuerza aparente de un oso. Pregunté quién era y me respondieron que el nieto del único auca salido de la selva: un niñito perdido que apareció un día –¡nadie sabe cuántos años hacía ya!– a orillas del Napo.

Este nieto, con una cuarta parte de su sangre tan sólo, conservaba aún, pues, rasgos genuinos de su raza.

El jefe de la tribu alama me mostró un viejo máuser que su hermano llevaba colgado al hombro.

—Eso es lo único que detiene al auca –dijo–. El arma de fuego. Por fortuna el Gobierno comienza a proporcionarnos estos buenos fusiles con que defendernos, porque nuestras antiguas escopetas de pistón, que se cargaban por la boca, poco podían contra ellos.

En verdad que su máuser, de fabricación checoslovaca, por cierto, era ya tan antiguo que en cualquier otro lugar se hubiera considerado como arma de desecho; peligroso no ya para el enemigo, sino –sobre todo– para el que disparara con ella, pero frente a una escopeta de pistón de las llamadas "comerciales" debía parecer casi un arma atómica.

Las "escopetas–comerciales", muy en uso aún en la Amazonia, constituyen un arma tan pintoresca que en mi opinión vale la pena hablar de ellas. Su precio suele ser muy bajo, dos o trescientas pesetas, y en realidad no valen mucho más. Se cargan por la boca y disparan por el antiquísimo sistema de la chispa, de tal modo que entre el instante de apretar el gatillo y el de salir la carga pasa un buen rato y el cazador debe seguir la pieza mientras tanto; no perderla de su punto de mira, pues no puede estar nunca seguro de cuándo saldrá el tiro.

También se ha dado el caso de pensar que ya no va a salir, y hacerlo rato después, hiriendo al propietario.

Estas escopetas presentan, además, el inconveniente de que, al estar fabricado su cañón a base de un alambre enrollado y soldado luego, cuando se han disparado cuarenta o cincuenta tiros, sobre todo si en alguno de ellos la carga ha sido superior a la normal, el cañón termina por abrirse como una gran flor, quedando el arma totalmente inservible.

Las "escopetas–comerciales" sirven, por lo tanto, para matar un mono o un jaguar, pero nunca para enfrentarse a las lanzas aucas.

Particularmente me llamaba la atención que al referirse a los ataques aucas se hablara siempre de sus temidas lanzas y no se hiciera mención, sin embargo, a las –para mí– mucho más peligrosas cerbatanas. Cuando pregunté la razón, el jefe de la tribu alama respondió:

—Los aucas tienen magníficas cerbatanas; las mejores, pero su "curare" no es bueno, es de baja calidad, capaz tan sólo de derribar loros, monos o perezosos, pero no de matar al hombre.

Nuestras cerbatanas son peores, pero nuestro veneno es mejor.

Quise saber en qué se distinguía una cerbatana auca de una alama, y Javier me lo explicó mostrándome un ejemplar de cada una de ellas. La diferencia es notoria: el arma de los alamas es, por lo general, totalmente redonda, de unos dos metros de longitud y algo más gruesa al comienzo que en la punta. La cerbatana auca, por el contrario, es plana u ovoidal, doblemente ancha que alta en su sección y de una longitud de casi dos metros y medio. Aunque labradas las dos en madera negra, de "chonta", se advierte claramente que la cerbatana auca está mucho mejor terminada, más pulida, y cuando se observa su interior puede llegar a dudarse de que esté fabricada con los escasos instrumentos con que cuentan los indios.

Me costó trabajo convencer a un alama para que me vendiera su cerbatana –incluidas flechas y veneno– y tuve luego la paciencia de cargar con ella durante seis mil kilómetros de río y no sé cuántos miles de kilómetros de mar hasta mi casa en Madrid. Sin embargo, esta paciencia no es nada comparada con la que ha de tener un alama para fabricar su arma.

El indio busca en primer lugar la palmera: la "chonta", cuya corteza –una madera negra y dura, parecida al ébano– constituye la materia prima sobre la que trabajará. Corta con su machete dos largas tiras, que va afilando pacientemente por su parte exterior hasta darles la forma y la medida deseada; tarda en esto, quizá, diez o doce días. Luego, en el centro de cada tira, en su parte interior, talla un surco de aproximadamente medio centímetro de profundidad por otro medio de anchura. Concluidos los dos surcos, une las –llamémosles– tablas, una contra otra, y las amarra fuertemente utilizando para ello juncos verdes.

Cuando ya han formado un solo cuerpo, lo recubre todo con cera negra parecida al alquitrán, que obtiene de unas abejas bastante abundantes en la Amazonia, que suelen construir sus nidos a ras de tierra.

Se consigue así, pues, un largo palo de unos dos metros, con un agujero en el centro, tosco y realmente poco apropiado para disparar con él.

Llega el momento de introducir –por ese agujero– una cuerda que se ata fuertemente tensada entre dos árboles y entonces el indio se pasa días, y aun semanas, haciendo correr su cerbatana por ese hilo. Al mismo tiempo introduce por el agujero arena gruesa y agua, lo que constituye una lija perfecta para el cañón. A última hora va cambiando la arena gruesa por otra cada vez más fina, y llega un momento, quizás al cabo de un mes de ese ir y venir, en que el cañón de la cerbatana es tan redondo y perfecto que se diría que está trabajado con instrumental de precisión.

Con tal arma y buena puntería, un indio puede derribar una pieza a cuarenta metros de distancia.

Decidí quedarme unos días con los alamas. No parecieron ni molestarse ni entusiasmarse con la idea. Debo reconocer que les resultaba completamente indiferente.

Nos proporcionaron, eso sí, una choza donde colgar nuestros "chinchorros", para lo cual la familia que la ocupaba se trasladó con sus escasos bártulos a la cabaña central, en la que la tribu hacía su vida social.

Señalé a Javier, si lo prefería, podía quedarse con los indios, pero aunque indio también pertenecía, como he dicho, a la raza andina, y se diría que no sentía interés por convivir con los alamas.

Al atardecer los niños se reunieron en la choza comunal, y un viejo sentado frente a ellos comenzó a salmodiar lo que parecía un monótono canturreo.

De vez en cuando callaba, y los niños repetían entonces palabra por palabra cuanto había dicho.

En un principio pensé que sería un cuento, una vieja leyenda o, quizá, parte de la historia de la tribu alama, pero Javier me sacó de mi error.

Aquello era una escuela, o mejor dicho, una universidad de la selva.

El viejo repetía todos los conocimientos que sobre el mundo tienen los alamas, y los niños se lo aprendían de memoria. Se trataba, pues, de clases de geografía, historia, medicina, arte de la guerra, arte de la paz y arte de la caza.

El anciano explicaba esa tarde los límites Norte del territorio alama: sus senderos, sus más ocultas trochas, los ríos o arroyuelos que habían de cruzarse; las colinas, los valles que surgían al paso, e incluso las especies de árboles que allí se encontraban.

Bien aprendida esa lección, repetida una y otra vez, el muchacho alama podría atravesar solo dicha región, reconociendo –sin haberlo visto nuncacuantos accidentes se le presentaran.

En días sucesivos pude ver a otros ancianos tratando diferentes temas, pues al parecer cada uno, como en nuestra civilización, tenía su especialidad.

Cansado por el viaje, me dormí temprano, acompañado por el canturreo de los niños. Me despertaron el aleteo y los inútiles esfuerzos de un gallo por cantar. Me sorprendió advertir cómo una y otra vez intentaba cumplir con su obligación de despertar a la gente sin conseguirlo, y es que los alamas tienen la costumbre de cortar las cuerdas vocales a los gallos para que con su canto no descubran el emplazamiento exacto del poblado.

En la selva –y esto llega a resultar chocante– existen sonidos como el canto de los gallos o el ladrido de los perros que se transmiten a gran distancia con extraordinaria claridad, mientras otros –como las voces humanas– suelen perderse a corta distancia.

Los indios toman por tanto tan drástica medida con los gallos, pero no necesitan precaución alguna en lo que se refiere a los perros. A éstos los acostumbran desde pequeños a no ladrar en el campamento, y cuando uno de ellos no puede ser acostumbrado, lo matan, se lo comen, y en paz.

El adiestramiento de los canes llega a ser generalmente tan perfecto que, cuando se va de caza con un indio y sus perros levantan una presa, su dueño sabe, por el tono del ladrido, si se trata de un mono, un ave, un animal que corre, una fiera, o incluso el rastro de un auca, quese encuentra peligrosamente cerca.

"Miau" –el perro de un cazador alama– tenía tal cantidad de tonalidades en su ladrido que casi se diría que hablaba, y hasta a mí, profano en el lenguaje canino, me resultaba factible entenderle. Desgraciadamente, el último día de mi estancia en el poblado lo mató un jaguar, lo que constituyó una manifestación de duelo hasta el momento en que el pobre bicho –asado a la brasa– comenzó a emitir un tufillo que a los indios les pareció de lo más apetitoso.

De la cocina alama y sus excelencias poco bueno hay que decir, puesto que en realidad es muy similar a la de la mayoría de los indios de selva americanos, desde los valles bolivianos hasta la Guayana venezolana.

Lo único que me llamaba la atención era la magnífica calidad de su alfarería, con platos y

cuencos de barro hermosamente moldeados y brillantemente pintados, algunos tan finos, que suenan casi como cristal cuando se les golpea.

En su decoración abundan las figuras humanas e incluso las escenas de caza, y me divirtió advertir la influencia de nuestra cultura, al descubrir que una hermosa tinaja lucía como decoración una operación aritmética que, por cierto, estaba equivocada.

Para los alamas, el mundo de los números y el mundo de las letras son algo misterioso, casi inexplicable, y directamente relacionado con los seres superiores que pueblan los cielos o los infiernos.

Al tercer día de mi estancia en el poblado apareció un indio que venía muy satisfecho con una magnífica cerbatana que dijo haber comprado a los aucas.

Me sorprendió que, demostrándoles tanto miedo y tanto odio, comerciaran con ellos, pero me explicaron que todos los intercambios con los aucas se efectúan a través de Elvira, una especie de vieja bruja que habitaba selva adentro y que era, a la vez, temida y respetada por ambas tribus.

Al parecer, Elvira, aunque alama de nacimiento, había sido raptada de niña por los aucas y tras vivir veinte o treinta años con ellos, y darles diez o doce hijos –¡ni ella misma sabía cuántos!–, había sido devuelta a su tribu, donde ya inútil y olvidada no la recibieron demasiado bien. Repudiada por unos y otros, a Elvira no le había quedado por lo visto otro remedio que establecerse por su cuenta, como en una especie de mediadora entre las dos tribus y llegando a convertirse, con el tiempo, en una temida hechicera.

La fama de Elvira alcanzaba, sin embargo, su punto más alto como curandera especializada en gusanos, y "sututus", y como Javier se encontraba infestado de estos últimos, insistió en que le acompañaran a ver a la vieja.

El "sututus" es un insecto diminuto que suele introducirse bajo la piel, anidando allí hasta formar grandes y molestas ampollas, que provocan un desagradable escozor. Resulta difícil luchar contra los "sututus", ya que incluso localizados por medio de esas ampollas se aferran con tal fuerza a la carne que no hay forma humana de extraerlos, al menos con los escasos medios que el hombre tiene a su alcance en la Amazonia.

Javier, cuya espalda parecía un mapa a causa de los malditos bichejos, vio tanto su gran ocasión en una visita a Elvira, y como por mi parte sentía curiosidad por conocer a la vieja bruja, decidí sobornar al jefe alama para que me proporcionara dos de sus indios que nos condujeran a la choza de la curandera.

En principio el jefe se negó.

Aquél era territorio auca, y no quería problemas con ellos. Tradicionalmente la senda que conducía a casa de Elvira era zona neutral, pero no estaba muy convencido de que los aucas respetaran dicha neutralidad tratándose de un guía del ejército y un hombre blanco. El problema se redujo, sin embargo, a cuestión económica: fui subiendo el precio y el jefe fue reduciendo las dificultades.

A la madrugada siguiente y armado de un estrambótico "máuser" que el jefe se emperró en prestarme y que me infundía más respeto que cualquier salvaje, emprendí el camino precedido por dos alamas y seguido por mi buen Javier, al que la idea de poder dejar de rascarse una temporada tenía muy contento.

Ignoro cuánto tiempo anduvimos. Mi reloj submarino –que había descendido victoriosamente a más de cincuenta metros en casi todos los mares tropicales del mundo– había perdido sin embargo días antes la batalla contra la humedad de la Amazonia y ya no era más que un cadáver silencioso en mi muñeca. El sendero –cuando lo habíaera tortuoso, casi indefinido, y desde luego impracticable para quien no lo conociera. De tanto en tanto desaparecía, terminaba en un muro de vegetación y entonces los indios volvían atrás, iniciaban una serie de extraños cálculos y se adentraban, por fin, en la maleza para ir a salir al poco rato a un nuevo sendero. Todo ello estaba destinado a desorientar a los aucas en lo que constituía una especie de laberinto indescifrable.

Otras veces, sin embargo, y cuando a mi entender el camino aparecía más claro y menos problemático, nuestros guías se salían de él y daban un rodeo para volver a tomarlo unos metros más allá. Aquello me parecía absurdo, pero Javier me hizo ver que aquel trecho evitado se habría hundido irremediablemente bajo nuestros pies, con lo cual hubiéramos ido a parar, un par de metros más abajo, a una trampa cuyo fondo se encontraba erizado de afiladísimas estacas. Tales trampas no sólo constituyen una magnífica defensa contra los aucas sino que, al propio tiempo, abastecen de carne fresca de animales al pueblo alama.

Comenzaba a sentir hambre cuando un aullido infrahumano cruzó el aire.

Tanto me habían hablado de los aucas que, antes de pensarlo, ya tenía amartillado mi cochambroso "máuser" y me había arrimado contra un árbol, a la espera de ver aparecer de un momento a otro a un salvaje desnudo dispuesto a alancearme. Javier, tan oscuro de piel, aparecía, sin embargo, blanco como el papel. Su miedo consoló mi miedo.

No obstante, los alamas nos tranquilizaron. Quien había gritado era Elvira. No sabían por qué, pero estábamos muy cerca de su choza y reconocían su voz. Al parecer estaba furiosa. El más decidido de nuestros guías nos indicó que esperásemos allí y continuó solo. Cuando volvió parecía preocupado; al parecer, gracias a sus dotes adivinatorias o sus secretos poderes, Elvira había averiguado que un blanco se aproximaba a su choza, y su aullido había sido un aviso para que no llegara a ella. Estaba convencida de que si mantenía cualquier clase de relación con los blancos los aucas lo descubrirían y eso le traería de inmediato su enemistad y la muerte.

No consentía por tanto en que yo me aproximara a su choza y no me fue difícil comprender que los indios –que temían a la bruja– estaban dispuestos a obedecerla. Consulté con Javier.

Para él resultaba contraproducente tratar de presionar a los guías.

Había que convencer a la vieja, y quizá quien mejor podía intentarlo era él mismo. Le entregué los regalos que llevaba para Elvira: un hermoso corte de tela de horribles colorines y un no menos hermoso peine para despiojarse.

A todo ello añadí unos pantalones míos que no sé para qué diablos le iban a servir, y dejé bien sentado que no habría regalos de ninguna especie si no me permitía verla.

Javier se fue con un guía y me quedé esperando con el otro. Al rato regresaron. La vieja, un ser realmente monstruoso, flaco y horrible, venía con ellos. Se mostraba conforme en que la viera y asistiera a sus extrañas curaciones, pero tenía que ser allí, en pleno bosque. Estaba convencida de que si pisaba su choza dejaría en ella mi inconfundible olor a hombre blanco y los aucas lo descubrirían en su próxima visita.

Me pareció que había mucho que discutir con aquella india respecto a los olores, pero decidí que era preferible no darme por ofendido y conformarme con lo que andaba buscando: asistir

a la cura de los "sututus" de Javier, según el extraño procedimiento de la bruja.

Ésta fue derecha al grano. Le indicó al enfermo que se quitara la camisa y se sentara en un caído tronco. Luego, y tras inspeccionar la espalda, comenzó a emitir unos extraños y agudos silbidos, a los que sucedían de tanto en tanto una serie de ruidos o chasquidos que hacía con la lengua, como si se estuviera besando a sí misma. Mientras tanto, sus agudos ojillos lagrimosos no dejaban de recorrer la espalda de Javier, deteniéndose en cada una de las ampollas.

De repente se abalanzó sobre una de ellas y sus negras uñas la estrujaron con increíble habilidad, lo que hizo salir al insecto, que aplastó luego.

Aunque parezca increíble, los silbidos y los ruidos de la vieja hacían asomar la cabeza a los "sututus", abandonando un instante su defensa, y siendo expulsados por lo tanto con una simple presión.

Casi no daba crédito a lo que estaba viendo, pero poco a poco la espalda de Javier quedó libre, aunque algunas de las ampollas chorreaban un líquido blancuzco. La curandera desapareció luego en la selva y volvió al poco con un puñado de hojas con las que restregó la zona afectada.

Terminada su tarea lanzó un gruñido y se volvió a su casa. En todo ese tiempo no levantó la vista hacia mí ni una sola vez, y cuando me sentía cerca, se retiraba como si pudiera contagiarle mi color.

Emprendimos el regreso. Éste fue, desde luego, mucho más laborioso que la ida. Los guías parecían tomar infinitas precauciones para ocultar sus huellas y daban vueltas y más vueltas en su intento de desorientar a quien pudiera seguirles.

De tanto en tanto se detenían a escuchar, y en un par de ocasiones el más joven de ellos se subió a un árbol para otear cuanto nos rodeaba.

De pronto, al tomar un recodo, aparecieron en el centro del camino un puñado de plumas y ramitas artísticamente colocados en círculo y que no estaban allí cuando pasamos. Los guías comenzaron a cuchichear entre ellos, y advertí que estaban muy nerviosos. Javier, que no parecía tampoco demasiado tranquilo, se limitó a comentar:

—¡Aucas!

No comprendí lo que tales plumas pudieran significar. Más tarde me aclararon que había sido como una simple tarjeta de visita: un saludo que los aucas habían querido dejarnos, quizá para hacernos saber que no resultaba fácil engañarles y estaban al tanto de nuestros movimientos. Tal vez pretendían solamente ahuyentar a los malos espíritus, ignorantes de que nosotros habíamos pasado por allí unas horas antes.

Por mi parte me inclino por la primera versión. Resulta difícil imaginar que un avisado auca no hubiera advertido sobre el camino las profundas huellas de mis botas, tan distintas a las casi imperceptibles de un indio descalzo.

Sea como fuere, en mala hora se les ocurrió dejarnos su saludo, ya que a partir de ese instante nuestros guías apresuraron el paso en tal forma que me resultaba casi imposible seguirles a través de la espesura. Si no me quedé rezagado fue –más que nada– por el convencimiento que tenía de que –en caso de perder contacto con ellosaquella gente no tenía la menor intención de volver en mi busca.

La perspectiva de quedar abandonado en medio del territorio auca, sin conocer el camino de regreso y sin más compañía que un fusil veterano ya en la guerra del 14, imprimió tal velocidad a mis piernas que, aunque lo hubieran intentado, ni a los guías ni a Javier les hubiera resultado fácil despegarse de mí.

En esta vida todo es relativo; cuando el grupo de miserables chozas apareció al fin ante nosotros, me parecieron tan civilizadas y acogedoras como la más hermosa de las ciudades europeas.

Aquella fue nuestra última noche en el poblado alama, y a la mañana del día siguiente emprendimos el regreso a Curaray, donde el comandante Buitron empezaba a preocuparse por nosotros.

De vuelta al Coca, seguí mi camino río abajo hasta llegar a Puerto Quinche, una nueva Misión capuchina, donde no hay más que un minero –el padre Miguel, de Ugarte– y dos hermanas, cordobesa una y zaragozana la otra. Con ellos pasé una agradable tarde, y me acompañaron luego hasta el puesto militar de Tiputini, un verdadero paraíso de descanso, con uno de los más bellos paisajes que conozco.

En Tiputini, situada en la confluencia del río del mismo nombre con el Napo, me encontré con la sorpresa de que acababa de llegar desde Quito un avión militar con el Ballet Nacional Ecuatoriano de Patricia Aulestia a bordo. Había venido a alegrar un poco la solitaria vida de los soldados del puesto en aquellas vísperas de Navidad.

Para los indios de los alrededores, el espectáculo no lo constituyó, desde luego, la exhibición folklórica que el ballet dio por la tarde en el patio del campamento; lo que en verdad llamó su atención fue la previa sesión de maquillaje de las muchachas del ballet, y así toda una tribu, grandes y chicos, se pasó horas atisbando por las ventanas de los barracones, en lo que debía constituir para ellos algo insólito y maravilloso.

Me encontraba cansado por el largo día de río y me acosté. Dormía profundamente cuando un oficial vino a sacarme de mi sueño queriendo llevarme al comedor común, donde al parecer se estaba celebrando una pequeña fiesta.

Traté de resistirme, pero insistió.

Al fin confesó que iban a simular un ataque auca y esto constituía un espectáculo que no debía perderme.

Accedí y, en efecto, apenas llegado a la fiesta se escucharon fuera disparos y gritos, y dos soldados hicieron una dramática aparición en la puerta: uno de ellos venía sangrando abundantemente y se dejó caer cuan largo era; el otro regresó a la lucha, y aún no había tenido tiempo de salir cuando se apagaron las luces y nos vimos "invadidos" por una pandilla de pintarrajeados indios semidesnudos y aulladores, dispuestos a cortarnos la cabeza.

El susto –para los que no conocían la broma– fue realmente mayúsculo.

Cuando al fin las luces volvieron y todo acabó, la mayoría de los miembros del ballet –ellos y ellas– andaban por debajo de las mesas, parapetados tras las sillas e incluso subidos a las vigas del techo. Una de las chicas sufría un amago de ataque de nervios, y los soldados, la oficialidad y los "indios" se retorcían de risa por el suelo.

En realidad resultaba una broma algo pesada, pero no recordaba haberme reído tanto en

mucho tiempo.

Me contaban más tarde los oficiales que, en cierta ocasión, un enviado del Gobierno –al que habían hecho víctima del mismo trato– se subió al depósito del agua, quedándose allí toda la noche, por más que gritaban desde lejos que todo era mentira y había pasado el peligro.

Sentí separarme del divertido grupo de Tiputini, pero el tiempo apremiaba; había convenido con el embajador de España en Ecuador, conde de Urquijo, que nos reuniríamos en la última de las misiones capuchinas del Napo, Nuevo Rocafuerte, ya en la frontera con Perú, para pasar allí la Nochebuena y el día de Navidad en compañía de los misioneros españoles.

Ignacio de Urquijo era una de las personas que más me habían ayudado a la hora de poner en marcha mi empresa de seguir las huellas de Orellana y no quería por tanto en modo alguno faltar a nuestra cita.

Una larga y cargada piragua de Tiputini me llevó, pues, hasta Nuevo Rocafuerte, el más importante –junto con el Coca– de los centros misionales de la Alta Amazonia.

Fue una Nochebuena inolvidable.

El embajador había llegado en la avioneta de la misión con su carga de regalos para los niños, que se agruparon junto al río para recibir sus caramelos, sus pantalones o sus vestidos de flores. Para los misioneros –tan lejos de su mundo, de su familia y de sus gentes–. fue también algo realmente extraordinario. Había turrón, champaña, música y vino de la patria.

Todo cuanto para ellos, acostumbrados a tan escasos lujos, podía constituir un remedo de aquellas otras Nochebuenas de tantos años atrás, en una patria y un hogar que para muchos ya no era más que un lejano y querido recuerdo.

Nueva Rocafuerte se halla situada a tan sólo unos kilómetros de la frontera con Perú, casi en la unión de los ríos Napo y Aguarico, sobre la orilla derecha del primero, en la región donde, tradicionalmente, se sitúa el punto en que Orellana tuvo que tomar la definitiva resolución de no regresar en busca de Pizarro.

Al tuerto trujillano le venía asaltando desde días atrás la idea de regresar, ya que temía por su honra, porque se pudiera decir de él que no cumplió con su obligación de volver, aunque bien claramente había dejado dicho que si no regresaba en tres días no le esperaran.

Hacía partícipe de sus vacilaciones a sus hombres y éstos, convencidos de la imposibilidad de todo regreso, así lo dijeron a través de un documento firmado por todos, y redactado por Francisco de Isásaga, que había sido designado escribano de la expedición.

Dicho documento, a mi juicio, pieza clave a la hora de dejar bien limpio el nombre de Orellana de toda sospecha de traición, dice así:

"...Magnífico Señor Don Francisco de Orellana: Nos, los caballeros e hidalgos y sacerdotes que en este Real nos hallamos con Vuestra Merced, vista su determinación para caminar el río arriba por donde bajamos con Vuestra Merced, y visto ser cosa imposible subir a donde Vuestra Merced dejó al Señor Gonzalo Pizarro, Nuestro Gobernador, sin peligro de las vidas de todos nosotros y que es cosa que no cumple al servicio de Dios, ni del Rey Nuestro Señor, requerimos y pedimos de parte de Dios y del Rey a Vuestra Merced que no empiece esta jornada cuesta arriba, en la que se pone a riesgo la vida de tantos buenos, porque somos certificados de los hombres de la mar que aquí vienen, en el barco e canoas que aquí nos han traído, que estamos del Real del Señor Gobernador Gonzalo Pizarro doscientas leguas más

por la tierra, todas sin camino, no poblado, ante muy bravas montañas, las cuales hemos visto barco y canoas padeciendo grandes trabajos y hambre, en el cual camino de viaje yendo agua abajo hemos tenido temor de perder todas las vidas por la necesidad y hambre que padecimos en el dicho poblado.

¡Cuánto más peligro de muerte tendríamos subiendo con Vuestra Merced el río arriba!

Por tanto, suplicamos a Vuestra Merced, e le pedimos e requerimos, no nos lleve consigo el río arriba por lo que dicho tenemos y representando a Vuestra Merced; ni se ponga en nos lo mandar porque será la ocasión a desobedecer a Vuestra Merced y el desacato que tales personas no han de tener si no fuese con temor de la muerte, la cual se nos presenta muy descubierta si Vuestra Merced quiere volver río arriba adonde está el Señor Gobernador; y si necesario es, otra y otra vez le requerimos lo sobre dicho, protestando a Vuestra Merced todas las vidas de todos y con esto nos descargamos de aleves y menos desobedientes al servicio del Rey si le siguiéramos en este viaje, todo lo cual, todos a voz de uno le pedimos y firmamos de nuestros nombres, como por ellos abajo parecerá, y pedimos a Francisco de Isásaga dé por testimonio como Escribano que es de Vuestra Merced. Y decimos que estamos presto para le seguir por otro camino por el cual salvemos las vidas".

Este documento y la amenaza de rebelión que en él se advierte, así como la firmeza con que sus hombres parecen estar dispuestos a no volver atrás, acaba por decidir –aun contra su voluntad– a Orellana, el cual, sin embargo, aún lo intenta por última vez, y reuniendo la mayor cantidad posible de víveres, hace pregonar por el campamento que daría un vale de mil castellanos de oro a los seis soldados que quisieran ir por tierra con dos negros y cuatro indios que venían con el grupo, a entregar las provisiones a Pizarro y llevarle noticias.

Pero ni esa fortuna en oro decidió a nadie, pues estaban convencidos de que no soportarían los cuarenta días de marcha por la selva que les separaban de las gentes de Pizarro.

Aun así, Orellana decidió quedarse allí algún tiempo, aprovechando para reparar sus maltrechas naves, dar descanso a sus gentes, y, sobre todo, esperar alguna noticia de su señor Pizarro.

Pasaron los días. Iban disminuyendo las provisiones de víveres que los indios amigos –¡aquellos antepasados de los aucas!– les traían, y con ello, los soldados comenzaron a impacientarse, pues avanzaba ya el mes de enero de 1542 y pronto haría un año del inicio de la expedición.

No sabían adónde les conduciría aquel río –que para entonces ya les parecía inmenso–, que corría lentamente hacia el Sudeste, adentrándose en un gigantesco continente del que cincuenta años atrás el europeo no sospechaba siquiera su existencia, pero tal vez confiaban en que girar hacia el Oeste, volviendo hacia el Pacífico, allá por el Perú, donde encontrarían gente española. Quizá los más pesimistas esperaran a que de un momento a otro se precipitara en una gran cascada en la cual todos perecerían, pero lo que probablemente ninguno sospechaba era que aquella selva monótona e impenetrable se extendía por más de siete millones de kilómetros cuadrados y ellos iban a ser los primeros que partieran en dos –atravesándolo de parte a parte– el Nuevo Mundo.

Fuera como fuese, los españoles de aquel tiempo tenían la costumbre de preferir enfrentarse a lo desconocido que sentarse a esperar los acontecimientos. Y así, llegó el día en que Francisco de Orellana no pudo contener más a sus hombres y se vio obligado a dar la orden de partida, no sin antes haber solicitado la ayuda de Dios y haberles rogado ecuanimidad para con los indios que encontraran, cosa ésta que contrasta con la tradicional crueldad que algunos autores achacan a los capitanes españoles.

Transcribe así fray Gaspar de Carvajal la alocución del trujillano a sus hombres: "...razonó Orellana a sus compañeros:

—Señores, hermanos, amigos e compañeros míos...

Mucha confianza tengo en Dios, y en que nuestra navegación ha de acabar en salvamento, y para que eso así sea no nos convienen pausas ni detenernos, sino con diligencia proseguir la carrera; e que en tanto pudiéramos salir adelante sin batalla, ni recurso de las armas, se haga; y cuando la necesidad pida otra cosa y no se pueda excusar la guerra, cada uno haga lo que debe...

...con mucho grado y de buen ánimo y contentamiento pusieron por obra la continuación de nuestro camino, prosiguiendo aquel grandísimo río, seyendo, sólo Dios, el piloto..."

Y decidido yo también a continuar mi camino, me despedí de mis buenos amigos y compatriotas, los misioneros de Rocafuerte y del embajador Urquijo, que regresó a su querido Quito. Comencé, pues, a seguir "aquel grandísimo río", y fue para encontrarme, al poco, con la imaginaria línea que, atravesando esas selvas, separa al Ecuador del Perú.

La frontera allí, en el Napo, no es más que un solitario claro abierto en la espesura sobre la orilla derecha del río, con un mojón de cemento que marca el punto exacto de la separación, y una choza habitada por un abandonado soldado peruano.

Bajé a tierra y me aproximé a la línea fronteriza. El descalzo soldado me pidió que no continuara mi camino: aquello era ya territorio peruano. Le señalé que deseaba entrar en su país, y dije algo sobre permisos o visados; me contempló con sorpresa y comprendí que le estaba acarreando un problema nuevo para él. Solucionarlo requería adentrarse por el sendero que se abría a espaldas de su choza, caminar hasta el lejano puesto militar, buscar alguien capaz de tomar una decisión y regresar con él. Algo, en fin, fuera de su alcance y su intención.

Llegamos a la conclusión de que lo mejor era hacer lo que hacían todos.

El río Napo es ancho, ancho y caudaloso, y en verdad que la frontera importa bien poco en aquel rincón de la Amazonia; era preferible que yo continuara mi camino, río abajo, sin darme por enterado de que existía un puesto fronterizo.

Mi intención era seguir la ruta de Orellana, y en tiempos de Orellana no existían en el continente países ni fronteras.

Comencé a comprender que el río era demasiado grande y mi piragua demasiado pequeña. Me sentía cada vez más diminuto y más desvalido ante la inmensidad del agua y la selva, y cuando un atardecer tropecé con un grueso tronco semihundido y mi embarcación estuvo a punto de irse a pique, tomé la decisión de proporcionarme cuanto antes un medio de transporte más adecuado.

Dos días después avisté sobre la orilla izquierda una hermosa hacienda que contrastaba con las míseras cabañas que venía encontrando en mi camino, y decidí buscar la embarcación que estaba necesitando.

El señor Turcios Pereira, propietario de la hacienda, me recibió con exagerada amabilidad y comenzó por compadecerme por haber tenido que atravesar el Ecuador soportando a los ecuatorianos. Cuando le hice ver que éstos no habían tenido conmigo más que muestras de simpatía, decidió abandonar lo que parecía su tema preferido –despotricar de sus vecinos–, y

cambiando rápidamente de conversación optó por enumerarme las infinitas comodidades y maravillas de su hacienda, en la cual podía quedarme como huésped de honor cuanto tiempo quisiera.

Realmente la hacienda Pereira merecía los elogios de su dueño, que se sentía sin duda mucho más orgulloso de ella que de toda su larga y extraña familia. Más de treinta hijos se le contaban al señor Pereira, teniendo solamente en cuenta los que vivían en la hacienda y sin hacer mención a cuantos le pudieran haber dado las indias de los poblados vecinos.

Por lo que me explicó, era viudo y vuelto a casar, pero me resultó imposible averiguar cuál de las seis o siete mujeres que rondaban por la casa estaba reconocida legalmente.

Don Turcios Pereira hacía gala de su harén y no pude por menos que preguntarme cómo –a sus sesenta y muchos años– le quedaban ganas de librar semejante batalla. Sostenían las malas lenguas que pagaba a cuatro o cinco indios para que se dedicaran a la exclusiva tarea de recorrer la selva en busca de unos pequeños y diminutos insectos negros cuyas alas proporcionaban una infusión de altísimo poder afrodisíaco. Probablemente se trataba de maledicencias, pero en caso de ser cierto no cabe duda de que los animalejos cumplían a la perfección su cometido: dos de las mujeres de la casa aparecían a punto ya de aumentar la numerosa familia.

Personalmente, don Turcios me cayó simpático –pese a sus bromas soeces y sus constantes alardes de mal gustohasta el día en que mandó venir a Rosita y me la presentó como el próximo y más joven miembro de su harén particular.

Rosita, que apenas habría cumplido catorce años, era una linda mestiza –hija de uno de los capataces de la hacienda– que experimentaba una especie de incontenible terror ante la presencia y las sucias caricias de don Turcios, que la exhibía como si se tratara de un hermoso caballo que estuviera a punto de comprar.

Desde ese momento experimenté la urgente necesidad de abandonar la hacienda, pero mi piragua se encontraba realmente en malas condiciones, y don Turcios había comenzado las negociaciones para proporcionarme una buena embarcación. Había prometido que en cuatro días me la conseguiría, y no me encontraba en condiciones de renunciar a mis proyectos por culpa de una situación que ni me incumbía ni estaba en disposición de solucionar.

En espera, pues, de mi nuevo medio de transporte, permanecí en la hacienda Pereira y pronto comencé a aburrirme de mi inactividad. Para combatirla, don Turcios me propuso que saliera a cazar el "tigre" con su hijo Arnulfo, un mocetón fuerte y silencioso, con cara de pocos amigos, y al que al parecer había caído bastante antipático desde mi llegada. En realidad quiero creer que a Arnulfo todo el mundo –empezando por su padre– le resultaba antipático. Más que un ser humano parecía en realidad una bestia de la selva, y en la espesura se pasaba la mayor parte del tiempo dedicado a su afición: cazar jaguares con lanza, en lo que constituye –a mi entender– el más peligroso deporte que pueda existir en este mundo.

Con sus cacerías obtenía un doble beneficio: en primer lugar, la pequeña cantidad que su padre le daba por cada jaguar muerto, con lo que libraba a la hacienda y su ganado de un enemigo, y en segundo término, lo que conseguía por las pieles de las fieras, que había aprendido a curtir magníficamente, cosa rara en la Amazonia, donde suelen pudrirse al poco tiempo.

Don Turcios estaba convencido de que cualquier día su hijo no volvería, perdida la batalla contra un jaguar, pero esto no parecía preocuparle en absoluto y no sólo porque tuviera muchos otros hijos, sino porque, o me equivoco, o la antipatía entre ambos era mutua.

En un principio, Arnulfo Pereira no pareció muy entusiasmado con la idea de que le acompañara en una cacería. Luego, ante la insistencia de su padre, acabó por aceptar, y a partir de ese momento desarrolló una intensa actividad y un increíble entusiasmo, enviando en primer lugar a cada uno de los puntos cardinales a un peón de la hacienda que debían indagar sobre la presencia de jaguares por los alrededores. A la tarde siguiente uno de ellos regresó, notificando haber descubierto huellas frescas a unos quince kilómetros, en la otra orilla del río.

Las explicaciones del indio, a las que asistió don Turcios, animaron al viejo, que tal vez por impresionarme a mí – extranjero y escritor– se decidió a acompañarnos con la intención de demostrar que –a su edad– aún se encontraba en condiciones de participar en una cacería.

Aquella noche los perros se mostraron inquietos y se diría que presagiaban la cacería. Aún estaba oscuro cuando me despertaron; comenzaba a clarear mientras cruzábamos el río, y nos habíamos adentrado ya en la espesura cuando el sol hizo acto de presencia.

Arnulfo abría la marcha llevando en una mano su larga lanza y en la otra la traílla con los perros. Yo iba en segundo lugar la mayoría del tiempo, cargado con un rifle calibre 30,06 que cada vez se me hacía más pesado, y don Turcios, con las manos en los bolsillos y el aire de quien está dando un paseo por el parque, cerraba la marcha, sin que por un solo instante diera la impresión de fatigarse más que nosotros.

Conocían bien el camino. Seguimos un cómodo sendero, cruzamos un maloliente pantano, atravesamos dos o tres cauces de agua con ésta a media pierna y llegamos, por fin, ante un riachuelo algo mayor que los anteriores y en una de cuyas orillas dormitaba un grupo de caimanes.

Arnulfo estudió la situación con ojos críticos:

—El agua nos llegará a la cintura –comentó.

Su padre se encogió de hombros:

—No nos vendrá mal lavarnos el trasero.

El muchacho señaló con la cabeza hacia los caimanes:

—Los perros tienen miedo. Se pondrán nerviosos si creen que en el agua puede haber cocodrilos.

—Nunca atacan antes del mediodía –replicó don Turcios–. Tú lo sabes...

—Yo sí, pero los perros no –señaló Arnulfo–. Y cuando están nerviosos son difíciles de controlar.

Don Turcios no pareció preocuparse por el problema y agachándose agarró por las patas al primero de los perros y se lo echó al cuello.

—¡Está bien! –dijo–. Carguemos con ellos.

De ese modo, cada uno de nosotros con un perro al hombro, como si se tratara de ovejas, y los dos restantes –los más valientes– de la mano de Arnulfo, cruzamos el río sin que los caimanes se preocuparan en absoluto de nosotros.

En todos mis años –dieciséis– en África, nunca había oído esta teoría de que los caimanes no almuercen antes de las doce, pero por lo visto en Amazonia es cosa sabida, y nadie se preocupa por tanto en las mañanas de su presencia. Me gustaría saber lo que ocurrirá cuando un caimán ignore esa costumbre, o cuando no haya cenado la noche antes y tenga verdaderas ganas de desayunarse.

Al meternos en el agua no fue necesaria la advertencia de don Turcios para que arrastráramos los pies. El río estaba plagado de rayas de agua dulce, y todos sabíamos el grave peligro que representan. Ese mismo día, por desgracia, tendríamos ocasión de comprobarlo.

En esta ocasión, sin embargo, llegamos a la otra orilla sin mayores problemas. Desde ese momento Arnulfo dejó en libertad a los perros, que desaparecieron casi instantáneamente en la espesura y ya apenas supimos de ellos más que por algún rumor que nos llegaba de entre la maleza.

Magníficamente entrenados, ninguno de aquellos canes ladraba ni hacía el menor caso a lo que no fuera el jaguar, única presa que interesaba a su dueño. Antes de seguir adelante, y para el resto de mi historia, quiero dejar bien aclarado que aun cuando a veces le llame "tigre", en realidad me refiero al jaguar, más parecido al leopardo africano que al auténtico tigre de la India. Se debe disculpar, teniendo en cuenta que en el continente se le conoce indistintamente por el nombre de "jaguar" o "tigre", siendo este último apelativo el más utilizado popularmente.

No habíamos andado mucho cuando nos llegó un ladrido nervioso y apremiante. Arnulfo se detuvo y prestó atención:

—Es "Solitario" –dijo–. Lo ha localizado.

—¿Al rastro o a él? –preguntó su padre.

—A él –replicó convencido Arnulfo–. Anda oculto en la maleza; los otros lo cercarán.

Reiniciamos la marcha, ahora más rápidamente, hacia donde "Solitario" continuaba ladrando. Pronto se le unió el coro de los restantes perros, que acabaron por organizar una increíble algarabía.

Arnulfo revisó su lanza. Despojó la afiladísima hoja de la funda de cuero que la protegía y emprendió una marcha apresurada, sin preocuparse poco ni mucho de si le seguíamos o no.

Yo me detuve un instante a revisar mi rifle, pero don Turcios me hizo un gesto indicándome que no valía la pena de que me preocupara por eso. Se limitó a empujarme para que no me despegara de su hijo, que ya desaparecía en la espesura.

A los pocos minutos llegamos junto a los perros, que rodeaban una especie de gran zarzal de unos diez metros de diámetro en el que, de tanto en tanto, se internaban – especialmente "Solitario"– para ladrar aún con más fuerza. A los ladridos respondían los gruñidos de la fiera que se ocultaba en su interior.

Arnulfo, esgrimiendo su lanza como podría hacerlo un "picador", se aproximó al zarzal y lo rodeó, estudiándolo con detenimiento.

Cuando volvió a nosotros, que permanecíamos a unos metros por indicación suya, parecía preocupado.

—Va a resultar difícil hacerle salir de ahí –comentó–. Está bien escondido.

—No dejes entrar a los perros –recomendó su padre–. Dentro acabará con ellos uno por uno.

Como si el jaguar le hubiera oído, se escuchó un aullido y uno de los perros hizo su aparición con un profundo zarpazo en el lomo. Manaba tanta sangre que pronto se convirtió en una masa rojiza que se revolcaba por el suelo. Las hojas secas y algunas ramas se le adhirieron a la piel y a la sangre y adquirió un lamentable aspecto.

Arnulfo se acercó al perro y lo contempló con pena. Por primera vez su expresión me pareció humana y demostraba ser capaz de tener un sentimiento. Creo que si el accidente lo hubiéramos sufrido su padre o yo se habría preocupado mucho menos. Dio un grito y los perros salieron del matorral, quedándose a un metro de distancia. No cesaban de ladrar y gruñir, pero parecían algo más calmados, como si supieran lo que iba a ocurrir. Uno de ellos vino un momento a husmear a su compañero herido y volvió luego a su sitio como centinela bien disciplinado.

Arnulfo pareció tomar una decisión.

—Hay que echarle candela –.dijo.

Y comenzó a reunir con el pie las hojas más secas que encontró por los alrededores.

Le ayudamos. En realidad casi todo estaba húmedo ya que en la Amazonia resulta difícil encontrar nunca nada verdaderamente seco, y cuando al fin hubimos reunido una buena cantidad yo abrigaba la impresión de que aquello nunca ardería por sí mismo.

Arnulfo era, por lo visto, de mi misma opinión, pero sabía lo que tenía que hacer. Se despojó de la camiseta y la colocó en el centro de la hojarasca que había situado en el punto en que calculó que el viento llevaría más fácilmente el humo hacia el matorral.

Prendió fuego a la camiseta y, lentamente, el montón de hojas comenzó a arder. Más que fuego lo que hacía era humo, y en realidad era esto lo que pretendíamos. Apenas ese humo comenzó a ascender y dirigirse hacia el zarzal, Arnulfo fue a situarse – lanza en ristre– al lado opuesto.

Monté mi rifle y me dispuse a intervenir si era necesario. Don Turcios se limitó a desabrochar la funda de su revólver. En cualquier otra compañía creo que me hubiera sentido nervioso o –¿por qué no decirlo?– asustado. Sin embargo, la naturalidad con que tanto el viejo Pereira como su hijo actuaban me infundía una tranquilidad casi absurda.

Pasó un rato. El humo fue creciendo y se dirigía hacia el refugio del tigre. Adivinamos que éste se agitaba inquieto y andaba de un lado a otro.

Los perros comenzaron a ladrar con más fuerza y noté que poco a poco se habían ido alejando de su dueño, concentrándose en los lados que no estaban ocupados por nosotros.

El jaguar no tenía, pues, otra salida lógica, si quería huir del humo y los perros, que el punto en que se encontraba el cazador, que –a cinco metros de distancia y con las piernas ligeramente flexionadas– parecía esperarle. Los segundos o los minutos –si es que llegaron a pasar– me parecieron infinitos. Llegué incluso a pensar que la fiera nunca saldría, pues la hoguera empezaba a perder su fuerza, y el humo era cada vez menos intenso, pero inesperadamente, la mancha amarillenta del jaguar apareció ante Arnulfo.

Durante una fracción de segundo el animal y el hombre se miraron. Luego el jaguar avanzó, al tiempo que Arnulfo le tiraba a la cara un puñado de tierra que guardaba en la mano izquierda.

Por unos instantes, el jaguar pareció desconcertado; fue a lanzarse hacia adelante, irritado por la tierra que le había llegado a los ojos, pero antes de que hubiera tomado impulso, cuando sus patas traseras aún no habían despegado del suelo, se encontró con la punta de la lanza clavada en el pecho.

Debió ser un encontronazo violento, pero Arnulfo, con el asta de su arma apretada contra el costado y los pies firmemente clavados en el suelo, ni siquiera se movió. El tigre se debatió con las manos al aire, intentó retroceder para librarse del hierro, pero su enemigo avanzaba a medida que él retrocedía, sin darle oportunidad de zafarse.

Bruscamente la bestia cayó de costado. Arnulfo bajó su arma casi hasta el nivel del suelo y empujó con todas sus fuerzas. Casi medio metro de lanza desapareció en el interior del cuerpo del jaguar. La herida que había comenzado siendo perpendicular al pecho le penetraba ahora oblicuamente, atravesándolo los pulmones y llegando sin duda hasta el estómago.

Los perros se abalanzaron sobre el jaguar, que todavía manoteaba, panza arriba, aunque se podía decir que estaba prácticamente muerto. Arnulfo, que así lo había comprendido, abandonó su arma y vino tranquilamente hacia nosotros.

Aún, sin embargo, hubo un incidente. Uno de los perros resultó alcanzado por una de las patas traseras del animal moribundo, que de un zarpazo lo mandó contra un árbol, a más de cuatro metros de distancia. El perro lanzó un quejido y quedó allí tendido e inconsciente. Una hora después caminaba tan tranquilo, delante de nosotros.

—¿Qué le ha parecido? –quiso saber Arnulfo.

—Si quiere que le diga la verdad, apenas he tenido tiempo de darme cuenta –repliqué.

—Ha dado poca guerra –comentó–.

Era un bicho estúpido. Si le apetece, otro día podemos venir a buscar uno que valga más.

—¿Cuántos ha matado así? –quise saber.

Se encogió de hombros:

—Nunca he llevado la cuenta.

Terminó su cigarrillo; luego volvió al jaguar, que había dejado de moverse, se aseguró de que estaba muerto y le extrajo la lanza, que limpió con unas hierbas.

Cortó unas lianas y amarró entre sí las patas delanteras y traseras del animal. Pasó la lanza entre ellas y pidió que le ayudásemos a colgar el cadáver entre dos árboles. Lo dejamos así, pendiente a un par de metros del suelo y goteando sangre. Los peones vendrían a buscarlo al día siguiente.

Sin más, emprendimos la marcha.

Los perros andaban ahora sueltos y, de tanto en tanto, desaparecían en la espesura. Andaban cazando pequeñas piezas, a su aire. El herido caminaba junto a los pies de su amo, que no

cesaba de vigilarle para que no quedara rezagado. Al llegar a un arroyuelo le limpio la herida que aún sangraba, y se la vendó con un pañuelo. Durante un trecho lo llevó en brazos. Cuando llegamos al río de los caimanes, el sol estaba ya alto y advertí que varios saurios habían abandonado la orilla y estaban en el agua. Eran caimanes negros, los mayores y más peligrosos de la Amazonia, algunos de los cuales superan los cuatro metros.

No quedaban disculpas. No había más remedio que echarse al agua, arriesgándose a lo que viniera, o quedarse allí y esperar a la mañana siguiente.

Arnulfo recorrió la orilla arriba y abajo en una extensión de unos doscientos metros, y sus ojos, hechos a aquella selva y aquellos animales, no perdían detalle de cuanto había a su alrededor. Al fin nos llamó y señaló un punto en el río.

—Por aquí –dijo–. Si cruzamos rápidamente, no tendrán tiempo de atacarnos.

Con la mayor naturalidad don Turcios se echó un perro al hombro y se metió en el agua. Arnulfo me indicó que le imitara sin perder tiempo, y cerró la marcha con el perro herido en brazos y otro al hombro. "Solitario" era el único que nadaba.

Todo fue bien hasta que estuvimos cerca de la otra orilla. De pronto don Turcios –que marchaba a un par de metros ante mí– lanzó un grito, se llevó la mano a la pierna y cayó al agua. Debo confesar que por unos instantes no supe qué hacer. Fue Arnulfo quien, soltando los perros, vino en la ayuda de su padre. Le levantó por un brazo y me gritó que le ayudara. Arrastramos al viejo hacia la orilla, y creo recordar que esperaba de un momento a otro sentir el mordisco de un cocodrilo.

Aún no comprendía lo ocurrido y me sentía desconcertado. Lo único que podía hacer era tirar de don Turcios.

Llegamos a la orilla y puedo decir que nos abalanzamos sobre ella... El señor Pereira no paraba de aullar y maldecir mientras se apretaba la pierna con fuerza, que, a la altura de la pantorrilla, aparecía roja de sangre.

Arnulfo rasgó el pantalón y distinguimos una profunda herida de unos cinco centímetros. Presentaba toda la apariencia de una puñalada y la sangre manaba como de un caño.

—Una raya –comentó.

Don Turcios lanzó una exclamación y casi automáticamente se desmayó. Su hijo me pidió un pañuelo, restañó como pudo la sangre de la herida y luego se orinó encima. Aunque parezca absurdo, la orina –dado que contiene amoníacoconstituye, tradicionalmente, uno de los mejores alivios para todo este tipo de picaduras.

Arrastramos al inconsciente don Turcios hasta dejarle recostado en un árbol, y Arnulfo me pidió que me quedara a su cuidado.

—Orine cuantas veces pueda en la herida –señaló–. Yo voy a casa a buscar ayuda.

Desapareció en la espesura, seguido de "Solitario" y de los perros sanos.

Ignoro cuánto tiempo esperamos allí porque me quedé dormido. Me despertó la llegada de Arnulfo y un crecido número de peones que se apresuraron a cargar al viejo en unas parihuelas.

Sin tomar aliento emprendieron el regreso.

La última parte de éste transcurrió ya en plena noche y resultó lento y fatigoso, alumbrados por la luz de cuatro o cinco antorchas y acompañados por los constantes lamentos y maldiciones del herido.

La estancia en la hacienda Pereira se hizo desagradable. El viejo aullaba constantemente y sus gritos se escuchaban en todos los rincones de la casa. Había noches en que no se podía pegar un ojo. La pierna de don Turcios adquirió pronto un aspecto espantoso: negra y tumefacta, hinchada hasta casi tres veces su volumen normal, y llegué a pensar que se había gangrenado.

Sus hijos me tranquilizaron: aquél era el aspecto común de una picadura de raya y no presentaba más peligro que el de que –dada la edad de don Turcios– éste no soportara los dolores. Por lo demás, todo marchaba normalmente; en una normalidad constituida por siete días de dolores insoportables y un mes de molestias.

Me limité, pues, a aguardar la llegada de mi embarcación y –extrañamente– en esos días Arnulfo pareció buscar mi amistad, salió de su mutismo y se mostró de una amabilidad insólita en él.

El día que me avisaron de que al fin la "chalupa" estaba atracada en el río, recibí una de las mayores alegrías de mi viaje, lo que no quiere decir que la hospitalidad de la hacienda Pereira no fuera en verdad digna de agradecer.

Bajé a ver mi barco. Era un clásico lanchón del Amazonas, de unos nueve metros de eslora, amplia cabina cubierta y asmático motor de gasoil, lo bastante fuerte como para empujarla a una velocidad prudente.

Su propietario y único tripulante respondía al apelativo de "Martinico", por ser su padre originario de esta isla del Caribe, y había bautizado a su embarcación con el pomposo nombre de "Bella Rosanna".

No constituían –desde luego– ni una marinería ni un yate de lujo, pero era –eso sí– mucho más de cuanto precisaba para mí y mi menguado bagaje. Frente a la piragua que acababa de abandonar parecía casi un transatlántico.

No me costó mucho esfuerzo ponerme de acuerdo con Martinico respecto a precio y las condiciones, por lo que decidimos emprender la marcha a la madrugada siguiente. Esa noche fui a despedirme de don Turcios, que víctima aún de los dolores, no pareció importarle poco ni mucho mi marcha.

Después de cenar, cuando fumaba un cigarrillo en el porche de la hacienda, se me aproximó Arnulfo, quien, sin rodeos, me preguntó si quería llevarle conmigo hasta Francisco de Orellana, en la confluencia del Napo con el Amazonas. Allí encontraría alguien que le llevara a Iquitos, río arriba.

Repliqué que, desde luego, no tenía el menor inconveniente, pero me sorprendió que me pidiera guardar el secreto y no decirle nada a su padre.

Si lo que quería era irse de su casa, ya tenía años más que suficientes para poder marcharse, visto, sobre todo, que a su padre parecía tenerle sin cuidado. Insistió en ello, sin embargo, y quedamos en que a la mañana siguiente nos encontraríamos un par de kilómetros río abajo. Me saldría al encuentro en su piragua.

A la hora convenida se encontraba, efectivamente, en el lugar indicado, pero no estaba solo. Amarró su piragua a la popa de la "Bella Rosanna", subió a bordo, y ayudó a subir a Rosita.

En un principio protesté; aquello no era lo estipulado y tenía la impresión de estar traicionando a don Turcios, que se había portado muy bien conmigo. Pero Arnulfo me convenció.

Iban a Iquitos, a casarse, y luego seguirían a Lima, o cualquier rincón del país donde el viejo no pudiera encontrarles. Hacía tiempo que venían pensándolo, pero la ocasión se había presentado, no ya por mi viaje, sino porque ahora don Turcios tenía bastante con su herida. Para cuando viniera a enterarse de la huida e intentar encontrarles ya estarían muy lejos.

Aún dudé, pero me vino a la memoria la escena entre el viejo y la muchacha, y llegué a la conclusión de que entre las sucias caricias de don Turcios y la ilusión de la pareja no había alternativa.

Debo confesar que pese a la monotonía del río y del paisaje, el viaje, Napo abajo, compartiendo una embarcación de nueve metros con una pareja en plena luna de miel no resultó en absoluto aburrido, pero el lector me comprenderá si admito que hubiera preferido mil veces la monotonía y el aburrimiento del agua y la selva.

Y así fueron pasando los días; fue quedando atrás el Napo, cada vez más y más ancho, hasta que, al fin, a mediados de enero, alcanzamos lo que tanto tiempo llevábamos buscando: el cauce del gran río, del inmenso Amazonas.

Y aun conociéndolo ya de otros viajes, me impresionó una vez más, pues allí, en la confluencia del Napo y el Marañón, es donde realmente se puede decir que se forma el Amazonas y es también, quizás, el punto en que más destaca la magnitud de su poderío.

¿Qué sintieron las gentes de Orellana cuando por primera vez se enfrentaron con el más caudaloso río del planeta, del que ni siquiera sospechaban en aquel entonces su existencia? Lo cuenta así fray Gaspar de Carvajal:

""Día de Santa Olalla..." Habiendo ya pasado once días de febrero después que partimos del Asiento de los Clavos, se juntaron dos ríos con el río de nuestra navegación y eran grandes, en especial el que entraba por la mano diestra, el cual deshacía y señoreaba todo el otro río y parecía que le consumía en sí; porque venía tan furioso y con tan grande avenida, que era cosa de mucha grima y espanto ver desde tierra, cuanto más andando por él.

Estas juntas de estos dos ríos se llamaron Juntas de Santa Olalla, e muchos de que allí íbamos aseguraron que era el río de la Sierra de Macas, y era tan ancho de banda a banda de allí en adelante que parecía que navegásemos por una anchísima mar, engolphados...".".

Pero no eran en realidad dos ríos los que entraban por la mano diestra –como escribe fray Gaspar de Carvajal–, sino tan sólo el Marañón, que en ese punto se divide en dos brazos, rodeando una isla que parece querer contener el ímpetu de la corriente.

Aun así, partido, el Marañón resulta en verdad impresionante, casi aterrador; inconcebible para quien no haya visto nunca el "Río–Mar", comparable solamente a la mar misma.

El Amazonas, naciendo a cuatro mil metros de altitud, tiene en un principio un curso rápido, demasiado rápido, pero pronto, al llegar a la llanura, antes incluso de su unión con el Napo, en estas Juntas que los de Orellana llamaron "de Santa Olalla", se tranquiliza hasta el punto de convertirse en un río lento y perezoso; extrañamente sereno frente al paisaje que le rodea.

A cuatro mil kilómetros de su desembocadura, se encuentra a quinientos sobre el nivel del mar, y ya más adelante, en su unión con el Negro, a sólo treinta, cuando le faltan aún casi dos mil kilómetros para llegar a su fin. Recorrida la mitad de ese camino, su desnivel no es más que de tres milímetros por kilómetro, lo que hace que su velocidad sea casi nula, pero no evita que vierta en el océano en época de crecida un caudal de casi doscientos mil metros cúbicos por segundo, de tal modo que, a cien kilómetros de la costa, el mar no ha sido capaz de anular por completo el agua dulce y fangosa que le arroja el río.

Pero esa falta de rapidez se ve compensada no obstante por su profundidad, ya que en su parte más honda alcanza los ciento treinta metros, lo que le convierte en navegable en la mayor parte de su curso, de tal modo que buques de considerable calado pueden remontarlo hasta Iquitos, en el Perú.

Pese a todo ello lo que resulta más impresionante –a mi entender– en el "Río–Mar" no es su caudal ni su profundidad, ni aun su anchura –sesenta kilómetros en algunos tramos–, sino el mundo propio que crea a su alrededor; el portento de los siete millones de kilómetros cuadrados de la Amazonia; la complejidad de sus infinitos afluentes, islas, lagunas, pantanos, y, sobre todo, selvas.

Aunque podría decirse que la Amazonia, en realidad, no es selva. Es más que eso: es jungla, espesura, maraña, agua, ciénagas, podredumbre, penumbra, ruidos, rumores, olor, susurros, gritos, misterio, miedo, lluvia, serpientes, mosquitos, fieras...

Todo, y al mismo tiempo nada...

Habiéndome criado en África, conociendo bien las selvas desde Senegal a Sudáfrica, creo que no existe, sin embargo, comparación posible entre ambos continentes, y siendo África más rica en animales –incluso en fieras– resulta, no obstante, más hospitalaria; más habitable, menos hostil que la Amazonia.

África puede recorrerse a pie sin más armas que un bastón, un machete y, en ocasiones, un rifle, pero nadie, absolutamente nadie en este mundo, podría atravesar a pie, llevase lo que llevase, la centésima parte de la selva amazónica.

Por todo ello la vida aquí, hoy, no se da y no es posible más que sobre o junto a las aguas. A la orilla de los cauces principales o de sus afluentes se alzan los poblados, y en el interior la auténtica espesura no ha sido más que tímidamente arañada aquí y allá por los caucheros. No existen caminos, ni claros, ni fuerza alguna capaz de hendir por mucho tiempo lo que constituye un auténtico muro de vegetación.

Tan sólo el agua vence. Sus caminos, de cientos, de miles de años, resultan ya indiscutibles por derecho propio, e incluso la vegetación los respeta, por más que con frecuencia los invada, imponiendo sus particulares formas de vida, como son esos enormes nenúfares; la "Victoria Regia", que cubre pantanos y tranquilos afluentes hasta casi hacerlos desaparecer con sus enormes discos verdes en forma de bandeja.

Y bajo esas bandejas de inofensivo aspecto que se adornan a menudo con hermosas flores blancas se oculta siempre el mayor de los peligros de estas aguas: el acechante caimán negro; la gigantesca anaconda, y sobre todo, la diminuta y feroz "piraña".

¡Piraña! Su solo nombre aterroriza a muchos y se comprende. Su aspecto es tan fiero, refleja de tal modo sus sanguinarios instintos, que hace olvidar que su tamaño no es mayor que una mano. La boca inmensa, las mandíbulas prominentes, los dientes como sierras, los ojos

odiando al mundo, y el número infinito. Tantos y tantos miles son, y tan rápidamente acuden al olor de la sangre, que las he visto devorar una vaca en tres minutos, haciendo hervir el agua alrededor de la pobre bestia, y comiéndole las entrañas antes incluso de que haya muerto.

En los llanos venezolanos, cuando una manada tiene que cruzar el río, los vaqueros lanzan previamente, aguas abajo, una vaca vieja o enferma para que –mientras las pirañas de los alrededores se entretienen en devorarlael resto pueda pasar aguas arriba.

Aquí, en la Amazonia, allá por el Tapajoz y el Madeira, dicen –por fortuna no lo he visto– que ciertas tribus sumergen en el río a los ancianos que ya son más carga que ayuda. Los amarran con una cuerda y los dejan caer al agua. A los cinco minutos sacan el esqueleto y lo colocan sobre un hormiguero para que las hormigas acaben de limpiarlo, luego lo guardan, y conservan así un recuerdo de sus antepasados. Sea verdad o no, lo que sí es cierto es que pirañas y hormigas son capaces de dejar mondo un esqueleto en pocos minutos.

Pero el lector no debe asombrarse por la barbarie de estos salvajes.

Antes de hacerlo le conviene saber que nosotros mismos –blancos civilizados– hemos llevado a la práctica actos semejantes, no por imperativos de una costumbre más o menos brutal, sino por mera diversión.

Durante la feroz guerra entre el Brasil y Paraguay, el mayor entretenimiento de los soldados de uno y otro bando era "dar de comer a los peces", lo que consistía en arrojar al río a un prisionero tras haberle hecho una incisión en el estómago, para quedarse allí, a ver cómo las pirañas lo devoraban vivo.

Las pirañas, que suelen abundar en las aguas de Sudamérica, no son –contra lo que se cree– devoradoras de hombres en su totalidad. Sólo una especie –la roja en forma de doradaataca siempre; las restantes únicamente acostumbran hacerlo al olor de la sangre, y recuerdo que en cierta ocasión atravesé a nado el Caroni, en Venezuela, sin que me molestaran en lo más mínimo. De haber llevado una herida o haber sangrado por cualquier razón, hubieran acudido, dando cuenta de mí en pocos minutos.

Particularmente, de las agua amazónicas le temo más a la anaconda que a las pirañas o cocodrilos, y es que –a mi entender– esta gigantesca serpiente acuática es, sin duda, el auténtico monstruo de la jungla.

Hace días, vuelto ya de mi viaje, me contaron que una anaconda de casi veinte metros de longitud devoró en el Madre de Dios –un afluente del Madeira, afluente a su vez del Amazonas– a dos campesinos que nadaban en el río, Ricardo Flores y Juvenal Quispe. Cuentan los testigos que ambos desgraciados parecían como hipnotizados por la bestia, que se los tragó uno tras otro, sin que se escucharan gritos, pudiendo percibirse tan sólo las grandes manchas de sangre que se extendieron sobre la superficie del río.

Algunos indios y sobre todo caucheros que han penetrado muy al interior de la espesura, aseguran haber encontrado anacondas de casi treinta metros, pero esto se considera una exageración y no ha podido ser comprobado hasta el presente.

Otro temido habitante de las aguas amazónicas el candiru, pues, pese a no medir, por lo general, más de cinco centímetros de longitud por cinco milímetros de grosor, tiene la particular costumbre de introducirse en los orificios naturales del ser humano, especialmente el pene. Una vez dentro no existe forma de extraerlo, si no es por medio de una dolorosísima y difícil operación quirúrgica, pues se aferra a la carne con sus largas púas.

Los dolores que produce son por lo visto insoportables, y han conducido a muchas de sus víctimas a la muerte.

La mejor forma de evitar el peligro del candiru es no bañarse nunca desnudo en estas aguas y usar siempre un bañador de material grueso como es el látex o la lona.

A la vista de esto algún lector se preguntará cómo es posible que, existiendo en las aguas amazónicas caimanes, anacondas, pirañas, rayas de agua dulce y candirus, se atreva alguien a bañarse en ellas. La respuesta sería otra pregunta: "¿Cómo es posible que habiendo tantos heridos y muertos en las carreteras, exista sin embargo tanta gente que los domingos se marcha al campo?".

Se da por sentado que el Amazonas nace, de su afluente el Marañón, en la laguna de Santa Ana, muy cerca del Cerro del Pasco, al Norte de Lima en el Perú.

Esa es la versión oficial –geográficamente hablando–, aunque son muchos los que se niegan a aceptarla, alegando –no sin razón– que el Ucayalí y su tributario, el Urubamba, van a nacer mucho más lejos, al Sur, y tienen, sin duda, bastante más importancia que el Marañón.

Este último es –hasta su salida al llano, por Borja– un clásico río de montaña, torrente andino que discurre entre portentosos acantilados, por el fondo de estrechas gargantas cuya sola visión causa vértigo, no siendo en absoluto navegable desde sus fuentes, hasta por lo menos Jaén de Bracamoros. Cruza hasta entonces por una de las regiones más inaccesibles de la Tierra, a casi cuatro mil metros de altitud, paralelo a la costa, encañonado, veloz y fiero, y nadie sospecharía, al verle, que pueda llegar a convertirse más tarde en el inmenso y tranquilo Amazonas.

Particularmente nunca me interesó gran cosa el cauce del Marañón, sintiéndome mucho más atraído por el Ucayalí y el Urubamba, pues su recorrido, paralelo al anterior, pero más largo y más al interior, resulta a mi entender incomparablemente más hermoso.

El Urubamba –un río oscuro e impetuoso– nace en las proximidades del pueblecito de la Raya, a cuatro mil trescientos metros sobre el nivel del mar, muy cerca del Titicaca, el gran lago sagrado de los Incas, cuna de su civilización, y la del Tihuanaco, uno de los lugares más sobrecogedores de la Tierra, verdadero mar interior, flanqueado por la impresionante Cordillera Real, mundo frío y lejano, como un paisaje extraterrestre.

Tres años antes de mi viaje en pos de las huellas de Orellana, había recorrido ya estas regiones del Sur del Perú en un viaje que partiendo de África –en los desiertos del Norte de Chile– me llevó a través de Bolivia y el Titicaca hasta Cuzco, Machupichu y Lima.

Fue una experiencia maravillosa de la que nació uno de mis más queridos libros –"Al Sur del Caribe"–, y ya por aquel entonces comencé a interesarme por el Amazonas y a preguntarme las razones por las que se insistía en ese error de preferir el Marañón al Ucayalí como fuente del Amazonas.

Algunos autores sostienen que las aguas del Urubamba provienen, por filtración, del cercano Titicaca, y si esto llegara a comprobarse resultaría ser este lago –el más alto de los navegables del mundo– el auténtico origen del más caudaloso de los ríos del planeta.

El desolado paisaje de los alrededores del Titicaca y, en conjunto, de toda la puna de Bolivia y Perú, no tiene, a mi modo de ver, comparación con nada, excepto, quizá, con las también altas y desoladas tierras tibetanas. Pese a los miles de kilómetros que separan el Tíbet de esta cordillera andina, se podría afirmar que son muchos los puntos de contacto que existen entre

ambos; no sólo en su paisaje, sino, sobre todo, en la forma de ser y de vivir de sus habitantes.

No hace mucho un buen amigo y famoso explorador, Michel Peissel, descubridor del Reino Perdido de Mustang, en el Himalaya, me contaba sus experiencias en aquellas lejanas tierras asiáticas, y, curiosamente, llegamos a sorprendernos de los muchos punto de contacto que existen entre los tibetanos y los indios aymará de los que yo le hablaba.

Ambas razas son de rasgos mongólicos, fuertes, duras, silenciosas y capaces de sobrevivir en las más adversas condiciones imaginables. Ambas son razas descendientes de antiguas civilizaciones poseedoras de culturas extrañas, casi incomprensibles para nuestra mentalidad de europeos, y las reacciones de tibetanos e indios andinos parecen calcadas entre sí.

Sus rostros, su forma de vestir, su actitud fatalista ante la vida, incluso su amor por su misterioso pasado y su desprecio por todo lo que consideramos progreso, llegan a resultar sorprendentemente parecidos, y eso nos hace pensar que aún no se ha llevado a cabo un verdadero y profundo estudio comparativo entre ambas razas y sus orígenes.

Salpicado de ruinas incaicas y preincaicas, millonario en leyendas y tradiciones, el Titicaca constituye uno de los lugares más extraños y sobrecogedores que he conocido en mi larga vida de viajero. Llanuras infinitas sin apenas un accidente le rodean hasta perderse de vista en la distancia, allí donde se adivinan más que verse, las blancas cumbres de la Cordillera Real; un silencio que casi llega a hacer daño es el único dueño de estas aguas, y tan sólo el viento –llorando entre los juncos al atardecer– rompe ese silencio. El hombre, incluso el extranjero, no se atreve, sobrecogido, a alzar la voz, y se habla aquí en susurros, como si se temiera despertar a alguien, como si un grito, una carcajada pudiera ofender al paisaje.

Se ha dicho que el fondo del mar es el mundo del silencio, pero en el mar los sonidos se transmiten con rapidez, con alegría, sin perder apenas sus tonos o matices, mientras que aquí, a cuatro mil metros de altitud, en la inmensidad de la puna, verdaderamente el silencio es el amo absoluto.

Y en aquel silencio nace el Urubamba, que poco después atravesará el Cuzco (El Ombligo), antigua capital del fabuloso imperio incaico, una de las ciudades más bellas y arquitectónicamente más interesantes de América del Sur.

Y allí, en el Cuzco, entre tantas cosas que llamaron mi atención: ruinas incaicas, la catedral, o la iglesia de la Compañía, me sorprendió encontrar un monumento a la Expedición Descubridora del Amazonas, sin que ahora pueda recordar si se trataba de la de Orellana –que nada tuvo que ver con estas tierras– o a la de algún otro de los muchachos españoles que, años después, llegaron por el Perú al Gran Río. Más tarde el Urubamba se abre camino por entre los calientes valles andinos, y en uno de ellos, a tres horas en tren del Cuzco, se alza, en la cumbre de un picacho, Machupichu, la Ciudad Perdida, el nido de águilas que –nunca sabrá nadie por quépermaneció oculta cuatrocientos años a los ojos de los hombres.

Se hace necesario ascender seiscientos metros por una pared que parecía inaccesible, teniendo siempre a los pies el precipicio, para descubrir –de improviso– el portento de esta ciudad que el norteamericano Hiram Binghan encontrara casi por casualidad, en 1911, y resulta inimaginable el esfuerzo que tuvieron que hacer sus constructores para subir hasta allí los gigantescos bloques de granito blanco que forman los templos y palacios.

Debió constituir una obra de titanes, de hombres de voluntad de hierro, digna de una raza tan injustamente olvidada como es la incaica.

Luego, cuando Machupichu queda también atrás, el Urubamba continúa su incansable camino

por el fondo de los acantilados, descendiendo lentamente hacia los llanos, aunque para conseguirlo tenga que unirse antes al Mishagua y al Tambo, para perder entonces su nombre y pasar a formar el ancho y poderoso Ucayalí.

Campos de coca comienzan ahora a aparecer aquí y allá, en una y otra orilla, y será esa coca la que más tarde mascarán incansables los indios andinos y les servirá para vencer su hambre y su fatiga, su frío y su desesperación, o para encontrar a la vida algún sentido.

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre la coca, sobre sus razones de ser y sus consecuencias, pero de cuanto me han hablado, he leído, o sé sobre ella, creo que lo más importante y significativo es el estudio que el profesor Gerardo Reichel – Dolmatoff– realizó sobre la tribu de los kogis y que Pérez de Barradas recoge en su interesante libro: "Plantas mágicas americanas": Dice Reichel–Dolmatoff: "Todos los hombres adultos iniciados mastican las hojas de coca "(Erythroxilon coca)", costumbre que en la cultura kogi ha tenido gran elaboración. Los cultivos de coca se encuentran al lado de todas las casas o poblaciones, donde ocupan el mayor espacio posible, y existen también en los cultivos alejados. Las matas se cuidan con mucho esmero y se limpian y podan a cada momento, y el terreno se riega con zanjas y canales. Se distinguen tres clases de coca, que "pertenecen" a diferentes tribus: una clase de hojas alargadas (tribu kankuama), otra de hojas pequeñas (tribu ika) y una tercera también de hojas pequeñas, que se considera como "perteneciente" a los kogi. Además se dice que en los páramos hay un árbol bastante alto, cuyas hojas se parecen mucho a la coca y que se llama guanguara o guanguala. "Los antiguos tenían esta coca", se dice.

"El individuo que quiera sembrar coca debe, en primer lugar, proveerse de ciertos "permisos" del mama o sacerdote. El mero cuidado de los cultivos de coca y la labor de la tierra representan un trabajo masculino, pero la cosecha de las hojas es una actividad femenina. Tratándose de una planta perenne, las hojas se pueden recoger en cualquier época del año. Las mujeres las arrancan y las llevan en mochilas grandes a las casas, donde los hombres las reciben para su elaboración. Primero se limpian las hojas de insectos y se arrancan los tallos o partes secas y dañadas. Luego las hojas frescas se ponen en una olla especial provista de dos asas opuestas, utilizada sólo para este fin, y se tuestan dentro de la casa ceremonial sobre fuego lento. Al mismo tiempo se revuelven continuamente para evitar que se quemen, ya que deben quedar apenas medio secas y de color verde claro dorado. Luego se ponen las hojas en una pequeña mochilita de algodón que se guarda dentro de una de las mochilas grandes que lleva el hombre terciadas. Una mochilita llena se consume en uno o dos días. Para dar la reacción deseada, las hojas deben mezclarse con cal. Esta se obtiene quemando conchitas de bivalvos, que se consiguen en las playas del mar, sobre la pequeña pirámide de espartos delgados. Esta cal se recoge luego en un calabacito en forma de botella, de 10–15 cm de alto, y se extrae de éste por medio de un palillo delgado de madera dura, el cual se deja tapando la boca del calabacito cuando éste no está en uso. Primero el hombre toma con la mano derecha unas cincuenta hojas de la mochilita y las introduce en la boca. Después de haberlas masticado por unos minutos, escupiendo ocasionalmente el jugo verdoso, saca el palillo del calabacito y lo lleva a la boca, chupando ruidosamente la cal adherida al extremo de la madera. Ahora, teniendo el calabacito en la izquierda, coge el palillo a modo de un lápiz, pero entre el índice y el dedo del corazón, y frota el extremo mojado de saliva alrededor de la abertura del calabacito, con el fin de sacar el palillo así. Durante este proceso, en el cual el palillo se frota rápidamente con movimientos cortos y duros sobre el calabacito, la mano izquierda da lentamente vueltas a éste. Con el tiempo se deposita alrededor de la abertura del calabacito una capa de cal que se endurece y crece hasta formar un cuerpo de color amarillo. Éste se modela con un cuchillo de vez en cuando y forma luego una especie de cilindro o disco, según el tiempo que el calabacito haya estado en uso. Calabacitos de cal que tengan varios años, sin haberse roto, tienen a veces un disco grueso y ancho alrededor de la boca, el cual se recorta y se forma cuidadosamente. Cada veinte–treinta minutos, más o menos, el individuo extrae las hojas masticadas de su boca con la mano e introduce otro tanto de hojas

frescas. Las hojas masticadas no se escupen directamente, pero durante la masticación se escupe a cada rato el jugo verdoso y amargo.

"Para las mujeres kogi está absolutamente prohibido masticar coca, y su uso empieza obligatoriamente sólo después de la iniciación del hombre. Los hombres que empiezan a mascar coca tienen a veces la boca muy quemada y casi no pueden comer durante los primeros días; pero desde luego, no dirán nada de eso, para no perder prestigio.

Sobre el efecto de la coca, los kogi destacan, en primer lugar, que su consumo trae cierta lucidez mental que se debe aprovechar para las reuniones ceremoniales y toda actitud religiosa en lo general, sean conversaciones, ritos personales o ritos colectivos.

Evidentemente, la coca causa un estado eufórico que dura largo rato y que se prolonga por el consumo gradual de más y más cantidades. El individuo se vuelve hablador y animado, dice que siente una sensación agradable de rasquiña sobre todo el cuerpo y que su memoria se refresca considerablemente, lo que le permite hablar, cantar y recitar durante horas seguidas. En segundo lugar, los kogi dicen que la coca apacigua el hambre. Según ellos, sin embargo, eso nunca es el objeto del consumo de la coca, sino sólo una consecuencia agradable, ya que durante las ceremonias o conversaciones ceremoniales el consumo de alimentos se prohíbe y los asistentes deben ayunar.

En muy raros casos se admitió francamente que la coca se masticaba con el solo fin de suprimir el hambre, ya que la alimentación era deficiente; pero generalmente un kogi declara enfáticamente que la comida es plenamente satisfactoria y que la coca tiene un efecto latente sobre la actividad sexual del individuo. Se dice que a la pubertad del joven, su instinto sexual se estimula fuertemente, pero que más tarde es directamente contraproducente y causa impotencia. La racionalización de este efecto es también típica, ya que toda sexualidad se considera como "mala" y peligrosa en la cultura kogi; su supresión se considera como una de las grandes ventajas de la coca ya como indispensable para las ocasiones de meditación o ritos personales. Hombres y jóvenes a veces no comparten este punto de vista y procuran tomar poca coca. En ocasiones toman la resolución de no usarla más o sólo a ratos, cuando su uso sea directamente obligatorio. Sin embargo, expuestos a las críticas de los demás hombres, sobre todo del sacerdote, estas resoluciones no son muy duraderas y la lucha por prestigio y "status" vence a todas las demás consideraciones.

"Se ha dicho que las mujeres no aprueban que los hombres usen la coca y, sobre todo, mujeres jóvenes sin niños provocan a veces peleas en chanzas con sus maridos para que éstos dejen de usarla. Evidentemente, las mujeres, quiénes comen mejor que los hombres y no toman parte en sus actividades religiosas, son sexualmente mucho más activas que éstos y saben muy bien que en el calabacito tienen un poderoso rival. Otro defecto que se atribuye a la coca es el insomnio.

También aquí los kogi ven una ventaja, porque las conversaciones ceremoniales se deben efectuar de noche e individuos que pueden hablar y cantar por una o varias noches sin dormir, merecen alto prestigio. El ideal kogi sería no comer nada fuera de la coca, abstenerse totalmente de la sexualidad, no dormir nunca y hablar toda su vida de los "antiguos": es decir, cantar, bailar y recitar. La coca es, en este caso, la planta maravillosa que ayuda al hombre a acercarse a este fin.

"Debemos anticipar aquí algunas observaciones sobre el complejo simbolismo que se relaciona con el uso de la coca. El calabacito de la cal se entrega al joven durante la ceremonia de iniciación y se le indica que este pequeño recipiente representa una mujer. El joven se "casa" con esta "mujer" durante esta ceremonia y perfora el calabacito en imitación de la desfloración ritual. El palillo, en cambio, representa el órgano masculino. La

introducción del palillo en el recipiente y los movimientos frotantes alrededor de su abertura lo interpretan como coito y culturalmente se da a entender que toda verdadera actividad social se debería reprimir y expresarse sólo en el uso de la coca. Todas las necesidades de la vida, toda la inmensa frustración, se concentra así en este pequeño instrumento que para el kogi significa "comida" y "memoria". No es raro que el hombre kogi sea inseparable de su calabacito.

Continuamente maneja los dos instrumentos con sus manos, frotando el palillo sobre el calabacito o introduciéndolo y sacudiendo con él el pequeño recipiente o poniéndolo súbitamente de punta como para perforarlo de nuevo".

Poco se puede añadir tras este magnífico estudio a lo que es o significa la coca para el indio americano. A mi entender, tan sólo cabe destacar el hecho de la extraña coincidencia que existe entre este uso y el casi idéntico que los indios polinesios y malayos hacen del "betel", planta de características muy parecidas a la coca, y abundante en el Asia sudoriental.

Tras los encerrados y calientes valles andinos, propicios para los campos de coca, el Ucayalí se abre paso ya hacia la gran llanura amazónica y el río va volviéndose cada vez más lento, a medida que cobra anchura, hasta llegar el momento en que vuelca sus aguas en el cauce del Marañón, y resulta fácil advertir, entonces, que el Ucayalí es –de los dos– el más ancho y el que arrastra mayor caudal, llegando incluso a desviar de su curso al Marañón, dirigiéndole momentáneamente hacia el Nordeste. Es por este motivo por lo que tantos se preguntan por qué, pese a esto, se elige al Marañón como fuente y brazo principal del Amazonas.

El día en que Arnulfo y Rosita nos dejaron, alejándose en su piragua río arriba a la espera de alguien que les remolcase hasta Iquitos, tanto Martinico como yo nos sentimos mucho más tranquilos. No era que hubiéramos ganado espacio en la "Bella Rosanna". Era que ganábamos, sobre todo, paz de cuerpo y espíritu.

Por su parte, el viaje comenzó a hacerse pesado. La monotonía de un paisaje hecho de agua, selva y cielo, no se veía roto en días y días de marcha más que por el paso de algún ave – por lo general garzas–, alguna solitaria embarcación que se cruzaba con la nuestra, y, una noche, un auténtico buque de gran calado que casi se nos echa encima con un atronador rugir de máquinas.

El calor aumentaba y las moscas y mosquitos parecían multiplicarse, especialmente en las regiones en que lentos y pequeños afluentes, que eran casi lagunas, desembocaban en el río.

La lluvia diaria y a menudo torrencial era siempre bienvenida, aunque no llegase a refrescar la atmósfera sino que, por el contrario –por aumentar la humedad del ambiente–, hacía el calor más pegajoso y desagradable.

Debo confesar que la mayor parte de esos días los pasé durmiendo o pescando, sumido en una especie de sopor que me mantenía aletargado.

Siempre me ha gustado viajar solo, y así vengo haciéndolo casi ininterrumpidamente desde hace más de diez años, pero si quiero ser sincero tengo que reconocer que, por primera vez, eché de menos la presencia de un compañero.

Con Mauricio no había mucho de qué hablar. El río y la selva más el primero que la segunda– constituían todo su mundo, y fuera de él apenas podía imaginar que existiera algo más.

En el río había hecho –eso sí– de todo, desde pesca a contrabando, y casi, casi, por lo que me explicaba, piratería, si es que puede existir alguna forma de piratería en nuestros tiempos.

Como contrabandista tenía, desde luego, una larga experiencia, sobre todo en lo que se refería a introducir mercancía de matute desde las Guayanas a Manaos.

Las historias que me contó de sus correrías en Río Blanco, allá por Boa Vista, no dejaban de tener realmente cierta gracia, e incluso me llegaba a interesar cuando hablaba de una ciudad perdida que únicamente él había visitado.

Su relato hubiera constituido tema para un libro si no fuera por el hecho de que relatos semejantes pueden encontrarse en boca de cuantos se han internado, poco o mucho, en el corazón de la Amazonia.

Según Martinico, en cierta ocasión en que intentaba introducir ilegalmente en el Brasil un alijo de mercancías provenientes del Surinam, se separó involuntariamente de sus compañeros en plena sierra de Tumucumaque, y tras muchos días de andar perdido llegó a un pequeño valle, al fondo del cual pudo distinguir los restos de una enorme ciudad medio comida por la selva. No se atrevió a entrar en ella y huyó de allí tan aprisa como pudo, para ir a parar, una semana más tarde, a las márgenes del río Trombetas. Martinico juraba que sería capaz –si le pagaban bien– de encontrar nuevamente esa ciudad.

Inútil me parece señalar que Martinico mentía, aunque, probablemente, incluso él cría en su propia mentira.

Debía llevar tanto tiempo repitiéndola que podía confundir lo cierto con lo falso. Alguien, alguna vez, debió contarle aquella historia, y acabó convencido de que era cierta.

La leyenda de la Ciudad Perdida, ésa de las cercanías del Trombetas, o cualquier otra de las muchas que existen el Amazonia, debía ser ya antigua –ronda de boca en boca– y no uno, sino muchos Martinicos, llegaron a la conclusión –consciente o inconscientemente– de que conocían su emplazamiento.

Del más miserable caboclo al último explorador de estas selvas todos creen estar en el secreto de una de esas maravillosas ciudades perdidas, repletas de tesoros, que están allí esperando a que ellos vayan, para entregarle sus incontables riquezas.

Resultaría difícil hacer un cálculo siquiera aproximado de cuántos se han dejado la vida en la persecución de ese sueño, en la búsqueda de esa quimera.

Desde que –hace casi quinientos años– los primeros españoles llegaron a estas tierras hasta el día de hoy, son innumerables los que han abrigado la esperanza de que ellos tendrían más suerte y vencerían a la jungla, y aún a estas alturas no se sabe con exactitud qué fue del famoso coronel Fawcett.

Durante veinte años este arriesgado explorador inglés recorrió de parte a parte la Amazonia y el Mato Grosso, llegando a convertirse en uno de los mejores conocedores de estas tierras que haya existido nunca y, pese a ello –quizá por ello–, murió buscando la ciudad perdida que un aventurero brasileño, a quien él llama Francisco Raposo, decía haber descubierto en 1740. Y no era ésa la única ciudad perdida en que el coronel Fawcett cría.

Estaba convencido de que en el corazón de la Amazonia, allá por las fuentes del Xingu y del Tapajoz, también quizá por las fuentes del Trombetas, existían toda una serie de ruinas; restos de un antiguo imperio desaparecido; tal vez las famosas setenta ciudades de las Amazonas que dieron nombre al río y de las que nunca se han encontrado huella alguna.

En 1925, Fawcett y su hijo fueron tragados para siempre por el misterio de las selvas del

Xingu, y cuentan las leyendas –en esta tierra tan rica de leyendas– que durante mucho tiempo fueron caciques de una tribu de salvajes "indios blancos".

Y si un hombre culto y preparado como Fawcett era capaz de creer –hace cuarenta años– en el misterio de las ciudades desaparecidas, ¿por qué no pueden seguir creyéndolo tantos caboclos o tantos aventureros?

Personalmente soy de la opinión de que, en efecto, tales ciudades existen, pero la experiencia de mis viajes a estas regiones me obligan a creer que ni son tantas como dicen ni tan importantes, ni mucho menos se conoce su emplazamiento.

Los españoles fundaron a orillas del Orinoco una hermosa ciudad, importante en su tiempo, Esmeralda, capital durante años de la Amazonia venezolana, y la mayoría de los mapas la señalan claramente aún pese a que hace años los indios guharibos la asaltaron, obligando a huir a sus últimos habitantes.

Hoy en día de Esmeralda nada queda, y se puede pasar por el río a diez metros de distancia sin advertir el menor rastro de que allí se alzara nunca una ciudad. La jungla y las termitas dieron pronto cuenta de ella.

Y si esto ocurrió a Esmeralda en este siglo, ¿qué puede haberles sucedido a ciudades que se perdieron hace trescientos o cuatrocientos años?

Para que perduraran tendrían que haber sido construidas en piedra –o en mármol, como dicen que era la ciudad de Raposo– o tendrían que seguir estando habitadas. Serían entonces capitales de tribus civilizadas, muy distintas de todos esos indios salvajes y semidesnudos que pueblan las regiones aún inexploradas de la Amazonia.

Fawcett y otros autores sostienen la teoría de que estas tribus salvajes rodean y protegen a un gran pueblo de extraordinaria cultura, que se esconde así de la curiosidad del hombre blanco; pero todo eso pasa a ser ya –a mi modo de ver– más fruto de la fantasía que de la realidad.

Estoy convencido de que, poco a poco, a medida que el hombre vaya penetrando en esas selvas, irán apareciendo, en efecto, ruinas de antiguas ciudades, pero serán grupos de pedruscos desmoronados, restos de lo que fueron caminos, casas o fortalezas, pero nunca una espléndida "Ciudad de mármol blanco" como la descrita por Raposo, o como la que Martinico –con su desfachatez– juraba haber descubierto.

Asegurar lo contrario son ganas de fantasear, o demostración de un desconocimiento total de lo que es la jungla; de la fuerza que es capaz de desarrollar la naturaleza y la rapidez y violencia con que la vegetación puede invadirlo todo, resquebrajar muros, apartar piedras, desmoronar columnas.

Pese a todo ello, Martinico insistía:

—Venga conmigo –decía– y buscaremos mi bella ciudad allá por el Trombetas.

—De acuerdo –respondía yo–, pero ten presente que sólo te pagaré cuando la hayamos encontrado.

Esto tenía la virtud de enfriar sus ánimos, y protestaba queriendo convencerme de que él no podía perder meses de trabajo buscando algo que –quizás y únicamente por mala suerte– no llegáramos a encontrar.

Por mi parte le respondía que no me encontraba en condiciones de gastar mi tiempo y mi dinero en buscar algo que –quizás, y únicamente por mala suerte, desde luego– nunca llegaríamos a encontrar.

Nunca nos pusimos de acuerdo.

Dejando a un lado la historia de su ciudad, mis relaciones con Martinico eran buenas en general, y aunque hubiera preferido alguien con quien poder hablar, no era, desde luego, de los peores compañeros de viaje que he encontrado en mi camino.

Conocía el río, era un buen trabajador –a nivel amazónico, naturalmente– y, sobre todo, un experimentado cazador, capaz de encontrar carne fresca allí donde yo ya había desistido de abatir una pieza.

El capibara y el trompetero eran sus presas predilectas, y en verdad que a la hora de cocinarlos demostraba una extraña pericia, lo cual no quiere decir que no le hiciera honores a las perdices, codorniz, el pato, el loro, o a los innumerables monos y "paujines".

El capibara es una especie de gran conejo de Indias, a menudo de más de metro de largo, y el mayor de los roedores existentes en el mundo.

Abunda en las márgenes de los ríos amazónicos, y, siendo un pobre animal indefenso, constituye una de las víctimas predilectas de los depredadores de la selva –el jaguar, el caimán, pasando por el hombre y la anacondaEl destino del capibara es echarse a nadar cuando le atacan por tierra, para regresar inmediatamente a tierra y correr a esconderse cuando le persiguen en el agua.

El trompetero, por su parte, es un ave de tamaño de una gallina, aunque más parecido a un pavo pequeño, de color gris plomizo, digno de destacar únicamente por el extraño sonido que emite; sonido del que le viene el nombre, y cuya característica más acusada es que no lo produce –como podría pensarse en un principio– con la garganta, sino con el extremo opuesto de su cuerpo.

Justo es señalar que el trompetero está considerado por tradición como el peor educado de todos los animales de la jungla. Pese a sus deplorables costumbres, a la hora de la cena constituye un plato muy apreciado.

Por lo general, Martinico y yo solíamos cazar un par de horas al día, apenas amanecido o al atardecer, aprovechando las horas de menor calor, lo cual no evitaba que, de tanto en tanto, cuando un pato se ponía a tiro en nuestro camino procuráramos echarlo también abajo. Además de esto pescábamos, por lo que nuestra dieta podía considerarse realmente aceptable. En comparación con el eterno arroz blanco y las patatas de la alta Amazonia, podría decirse que nos alimentábamos francamente bien. Un par de veces por semana sacrificábamos una tortuga, abundantísimas en el río. Constituyen un manjar exquisito, pero que llega a fatigar si se repite en exceso.

Podría decirse, por tanto, que el descenso por el ancho cauce del gran Amazonas constituía casi un viaje de reposo, bueno para leer, recordar y meditar en las infinitas calamidades que por estos mismos lugares pasaran, sin embargo, las gentes de Orellana.

Mucho ha cambiado el río desde entonces. No en el paisaje, la vegetación o el calor pegajoso, sino únicamente en las gentes que lo habitan.

La expedición de Orellana fue encontrando por aquí, indistintamente, gentes amigas y

enemigas; indios amables que les recibían como a dioses hijos del Sol, o tribus feroces que les atacaban sin detenerse a conocer sus intenciones. El relato de fray Gaspar de Carvajal se encuentra salpicado de alusiones a estos encuentros, aun cuando procura destacar siempre que Orellana evitaba en lo posible toda lucha. El único deseo de aquel puñado de valientes perdidos en un continente desconocido era salir de él cuanto antes y regresar a casa sin meterse en demasiadas pendencias con indios o amazonas.

Porque a estas alturas, en pleno cauce del gran río que debería llamarse río de Orellana, éste tenía ya noticias, aunque sólo remotas, de que más adelante habría de encontrar en su camino a las feroces cuniapuyaras –"las mujeres sin marido"–, cuya reina, Conori, era dueña absoluta del más vasto imperio de la selva.

Pero aún había de pasar mucho tiempo hasta que Orellana viera a las mujeres guerreras en su camino, y tal vez ese tiempo, esos días y semanas de monotonía los empleara en imaginar su encuentro con la reina Conori y en hacer planes sobre una posible alianza –quizás una unión material– entre los descubridores blancos y las dueñas de la jungla.

Para los españoles de aquel tiempo que habían asistido al descubrimiento de un Nuevo Mundo, a la conquista de un imperio como el incaico y a tantas y tantas maravillas en el transcurso de una sola vida, todo era posible, incluso la creación, allá, en el corazón del continente, de un nuevo y fabuloso reino, fruto de la unión de una raza de hermosas y feroces guerras, y otra de valientes e infatigables exploradores.

Desde el día en que, por primera vez, un cacique indígena les habló de las amazonas, los hombres de Orellana –españoles al fin y al cabo– se sentían impacientes por encontrarlas.

Y aunque no fundaran un reino, ¡Cuántas cosas maravillosas podrían contar sobre ellas a su regreso a la patria!

—Esta noche podríamos alumbrar unos caimanes –insinuó Martinico–.

Conozco aquí cerca una laguna donde abundan, y en Manaos me pagarían bien sus cueros.

En principio la idea no me desagradó, aunque no estaba muy seguro de hasta qué punto podía confiar en Martinico a la hora de cazar cocodrilos con la única ayuda de una linterna y una lanza.

Acepté al fin más que nada por salir de la rutina, y el resto del día Martinico se lo pasó acechando la aparición de una piragua que pudiéramos utilizar para llegar hasta la laguna de los caimanes. Nuestra "Bella Rosanna" era al parecer demasiado grande.

A media tarde alcanzamos a una familia de caboclos que seguían nuestra misma dirección en un gran cayuco sobrecargado de frutas, y Martinico convenció al hombre para que se viniera con nosotros poniendo la embarcación. Le prometió a cambio parte de una participación en los beneficios, según las pieles que se consiguieranremolcar su piragua hasta su punto de destino, que estaba, por lo visto, a dos jornadas río abajo.

El caboclo aceptó, y les remolcamos por tanto hasta la entrada del riachuelo que conducía a la laguna. Allí descargamos la piragua, dejando la fruta en tierra, abandonamos a la "Bella Rosanna" al cuidado de la mestiza y sus hijos e iniciamos la marcha aguas arriba, por una espesura tal que, a menudo, las copas de los árboles formaban un techo sobre nuestras cabezas, y el riachuelo parecía abrirse camino por un túnel de vegetación.

Anochecía ya cuando llegamos a la gran laguna. Las inmensas "Victoria Regis", en forma de

grandes bandejas de casi metro y medio de diámetro, cubrían a trechos la quieta superficie del agua hasta el punto de hacer imposible la navegación por ella. Otras veces eran unas extrañas enredaderas de hojas verdes las que avanzaban sobre las aguas, hasta alcanzar cinco y seis metros de distancia de la orilla, de tal modo que se llegaba a pensar que ésta se encontraba mucho más cerca de lo que estaba en realidad.

En el riachuelo habíamos tenido que abrirnos paso a través de esas enredaderas, que lo cubrían de parte a parte como si debajo no hubiera agua sino tan sólo tierra firme.

En el rápido crepúsculo del trópico el lugar llegaba a ser realmente sobrecogedor, con inmensos árboles que surgían de las aguas, con aquellas extrañas y amenazantes enredaderas que parecían tener vida propia, con las enormes hojas de "Victoria Regia" bajo las que se escondían caimanes y pirañas, y con la quietud y el silencio de las aguas, roto únicamente por el batir de alas de alguna garza que cruzaba.

Y en el centro nosotros tres sobre una frágil piragua toscamente labrada a fuego sobre un tronco de árbol, y debo confesar que no me sentía tranquilo, y que comenzaba a arrepentirme de haber aceptado la proposición de Martinico.

No cabía más que esperar a que fuera noche cerrada, y aprovechamos para comer algo y fumar un cigarrillo.

No hablamos, pues las voces humanas inquietan a los grandes caimanes negros, y éstos eran los que Martinico quería hacer salir de su escondite, bajo los nenúfares o las enredaderas.

Recuerdo que los mosquitos –lejos aquí la brisa del centro del río que se los lleva– comenzaban a martirizarme, y aunque por lo general tengo suerte con ellos y no me atacan demasiado, esa noche se cebaron en mis compañeros y en mí.

Al cabo de una hora de silencio en la oscuridad, Martinico decidió que había llegado el momento de actuar.

Apenas se distinguía nada a tres metros de distancia, pero se las ingenió para preparar su largo arpón de punta de hierro, sujeto a una gruesa cuerda. Cuando estuvo listo emitió un chillido, parecido al que podría haber lanzado un mono que se sintiera caer de un árbol, y, casi al instante, golpeó con un remo la superficie del agua.

Presentí, más que ver, que el quieto mundo del lago se ponía en movimiento y cobraba vida. Hasta ese instante, cuanto se había escuchado era el lejano silbido de un pájaro y el gritar de los araguatos –tan parecido al rugido del jaguar–. Aunque ningún nuevo ruido llegó ahora hasta mí, se diría que el ambiente se poblaba de susurros, las aguas se agitaban, y de los cuatro puntos cardinales extraños seres sin forma venían hacia nosotros.

Debían ser caimanes, pirañas y tal vez alguna anaconda, atraídos por el reclamo de un posible mono caído, y puedo asegurar que allí, en las tinieblas, su supuesta presencia me parecía más terrible aún que si los estuviera viendo con mis propios ojos. Me imaginé rodeado por una legión de enormes caimanes negros de casi cinco metros de longitud que abrían sus monstruosas bocas, dispuestos a tragarnos con piragua y todo, y sentí un escalofrío.

Sin embargo, cuando con un susurro Martinico me pidió que encendiera la linterna y alumbré con ella la quieta superficie del lago, lo único que pude distinguir fue la roja fosforescencia de los ojos de un caimán que, a unos cuatro metros de distancia, nos observaba inmóvil.

Cuando se les alumbra en la noche, los ojos de un cocodrilo aparecen como los pequeños

faros posteriores de un automóvil – rojos y brillantes–, y cuesta trabajo imaginar que bajo ellos se oculte una masa de carne, dientes, músculos y garras capaz de destrozar cuanto se ponga a su alcance. Los ojos –como periscopios– y la punta de la nariz, por donde respira, es todo lo que sobresale del agua en un saurio –sea cual sea su tamaño–, pues cuando está así, al acecho, cuanto necesita es ver y respirar, y puede pasarse horas y horas en esa posición.

Martinico, en la proa de la piragua, hizo un gesto, y mientras yo no cesaba de alumbrar a la bestia, manteniéndola como hipnotizada por el foco de la linterna, el caboclo remó en silencio y avanzamos lentamente hasta colocarnos a poco más de metro y medio del saurio.

En ese momento, y con innegable pericia, Martinico lanzó su arpón y se lo clavó entre los ojos al animal, que dio un salto en el aire, lanzó un coletazo y cayó con un ruido sordo sobre la superficie, desapareciendo como tragado por las aguas. El arpón se fue con él y detrás varios metros de cuerda. Martinico, con un afilado machete en la mano, se preocupaba de permitir que la cuerda saliera sin enredarse y al menor síntoma de que no ocurría así la habría cortado. Un brusco tirón podía hacer zozobrar la piragua, y quien naufragase en aquellas aguas no viviría más de cinco minutos.

Me contaba más tarde Martinico que, en cierta ocasión, unos cazadores de caimanes que resultaron volcados tuvieron la suerte, o la desgracia, de alcanzar uno de esos árboles que surgen de las mismas aguas y se refugiaron en sus ramas lejos del alcance de los caimanes. De poco les valió, sin embargo, pues perdida la piragua, rodeados de saurios y pirañas, y sin nadie que viniera a rescatarles, murieron de hambre allá arriba. Como se habían amarrado a las ramas para no caer durante la noche, semanas después otros cazadores encontraron sus restos colgando como trágicos frutos de un árbol macabro.

Mucho valor y, sobre todo, mucha habilidad, se precisa por tanto para ser arponero de caimanes, pues lo importante no es clavar el arma con fuerza y precisión –entre los ojossino, en especial, saberlo hacer con suavidad, sin una sola sacudida, manteniendo un equilibrio increíble sobre la inestable plataforma de la piragua.

No cabe duda de que Martinico sabía hacerlo, aunque a mí me diera la impresión de que el agua llegaba hasta la borda. También se mostraba hábil en la manera de dar cuerda al caimán herido, reteniéndola con la mano lo justo para que no se alejara demasiado o para que no nos crease problemas a bordo.

Ignoro cuántos metros de cabo soltó, y a qué distancia, por tanto, fue a detenerse la bestia, pero no debió ser mucha, y pronto, demasiado pronto para mi gusto, Martinico comenzó a recuperar el terreno perdido halando con suavidad de la cuerda, de forma que no atraía hacia sí el caimán, sino que, por el contrario, era la piragua la que avanzaba hacia el punto en que éste se encontraba. Llegó pues un momento en que la cuerda aparecía perpendicular bajo nosotros y Martinico, con suaves tirones, trató de comprobar si la bestia se movía o estaba muerta ya. Hacerla subir, aunque sólo le quedara un soplo de vida, era exponerse a que de un coletazo mandara por los aires nuestra embarcación; esperar demasiado una vez muerta era arriesgarse a que otros caimanes, y en especial las pirañas, acudieran y dieran rápida cuenta de nuestra presa. Saber el momento exacto en que había que subir a bordo al cocodrilo tenía, por tanto, una gran importancia.

Esperamos, y se diría que Martinico percibía en la mano los últimos estertores del saurio. De pronto lanzó una exclamación, como si se sintiese satisfecho, y comenzó a tirar, lenta y firmemente. Cuando el arpón, y luego el saurio, aparecieron en la superficie, éste se encontraba definitivamente muerto. Para mayor seguridad, de tres o cuatro rápidos golpes de su afiladísimo machete, Martinico casi le desprendió la cabeza del tronco, y luego, con infinito cuidado, subimos la pesada carga a bordo.

En menos de media hora Martinico y el caboclo, alumbrados por mi linterna, despellejaron al caimán, inundando de sangre el fondo de la piragua.

Terminada la operación tiraron al agua el cuerpo, enrollaron la piel y se dispusieron a buscar una nueva presa.

Por tres veces repetimos la operación durante la noche y cuando, a la mañana siguiente regresamos con la primera luz a la "Bella Rosanna", me juré a mí mismo no volver jamás ¡a ningún precio! a "alumbrar caimanes".

Más quizá que el suspense, el cansancio, los mosquitos, o el constante temor a zozobrar, impresiona la carnicería, el tener que compartir el diminuto espacio de un cayuco indígena con un enorme animal al que se descuartiza, de modo que se acaba bañado en sangre sin llegar a saber si es esa misma sangre, o nuestro sudor, lo que nos corre por el cuerpo.

Cuando, ante el escaparate de una tienda de modas, una señora se pregunta por qué un bolso de cocodrilo puede costar tanto dinero, yo podría darle una buena respuesta.

Seguíamos nuestro camino río abajo, luchando contra el calor y la monotonía, nuestros únicos enemigos. Hoy en día, en Amazonia no existe peligro alguno –salvo las bestias, las enfermedades y el río mismo– si no se busca más allá de las márgenes, tierra adentro.

Las tribus hostiles han huido de lo que es el Gran Río, y rara vez se les ve asomar por sus orillas. A sólo unas jornadas al interior, sin embargo, existen inmensas regiones en las que todo continúa como cuando Orellana pasara por aquí y los indios les daban grandes trabajos de guerras, de los que fray Gaspar de Carvajal da cuenta en su Diario de la expedición.

"...Viniendo caminando con nuestro acostumbrado trabajo y mucha hambre, un día a mediodía llegamos a un asiento alto que pareció haber sido poblado y tener alguna disposición para buscar alguna comida o pescado, y fue aqueste día, día de San Juan Ante–portam–latinam, que era seis de Mayo, y allí surgió un caso que no le osara escribir si no tuviera tantos testigos que a ello hallaron presente; y fue que un compañero ya nombrado, que es el que dio orden en el bergantín, tiró a una ave con una ballesta, que estaba en un árbol junto al río, y saltó la nuez de la caja y cayó en el río, y estando en ninguna confianza de cobrar la nuez, otro compañero llamado Contreras echó un anzuelo en el río con una vara y sacó un pescado de cinco palmos, y como era grande y el anzuelo pequeño fue menester sacarlo con maña, y, abierto, dentro del buche se halló la nuez de la ballesta, y así se reparó que no fue después poco menester, porque después de Dios, las ballestas nos dieron las vidas.

Cumplidos doce días de Mayo llegamos a las provincias de Machiparo, que es muy gran señor y de mucha gente, y confirma con otro señor tan grande llamado Omaga, y son amigos que se juntan para dar guerra a otros señores que están la tierra dentro, que les vienen cada día a echar de sus casas. Este Machiparo está asentado sobre el mismo río en una loma, y tiene muchas y muy grandes poblaciones que juntan de pelea cincuenta mil hombres de edad de treinta años hasta setenta, porque los mozos no salen a la guerra ni en cuantas batallas nosotros con ellos tuvimos no les vimos, sino fueron viejos, éstos muy dispuestos tienen bozos y no barbas.

Antes que llegásemos a este pueblos con dos leguas vimos estar blanqueando los pueblos, y no habíamos andado mucho cuando vimos venir por el río arriba muy gran cantidad de canoas, todas puestas a punto de guerra, lucidas, y con paveses, que son de conchas de lagarto y de cueros de manatís y de dantas, tan altos como un hombre, porque todos cubren. Traían muy gran grita, tocando muchos tambores y trompetas de palo, amenazándonos que nos

habían de comer. Luego el capitán mandó que los dos bergantines se juntasen porque el uno al otro se favoreciese, y que todos tomasen sus armas y mirasen lo que tenían delante y viesen la necesidad que tenían de defender sus personas y pelear por salir a buen puerto, y que todos se encomendasen a Dios, que Él nos ayudaría en aquella necesidad grande en que estábamos; y en este medio tiempo los indios se venían acercando, y hechos sus escuadrones, para no tomar en medio, y así venían tan ordenadamente y con tanta soberbia, que parecía que ya nos tenían en las manos. Nuestros compañeros estaban todos con tanto ánimo que les parecía que no bastaba para cada uno cuatro indios, y así llegaron los indios hasta que nos comenzaron a ofender. Luego el capitán mandó que aparejasen los arcabuces y ballestas.

Aquí nos aconteció un desmán no pequeño para el tiempo en que estábamos, que fue que los aracabuceros hallaron húmeda la pólvora, a causa de lo cual no aprovecharon nada, y fue necesario que la falta de los arcabuces supliesen las ballestas; y así, comenzaron nuestros ballesteros a hacer algún daño en los enemigos, porque estaban cerca y nosotros temerosos; y visto por los indios que tanto daño se les hacía, comenzaron a detenerse, no mostrando punto de cobardía, antes parecía que les crecía el ánimo, y siempre les venía mucha gente de socorro, y todas las veces que les venía nos comenzaban a acometer tan osadamente que parecía que querían tomar a mano los bergantines. Desta manera fuimos peleando fasta llegar al pueblo, donde había muy gran cantidad de gente puesta sobre las barrancas en defensa de sus casas. Aquí tuvimos una batalla peligrosa, porque como había muchos indios por el agua y por la tierra y de todas partes nos daban cruda guerra; y así fue necesario, aunque con riesgo al parecer de todas nuestras personas, acometimos y tomamos el primer puesto a donde los indios no dejaban de saltar en tierra a nuestros compañeros, porque la defendían muy animosamente; y si no fuera por las ballestas, que aquí hicieron señalados tiros, por donde pareció ser bien providencia divina lo de la nuez de la ballesta, no se ganara el puerto; y así, con esta ayuda ya dicha zabordaron los bergantines en tierra y saltaron al agua la mitad de nuestros compañeros y dieron en los indios de tal manera que los hicieron huir, y la otra mitad quedó en los bergantines defendiéndolos de la otra gente que andaba en el agua, que no dejaban, aunque estaba ganada la tierra, de pelear, y aunque se les hacía daño con las ballestas, no por eso dejaban de seguir su mal propósito.

Ganado el principio de la población, el capitán mandó a alférez que con veinticinco hombres corriesen la población y echasen los indios de ella y mirasen si había comida, porque pensaba de descansar en el sobredicho pueblo cinco o seis día para nos reformar del trabajo pasado; y así fue el alférez y corrió media legua por el pueblo adelante, y esto no sin trabajo, porque aunque los indios se retraían, íbanse defendiendo como hombres que les pesaba de salir de sus casas; y como los indios, cuando no salen con su intención al principio, siempre huyen hasta la segunda instancia a resolver en sí, como digo, huyendo; y visto por el dicho alférez la mucha población y gente, acordó de no pasar adelante, sino dar la vuelta y decir al capitán lo que pasaba. Y así volvió sin que los indios le ficiesen mal, y llegado al principio de la población, halló que el capitán estaba aposentado en las casas y todavía le daban la guerra por el agua, y le dijo todo lo que pasaba y cómo había gran cantidad de comida, así de tortugas en corrales y alberques de agua, y mucha carne y pescado y bizcocho, y esto en tanta abundancia que había para comer una real de mil hombres en un año; y visto por el capitán el buen puerto, acordó de recoger comida para descansar, como dicho tengo y para esto mandó llamar a Cristóbal Maldonado y le dijo que tomase una docena de compañeros y fuese a coger toda la comida que pudiese y así fue, y cuando llegó halló que los indios andaban por el pueblo sacando la comida que tenían.

El dicho Cristóbal Maldonado, trabajó de recoger la comida y teniendo recogidas más de mil tortugas, revuelven los indios y de segunda vez ya mucha cantidad de gente y muy determinados de los matar y pasar adelante a dar donde estábamos con el capitán; y visto por el dicho, acometiólos, y aquí se detuvieron mucho, porque los indios eran más de dos mil y los compañeros que estaban con Cristóbal Maldonado no eran más que diez y tuvieron bien

qué hacer para se defender. Al cabo dióse tan buena maña que se desbarataron, y vuelven a coger la comida y desta segunda pelea venían ya dos compañeros heridos; y como la tierra era muy poblada y de cada día los indios se reformaban y rehacían; tornan a resolver sobre el dicho Cristóbal Maldonado, tan denodadamente, que quisieron y pusieron por obra de tomar a manos a todos, y desta arremetida hirieron seis compañeros muy mal, unos pasados brazos y a otros piernas, y al dicho Cristóbal Maldonado pasaron un brazo y le dieron un varazo en el rostro. Aquí se vieron en muy gran aprieto y necesidad, porque los compañeros, como estaban heridos y muy cansados, no podían ir atrás ni adelante, y así pensaron todos ser muertos, y decían que se volviesen a donde estaba su capitán, y en medio Cristóbal Maldonado les dijo que no pensasen en tal cosa, porque él no pensaba de volver a donde estaba su capitán quedando los indios con victoria; y así recogió de los compañeros los que estaban para pelear, y se puso en defensa, y peleó tan animosamente que fue parte para que los indios no matasen a todos nuestros compañeros.

En este tiempo los indios habían venido por la parte arriba a dar por dos partes a donde estaba nuestro capitán, y como estábamos todos cansados del mucho pelear y descuidados, pensando que teníamos las espaldas seguras por andar Cristóbal Maldonado fuera, pareció que Nuestro Señor alumbró al capitán para que enviase al sobredicho, que a no le enviar, o no se hallar donde se halló, tengo por cierto que corríamos mucho riesgo de las vidas; y, como digo, nuestro capitán y todos estábamos descuidados y desarmados, de tal manera, que los indios tuvieron lugar de entrar en el pueblo a dar en nosotros sin que fuesen sentidos, y cuando se sintieron andaban entre nosotros y tenían derribados cuatro de nuestros compañeros muy mal heridos; y en este tiempo los vio un compañero nuestro llamado Cristóbal de Aguilar, el cual se puso delante peleando muy animosamente, dando alarma, la cual oyó nuestro capitán, el cual salió a ver lo que era, desarmado, con una espada en la mano, y vio que tenían los indios cercadas las casas donde estaban nuestros compañeros; y demás desto estaba en la plaza un escuadrón de más de quinientos indios. El capitán comenzó a dar voces, y así salieron nuestros compañeros tras el capitán y acometieron al escuadrón con tanto denuedo, que los desbarataron, haciendo daño a los indios, pero no dejaron de pelear y defender de manera que hirieron nueve compañeros de malas feridas. Y al cabo de dos horas que andábamos peleando, los indios fueron vencidos y desbaratados, y los nuestros muy cansados."

Más adelante fray Gaspar reseña la llegada de la expedición al río Negro, y el extraño descubrimiento que hicieron en un poblado, de grandes maquetas representando las ciudades de las amazonas, a las que los indígenas rendían un culto idolátrico.

"...Este mismo día, saliendo de allí, prosiguiendo nuestro viaje, vimos otro río grande, a la mano siniestra, que entraba en el que nosotros navegábamos, el agua del cual era negra como tinta y por esto le pusimos nombre del Río Negro, el cual corría tanto y con tanta ferocidad que en más de veinte leguas hacía raya en la otra agua, sin revolver la una con la otra.

Ese mismo día vimos otros pueblos no muy grandes. Otro día siguiente de la Trinidad holgó el capitán y todos en unas pesquerías de un pueblo que estaba en una loma, donde se falló mucho pescado, que fue socorro y gran recreación para nuestros españoles, porque hacía días que no habían tenido tal posada. Este pueblo estaba en una loma apartado del río como en frontera de otras gentes que les daban guerra, porque estaba fortificado de una muralla de maderos gruesos, y al tiempo que nuestros compañeros subieron a este pueblo para tomar comida, los indios lo quisieron defender y se hicieron fuertes dentro de aquella cerca, la cual tenía no más que una puerta, y comenzáronse a defender con muy gran ánimo; mas, como nos veíamos la necesidad, determinamos de acometerlos, y así, en esta determinación, se acometió por la dicha puerta, y entrando dentro sin ningún riesgo, dieron en los indios y pelearon con ellos hasta los desbaratar, y luego recogieron comida, que había en cantidad.

El lunes adelante partimos de allí pasando siempre por muy grandes poblaciones y provincias,

proveyéndonos de comida lo mejor que podíamos cuando nos faltaba. Este día tomamos puerto en un pueblo mediano, donde la gente nos esperó. En este pueblo estaba una plaza muy grande, y en medio de la plaza estaba un tablón grande de diez pies en cuadro, figurada y labrada de relieve una ciudad murada con su cerca y con una puerta. En esta puerta estaban dos torres muy altas de cabo con sus ventanas, y cada torre tenía una puerta frontera y una de la otra, y en cada puerta estaban dos columnas, y toda esta obra ya dicha estaba cargada sobre dos leones muy feroces que miraban hacia atrás, como recatados el uno del otro, los cuales tenían en los brazos y uñas toda la obra, en medio de la cual había una plaza redonda; en medio desta plaza estaba un agujero por donde ofrecían y echaban chicha para el sol, que es el vino que ellos beben, y el sol es en quien ellos adoran y tienen por su Dios. En fin, el edificio era cosa mucho de ver, y el capitán y todos nosotros espantados de tan gran cosa, preguntó a un indio que aquí se tomó qué era aquello o por qué memoria tenían aquello en la plaza, y el indio dijo que ellos eran subjetivos y tributarios a las amazonas, y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y de guacamayos para forros de los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellos tenían eran de aquella manera, y que por memoria lo tenían allí, y que adoraban en ello como en cosa que era insignia de su señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres. Hallóse también en esta misma plaza una casa no muy pequeña, dentro de la cual había muchas vestiduras de plumas de diversos colores, las cuales vestían los indios para celebrar sus fiestas y bailar cuando se querían regocijar delante deste tablón ya dicho, y allí ofrecían sus sacrificios con su dañada intención.

Salimos luego deste pueblo y dimos luego en otro muy grande que tenía el mismo tablón y divisa que es dicha; este pueblo se defendió mucho, y por espacio de más de una hora no nos dejaron saltar en tierra, pero al cabo hubimos de saltar, y como los indios eran muchos y cada hora carecían no se querían rendir; pero visto el daño que se les hacía acordaron de huir, y entonces tuvimos lugar, aunque no mucho, para buscar alguna comida, porque ya los indios se revolvían sobre nosotros, pero nuestro capitán no quiso que aguardásemos, pues que no podíamos ganar nada en la mercancía, y así mandó que nos embarcásemos e nos fuésemos, y así fue...".

A estas alturas del viaje –3 de junio de 1542–, a los cuatro meses de su llegada al cauce del Amazonas, los expedicionarios entraban por tanto en la región más poblada y rica del río, mucho más habitada en aquellos tiempos que hoy en día, por más que en la actualidad aquí se alce Manaos, que con sus cien mil habitantes es, sin discusión, la mayor de las ciudades de la selva, el más importante de sus puertos, y el centro que aglutina toda su vida comercial.

Llegamos a Manaos –capital de la Amazonia– en una mañana de domingo.

Me encaminé directamente al Hotel Amazonas, conocido ya de otros viajes, y que con su aire acondicionado y sus camas con colchón era lo que venía necesitando –con un buen baño– desde mucho tiempo atrás.

Me eché a descansar un rato, y cuando, a las cuatro de la tarde, el hambre me despertó y salí a buscar algo de comer, no había nadie en las calles. El choque con una temperatura y un aire denso, caliente, irrespirable, me sorprendió, incluso a mí, que venía acostumbrado al calor. La ciudad aparecía muerta, como si nadie, absolutamente nadie, la habitase, y se diría que no había allí más que calles y edificios que habían crecido por quién sabe qué extraño milagro. Tuve que andar largo rato para encontrar un solitario bar en el que me sirvieran un bocadillo y un vaso de agua.

Y es que cuando en Manaos –como aquel domingo– no sopla la suave brisa del río, la ciudad se vuelve realmente inhabitable.

El lunes se presentó sin embargo distinto. Desde muy temprano pude escuchar el ir y venir de

las gentes, el ya casi olvidado ruido de los coches, el rugir de los motores, y el sonar de las bocinas. Cuando me asomé al balcón, advertí que el viento del río había vuelto a hacer su aparición, y la temperatura, si no agradable, por lo menos era soportable.

Bajé al río a saludar a Martinico y a la "Bella Rosanna", y lo hice por el gran muelle fluctuante, el mayor del mundo, construido por los ingleses a finales de siglo, en los tiempos de la fiebre del caucho.

Manaos se siente orgullosa de este muelle que resulta una obra notable, capaz de adaptarse a los cambios de nivel de las aguas que en ocasiones –de la máxima crecida a la época más seca– supera los diez e incluso los trece metros.

A su entrada, un alto muro que contiene el río cuando baja lleno muestra las marcas y las fechas que señalan los puntos máximos que alcanzan las aguas cada año, y sobre todas ellas, en un bloque que hubo que colocar más tarde, una raya recuerda que en 1953 la crecida fue tan espectacular y sin precedentes que superó cuanto podía preverse, de tal modo que la plaza de la Catedral y las casas de las calles vecinas quedaron anegadas.

Manaos no se alza, como muchos creen, sobre el mismo Amazonas, sino sobre la orilla izquierda de su afluente, el Negro, a poca distancia de la unión de ambos. Como a fray Gaspar de Carvajal y los españoles, sorprende a todos la espectacular forma en que las aguas negras chocan con las fangosas del Amazonas, y sin mezclarse, forman una frontera perfecta, delimitada al centímetro. Extendiendo la mano sobre la superficie de esas aguas se puede señalar con exactitud qué dedos están ya en el Amazonas y cuáles siguen en el Negro.

Luego, sin transición alguna, sin que pueda saberse cómo, las aguas limpias y negras desaparecen, tragadas por la inmensidad de la fangosa corriente del Amazonas, que lo domina todo.

En Sudamérica se pueden distinguir siempre dos tipos de ríos claramente definidos: los "ríos blancos" de aguas sucias y lechosas, que arrastran enormes cantidades de limo y fango y los llamados "ríos negros", de extraordinaria limpidez y transparencia, aunque sus aguas, en conjunto, adquieran un color verde oscuro, como de té muy cargado. Los ríos blancos suelen atravesar zonas blandas y son lentos, mientras los negros corren por regiones rocosas, precipitándose a veces en forma de rápidos y cataratas. Su pigmentación les viene dada por una planta con aspecto de alga que crece entre las rocas de su lecho, en las torrenteras.

Hasta hace unos años decir Manaos era decir caucho. Era nada más que un villorrio que trepaba sobre las lomas, o hundía los altos pilotes de sus casas de madera en el fondo del río, y nada hubiera sido más que eso si en 1893 Charles Goodyear no hubiera descubierto que el caucho, combinado con azufre, resistía tanto las bajas temperaturas como las altas.

El mundo empezó a pedir caucho, más y más caucho, y el alto y liso árbol que lo proporcionaba no se daba más que en la selva amazónica.

Comerciantes, aventureros y desesperados llegaron desde los cuatro puntos cardinales, desde los confines del mundo, y se desparramaron por aquellas junglas, sedientos de riqueza, dispuestos a sangrar los árboles al máximo, sacándoles hasta la última gota de su leche blanca y elástica. Y lo hicieron con tal ímpetu que, al poco tiempo, por Manaos corrían ríos de oro, lo que la convirtió de la noche a la mañana en la ciudad más rica, más excéntrica y más loca de toda América y casi del mundo.

El caucho creó fortunas; fortunas de nuevos y extravagantes millonarios, que hicieron levantar allí, sobre la más orgullosa de las colinas de la selva, el más orgulloso de los teatros, decorado

con panes de oro, espléndido y absurdo, como absurdas fueron mil cosas de aquel entonces; como absurdo podía pensarse que fuera la aventura de traer desde Inglaterra –transportándolo en cuatro viajes de la primera a la última piedra– el enorme edificio de la aduana que aún domina la entrada de la ciudad.

Cuanto más avanzaba el siglo hacia su fin, más y más loco era todo en Manaos, que comenzaba incluso a aspirar a la capitalidad de la nación, tal era su dinero y su influencia.

En las afueras de la ciudad rugían los jaguares, pero en su centro un rico cauchero mandó construir en el jardín de su casa una fuente donde manaba champaña francés, y las más famosas compañías de ópera y ballet del mundo llegaban hasta allí, a mil quinientos kilómetros del mar, en plena selva, para deleitar a los nuevos millonarios.

De una de esas compañías teatrales murieron ocho de cada diez componentes, víctimas de las fiebres y epidemias, pero eso no impedía que otros intentaran la aventura, pues en ningún lugar del mundo se podía ganar tanto en un mes como en Manaos en una sola noche.

Era la pequeña París de la selva, que soñaba con ser tan famosa como la auténtica sin saber que tiempo atrás, en 1876, un inglés establecido río abajo, Henry Vickham, había conseguido –contraviniendo todas las leyes y exponiéndose a graves castigosorganizar una expedición al interior para apoderarse de una buena cantidadde semillas del árbol que manaba dinero. Consiguió sacarlas clandestinamente del país, para que – atravesando el mundo, del Brasil a Londres, de Londres a Java– dieran como fruto el nacimiento de las plantaciones caucheras del Sudeste asiático. Plantaciones que, de inmediato, superaron el rendimiento de los salvajes árboles de la espesura amozónica. En 1900, Asia producía cuatro toneladas de caucho por las treinta mil de Amazonia, mientras que en 1930 Asia había subido a las ochocientas mil toneladas, mientras Amazonia sólo exportaba catorce mil.

Tal como nació Manaos, murió. De la ilusión perdida quedaron un teatro, una catedral, una aduana, y tantas y tantas cosas que espléndidos locos hicieron edificar con un dinero que les sobraba, pensando que la locura no terminaría nunca.

Y quedaron también los cientos, los miles de cadáveres de aquellos a los que el beri–beri o las otras mil enfermedades y peligros de las selvas se habían llevado por delante.

Y quedó Manaos; una Manaos dislocada, fuera de lugar, que debería haberse hundido definitivamente, dejándose tragar por aquella jungla que todo lo podía para entrar a formar parte del mundo de la leyenda, del universo fantástico de las ciudades perdidas.

No obstante permaneció y tras un largo período de languidez comenzó a revivir, a agitarse lentamente, siempre a la busca de su destino próximo, de un camino mucho menos brillante, pero también más seguro.

Si lo hallará o no es algo difícil de saber. El tiempo será el encargado de decirlo, pues vendrá un día en que Brasil tendrá que lanzarse a la conquista de su interior, a la empresa increíble de integrar la Amazonia al territorio nacional, y algo surgirá: madera, petróleo, o agricultura, que devuelva a Manaos parte de su esplendor perdido.

Mientras tanto, hoy, la ciudad se diría que apenas hace algo más que subsistir, esperar la llegada de esos años mejores, pues aunque ya explote la madera y enormes aserraderos se alzan a la orilla de los ríos, no se hace en la medida que cabría esperar si se tiene en cuenta que, de cuatro árboles que existen en el mundo, uno se encuentra aquí.

También se cuenta con el petróleo, con una refinería montada ya en la confluencia del Negro

y del Amazonas, pero, igualmente, la refinería no hace más que eso: esperar. El auténtico chorro de oro negro en que confían aún no ha llegado, y se tienen que limitar, de momento, a tratar en ella el que desde Iquitos – aguas arriba– les envía el Perú.

Se habla mucho, por último, de convertir la inmensa cuenca del Amazonas en el futuro granero del mundo; el que sacie las hambres del hoy y del mañana, pero los que eso pregonan ignoran o desean ignorar las enormes dificultades, lo increíble de los problemas y la realidad incuestionables de que estas tierras – tan pródigas en espesura– son, pese a ello, terriblemente pobres y se agotan de inmediato, no dando siquiera un resultado mediano para la agricultura.

Tras mi visita a Martinico, que estaba terminando de preparar sus cueros de caimán para llevarlos a vender, me fui en busca de la Ciudad Flotante que recordaba de otros viajes y que era, sin duda, lo que más impresión me había causado de la ciudad.

Me sorprendió encontrar que había desaparecido, y cuando pregunté por ella la respuesta fue : "¡Sumió!, que puede traducirse por "desapareció", "se hundió", o se "esfumó". Luego me contaron el resto de la historia.

La Ciudad Flotante de Manaos la componían docenas, centenares de casas que se alzaban sobre troncos y sobre grandes barcazas, a orilla del río.

Formaba un cuadro atractivo y repelente a la vez. Complejo pintoresco, repleto de agitación, vida y malos olores, al margen de tierra firme, comparable sólo con el barrio de idénticas características de Hong–Kong.

Pero, como este último, había llegado a convertirse, también, en emporio del crimen, refugio de forajidos, contrabandistas y toda clase de gentes de mal vivir, que acabaron transformándolo en una especie de ciudad contra la que la ley nada podía y no tenía fuerza.

Además del juego, las drogas, la prostitución, el crimen y las infinitas mercaderías –llegadas desde las distintas Guayanas, a través de las inmensas fronteras, bajando por los río, o traídas en avión–, la Ciudad Flotante había acumulado en su aguas repletas de desperdicios y en sus casas, sin la menor sombra de higiene, tal cantidad de detritos y suciedad que se estaba convirtiendo en un auténtico foco de epidemias. Constituía un constante peligro para Manaos, de forma que las autoridades no tuvieron más remedio que tomar una medida radical y obligar a que de la noche a la mañana la ciudad "sumiera", como si el mismo río se la hubiera tragado.

Ya no queda de ella, por tanto, más que el mercado y algunas viviendas de quiénes vienen de paso y permanecen allí solo unos días. Del resto, a los obreros se les ofreció casa en tierra firme, mientras que contrabandistas y maleantes tuvieron que buscarse nuevo refugio.

El mercado continúa siendo, sin embargo, sumamente pintoresco, sobre todo por las mañanas, cuando, muy temprano, comienzan a llegar con las primeras luces las embarcaciones cargadas de fruta o pescado, el cielo pasa, casi sin transición, del negro al rojo, mientras el sol asoma entre los altos árboles allá en la espesura, muy a lo lejos, haciendo que con su sola presencia las brumas del río –que parecían formar parte de la florestase desvanezcan. Al levantarse, van dejando entrever poco a poco a las estilizadas y frágiles piraguas, que se acercan tan repletas de verdes plátanos, amarillas naranjas, enormes sandías o extraños peces de río, que parece un milagro el que se mantengan sobre las aguas.

Algunas de estas canoas o cayucaos llegan a ser tan pequeñas y bajas que se pensaría que sus tripulantes van sentados sobre el agua misma, o sobre lo que parece una piel de plátano, manejando con tal maestría el canalete que alcanzan velocidades increíbles sin levantar

siquiera una gota de espuma.

Más tarde, a medida que el cielo se va tornando de un azul cada vez más luminoso, el número de puntos negros de las embarcaciones va aumentando a lo lejos, al igual que aumentan de tamaño, al tiempo que las orillas se pueblan de hombres, mujeres y niños, que saltan a tierra sin siquiera imprimir el más leve balanceo de sus embarcaciones. Comienzan entonces a vociferar sus mercancías; pescado de la noche antes, ajos, tomates, yuca, enormes patatas, tortugas, monos, caimanes... Todo cuanto es capaz de dar el río, o es capaz de ofrecer la tierra en sus riberas.

Durante todo el día continúa el mercado, bajo un sol de fuego, capaz de hacer hervir el agua del mismo río, o bajo una lluvia torrencial, tan densa, que más parece una cortina, y no permite ver a cinco metros.

Aunque algunos se echen de nuevo a navegar cuando han concluido su negocio, la mayoría aguarda a la caída de la tarde, y así, al ponerse el sol, cuando el cielo se tiñe otra vez de rojo y el vaho comienza a condensarse en brumas, las diminutas piraguas, las grandes barcazas e incluso las casas flotantes se alejan, con las velas al viento, a golpe de canalete, o con rumor de motores. Vuelven a sus lugares de origen, a la espesa jungla, río arriba, aguas abajo, o a lo más intrincado de los infinitos afluentes y lagunas.

En Manaos comienzan entonces a encenderse las luces, pero se diría que la ciudad ya ha quedado dormida, desierta y en silencio.

Manaos se encontraba inquieta aquellos días. Las tribus hostiles de los atroaris y waimiri, del Norte de la región, acababan de asesinar a un grupo de siete hombres y dos mujeres que formaban parte de una expedición al mando del sacerdote italiano Joan Calleri. La misión del grupo era pacificar a los indios para que permitieran los trabajos de construcción de una carretera que había de unir Boa Vista con Venezuela, a través de una de las regiones más desconocidas del mundo.

Los obreros se habían negado a continuar trabajando, y tenían razón.

Pese a la protección del ejército, no se podía abrir una carretera en la selva sin el consentimiento de los indios. Los fusiles de los soldados poco servían frente a una flecha que surge silenciosa de la espesura y derriba a un peón o a un camionero.

Las obras estaban paradas, y se trataba de reunir en Manaos a nuevos obreros que quisieran continuarlas.

Esto, y la presencia en el hospital de Álvaro Paulo de Silva, era lo que traía revuelta a la ciudad.

Da Silva era el único superviviente de la expedición de Calleri, y lo era gracias a que el día antes de la matanza comprendió que algo terrible iba a suceder y decidió abandonar el grupo para intentar salvarse. Durante casi un mes anduvo perdido por aquellas selvas para salir, al fin, al pequeño poblado de Itacoatiara, junto al Amazonas, casi loco y medio muerto de hambre.

Las opiniones se dividían entre quiénes aseguraban que Da Silva había traicionado al grupo e incluso había facilitado a los indios su trabajo, y los que le defendían, alegando que no podía hacer otra cosa que ponerse a salvo.

Como fuera, lo cierto es que mis planes se veían afectados por esta rebelión de los indios. El

Gobierno había prohibido todo intento de penetrar en el territorio y eso me obligaría a dar una vuelta enorme, por Venezuela, si pretendía –como era mi intención– visitar la zona fronteriza entre los dos países.

Me urgía conocer detalles sobre la situación y lo que opinaba la gente del río, que es la que está al tanto de cuanto ocurre en Amazonas, por lo que esa noche me fui al bar del "Irmao Paulista", un tabernucho del puerto donde uno puede enterarse de todo.

Me alegró encontrarme allí al viejo Arquímedes, el "Nordestino", al que creía muerto hacía tiempo. Era tan anciano y bebía tanto aguardiente que parecía milagroso que continuara en pie.

Arquímedes me había proporcionado –años atrás– uno de los reportajes de más éxito de mi vida al contarme su historia de sus años como esclavo de los caucheros, por lo que siempre le estuve agradecido.

Nativo del "Sertao", el tristemente célebre triángulo del hambre y la sed, a los veinte años había sido vendido –a causa de unas deudas miserables– a un capataz de caucheros del río Madeira.

Aunque parezca increíble, a principios del siglo –incluso bien entrado éste–, en Brasil era cosa corriente vender a un hombre para pagar sus deudas, o que éste vendiera, en su lugar, a su mujer o sus hijos.

La esclavitud existía, en especial en el Nordeste y la Amazonia, y los caucheros –necesitados de mano de obra para sangrar sus árboles– compraban a buen precio a estas gentes, condenadas desde un principio a no salir ya de la selva, a morir allí, víctimas del "beri–beri", las bestias de la jungla, o de los indios salvajes.

Estos últimos indios eran, sin embargo, los que más profundamente sufrían las consecuencias de la esclavitud. Los caucheros, por lo general la peor calaña de aventureros de todo el mundo, organizaban auténticas "razzias" entre las tribus del interior; "razzias" que en nada tenían que envidiar a las de los esclavistas de los peores tiempos del África Negra.

Arquímedes, que contra su voluntad tuvo que participar en algunas de tales correrrías, contaba –y por lo que sé no era exageración– que los caucheros acostumbraban entrar a sangre y fuego en los pueblos indígenas, matando sin discriminación a mujeres y niños, y encadenando a todos los que estuvieran en condiciones de trabajar.

Aseguraba haber visto dar patadas a una criatura de pocos meses, jugando con ella como si se tratara de una pelota, hasta dejarla convertida en un despojo sanguinolento a la vista de sus padres, que asistían impotentes a la terrible muerte de su hijo.

Nadie puede extrañarse de que los aucas, en Ecuador, se convirtieran en inaccesibles salvajes y asesinos, de igual modo que lo hicieran muchas otras tribus de la Amazonia; tribus que en circunstancias distintas habían llegado a ser amigas del hombre blanco.

Y lo más triste es el hecho de que esa esclavitud, esa barbarie, no ha desaparecido por completo del Continente, y el "Gran Sertao", donde naciera Arquímedes, apenas ha cambiado en estos cincuenta años.

A tal extremo alcanza allí la miseria, que los campesinos continúan vendiéndose a sí mismos o a miembros de su familia con la única esperanza de sobrevivir. Hace diez años, un diario de Bello Horizonte certificó que existían unos cincuenta mil de estos esclavos, y para

demostrarlo el reportero compró uno de ellos por poco más de dos mil pesetas.

La única vez que estuve en "Sertao", las sequías habían convertido la región en un infierno, en el que dos millones de seres humanos estaban al borde de la muerte por hambre. Los motines que tal hambre suele provocar entre los campesinos degeneran a menudo en auténticas batallas campales con docenas de muertos. De tanto en tanto, masas famélicas de esos campesinos se lanzan al asalto de las ciudades en busca de algo que comer, y con frecuencia el ejército ha tenido que disparar contra ellos.

La lista de las prohibiciones que un terrateniente impone en la actualidad a sus trabajadores da una idea de hasta qué punto la esclavitud o semiesclavitud reina en aquellas tierras. Los campesinos, por orden de su amo, no pueden jugar a las cartas, llevar armas, beber, pelearse, bailar, visitar a los enfermos, reunirse en grupos u organizar fiestas, criar cualquier clase de ganado sin consentimiento previo, o abandonar la hacienda sin permiso. Contravenir cualquiera de estas leyes está duramente castigado, y a un trabajador que fue sorprendido con una cabra que proporcionaba leche a sus hijos, se le mató la cabra y se le impuso una fuerte multa.

Otro tipo de "servidumbre" o esclavitud muy corriente en estas regiones es el conocido por "La Deuda". Sobre él, la UNESCO publicó recientemente un informe escandaloso, en el que se asegura que gran cantidad de propietarios de tierras obligan a sus peones a contraer con ellos deudas que éstos –pobres analfabetos– ni siquiera advierten, y que nunca, por más que trabajen, lograrán pagar. Pasan de ese modo a depender para siempre del amo, que puede disponer de ellos como quiera y que el día que lo desee está en el derecho de traspasarlo o cederlo a otro, deuda incluida. De este modo, los peones son traídos y llevados sin que su voluntad cuente, en una forma de esclavitud hipócrita y odiosa.

La diferencia entre lo que ocurría en la juventud de Arquímedes y lo que ocurre ahora está por tanto en un simple problema de matices, pero ¿cuándo alcanza la libertad uno de estos esclavos por deudas? La respuestas es rápida: nunca. Cuanto más trabaja para su amo, cuanto más se esfuerza y más hambre pasa, más y más aumenta la deuda, sin que pueda explicarse la razón.

Lo que necesita se lo proporciona el amo; ropa, comida, zapatos, pero a un precio exorbitante –diez o quince veces su valor real–, de tal modo que, por mucho que haga, nunca conseguirá pagar lo que consume. En estas condiciones se encuentran miles de seres humanos en Hispanoamérica.

En los tiempos de Arquímedes los métodos eran otros. El esclavo –indio salvaje o deudor– pertenecía a su dueño o al capataz de la explotación cauchera, y como no podían encadenar constantemente a los obreros que habían de internarse en la selva, decidieron convertir esa selva en una inmensa cárcel.

Ya he dicho antes que en esta jungla amazónica el único camino posible es el de las aguas, y no se puede llegar muy lejos por la empantanada tierra, auténtico muro infranqueable.

La solución que encontraron los caucheros fue sencilla: vigilaban día y noche los ríos con hombres fuertemente armados, de forma que nadie pudiera eludir los puestos de control. En éstos se detenía a todo esclavo que intentara escapar de cualquier explotación cauchera. Los propietarios y capataces se ayudaban unos a otros, intercambiándose a los fugitivos, y éstos sufrían un feroz castigo, consistente la mayoría de las veces en una tanda de mil latigazos.

Doce años permaneció Arquímedes en la jungla. Doce años de esclavitud por una deuda que no ascendía más que a un puñado de cruceiros, y todo ese tiempo lo dedicó a buscar el modo

de evadirse de la mayor prisión que haya existido nunca en este mundo: la Amazonia.

Y no encontró más que una forma: matar. Matar a todos aquellos que se ponían en su camino hacia la libertad.

En compañía de un pistolero norteamericano –que nunca supo por qué extraños caminos había llegado a convertirse en esclavo de los caucheros–, Arquímedes se escondió en la jungla y vagaron por ella durante días y días, hasta que pudieron sorprender durmiendo a un grupo de guardianes, a los que pasaron a cuchillo.

Dueños de sus armas y su embarcación, la pareja se convirtió en el terror de la margen derecha del Madeira, y tan despiadados fueron con cuantos encontraron en su camino que, cuando al fin alcanzaron el cauce del Amazonas y llegaron a Manaos, sus "propietarios" no tuvieron el menor interés en recuperarlos, y los caucheros de la región se dieron por contentos con librarse de semejante par de salvajes.

Arquímedes vivió durante años en Manaos, explotando su fama de valiente, mientras el americano regresaba a su patria, donde su pista se perdió para siempre. Luego la fiebre del caucho fue decayendo y Manaos dejó de ser una ciudad de oro y matones, y Arquímedes se convirtió en mozo de cantina. Allí le tomó gusto al alcohol, y poco a poco, fue envejeciendo y transformándose en el viejo borrachín que yo había conocido. Ahora, en el bar del "Irmao Paulista", Arquímedes espera paciente el día en que su agitada vida se extinga.

No pudo darme ningún dato que me resultara útil. Estaba ya demasiado viejo, demasiado alcoholizado, y resultaba difícil hasta entender lo que decía. En la taberna había sin embargo mucha gente de río y selva que, a cambio de unos tragos, me brindaron cuantos informes pedí.

Estaban convencidos de que no era el momento de intentar llegar a la Sierra Paracaima, y que en Boa–Vista no sólo encontraría la oposición de las autoridades, sino que –lo que parecía más importante aún– no habría nadie que estuviera dispuesto a guiarme. Tendría que dejar pasar tiempo para que los ánimos se calmasen, todo se olvidara, y los indios atroaris y waimiri se mostrasen menos excitados.

Si los salvajes –conscientes de que intentaría castigárseles– veían llegar a un hombre blanco, aunque fuera con el pacífico propósito de buscar las huellas de las amazonas, creían que formaba parte de una expedición de represalia. Harían con él lo que habían hecho con el padre Calleri.

Decidí por tanto continuar mi viaje hasta la desembocadura del Gran Río e intentarlo después por Venezuela si las circunstancias se mostraban más propicias.

Dos días después, tras el bien pagado descanso de Manaos, reembarqué en la "Bella Rosanna" dispuesto a recorrer las últimas etapas de mi viaje por un Amazonas tan concurrido ya que en poco se parecía al río que habíamos dejado atrás.

Muy de mañana recorrimos los veinte kilómetros que separan Manaos de la unión del Negro y el Amazonas, y allí, al pie de la refinería que parece dominar ambos ríos, procuré agudizar la vista. Sabía por experiencia que esa conjunción es donde con mayor frecuencia puede verse saltar a los delfines.

Al viajero le sorprende en un principio encontrar delfines que siempre se asocian a la idea del mar, a mil quinientos kilómetros tierra adentro, y constituye un curioso espectáculo verlos saltar en aquel paisaje de selvas y agua dulce.

Estos delfines –que la gente del río llaman "botos"– son muy parecidos a los del Mediterráneo, con la diferencia de su menor tamaño y el hecho de que suelen asomar muy poco fuera del agua. Nunca –y he encontrado muchos en mi camino– los he visto saltar realmente, y por lo general suelen ser bastante asustadizos. Son sumamente respetados por los pescadores y un auténtico tabú para los indios, que jamás se atreverían a hacerles daño.

Se dice que cuando alguien mata a un "boto", una mujer de su familia muere en los próximos días.

Los indios, por su parte, aseguran que por las noches estos delfines se convierten en hermosas mujeres que rondan las orillas del río seduciendo a los hombres. Cuando los tienen entre sus brazos los arrastran al agua y los ahogan. Resulta curioso comprobar que una leyenda semejante puede encontrarse en el Sudeste de Asia relacionada también con los delfines.

El "boto" se alimenta –como todos sus congéneres– de peces, y por ello en este inmenso río no tiene problemas de subsistencia y se le puede encontrar aguas arriba, hasta casi tres kilómetros de la desembocadura.

La cuenca hidrográfica del Amazonas ofrece una extraordinaria riqueza piscícola, estimándose que llegan a dos mil quinientas las especies conocidas que pueblan estas aguas. De todos ellos el mayor es el gigantesco piraucú o pez–rojo, que alcanza más de cuatro metros de longitud, sobrepasando los cien kilos de peso.

En los mercados de Manaos y Belén, y en general a todo lo largo del río, se puede encontrar fácilmente este pez, muy apreciado por su excelente carne, aunque los ejemplares para venta no suelen pasar de los cuarenta kilos. Los pescadores acostumbran a cortarlo y secarlo al sol, y esta carne –parecida a los "tollos"constituye un activísimo comercio en toda la Amazonia.

El más curioso de los habitantes de las aguas amazónicas es, sin embargo –en mi opinión– la angula eléctrica, que puede medir hasta dos metros, y es capaz de emitir, en un momento dado, una descarga eléctrica de casi cuatrocientos voltios. Resulta comprensible que indios y caboclos sientan por la anguila un incontenible terror, y es que son muchos los que han muerto a causa de un desgraciado encuentro con ellas.

Al segundo día de navegación cruzamos ante la desembocadura del Madeira, llamado así por la gran cantidad de troncos que siempre arrastra y que constituyen un grave peligro para la navegación. Alcanzamos esa tarde la región donde, según las tradiciones, tierra adentro se oculta una tribu de indios blancos descendientes de españoles.

Ya Orellana oyó hablar de ellos, y fray Gaspar de Carvajal lo anota así en su Diario:

"...Pero según se pudo comprender a los indios por sus señas, allí están los cristianos que se perdieron de la armada del capitán Diego de Ordaz en la empresa que tomó de poblar el río Marañón. E así fue verdad que las caravelas que desde Tenerife envió Ordaz por delante, se perdieron más de trescientos hombres".

Aunque esto no se haya podido comprobar históricamente, es cierto que Diego de Ordaz –que fue uno de los mejores y más leales capitanes de Hernán Cortés durante la conquista de Méjico– obtuvo como pago a sus servicios la comandancia de una gran expedición armada en Sevilla en 1531 y que partiera desde la isla de Tenerife en un intento de explorar y colonizar la desembocadura del río que los brasileños conocían con el nombre de Marañón. La expedición concluyó en fracaso y se sabe que una de sus carabelas, con toda su tripulación, se perdió río arriba.

Parece probable que tales soldados se unieran a las indias, y formaran una nueva tribu que dio origen a esos indios blancos que con el tiempo se volvieron totalmente salvajes.

Contribuye a afianzar esta creencia el hecho de que Orellana no sólo oyó hablar de ellos, sino que encontró en los poblados indígenas del río gallinas europeas –inexistentes hasta entonces en el Continente– y que sólo habían podido llegar allí traídas por españoles.

Lo único que puede oponerse a esta teoría es el hecho de que aquél era ya el corazón del territorio de las amazonas, y por lo que se sabe de la ferocidad de éstas, no parece probable que permitieran establecerse en él a los españoles.

¿O acaso fue con ellas con quien tuvieron los hijos, fundando una tribu blanca?

La mayor parte de los autores que han escrito sobre Orellana o sus descubrimientos, han puesto en duda la existencia de las mujeres guerreras que dijo haber encontrado en su camino, y que acabaron dándole nombre al gran río, que en justicia debería llamarse río de Orellana.

Quiénes lo niegan se basan en el hecho de que no hay un solo testigo presencial digno de crédito que confirme lo dicho por los expedicionarios y en que tampoco ha sido posible encontrar, hasta el presente, ni una sola de sus setenta famosas ciudades.

No hay más pruebas, por tanto, que el relato de fray Gaspar de Carvajal.

Escribe el dominico:

"...Quiero que sepan cuál fue la causa por que estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son subjetos y tributarios a las Amazonas, y sabida nuestra venida vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus verg{üenzas; con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y de verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco–espín.

Tornando a nuestro propósito de pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete o ocho, que éstas vimos, de las amazonas, a causa de lo cual los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas; y porque venían de los otros pueblos mucha gente de socorro y se habían de resolver, porque ya se tornaban (a) apellidar, mandó el capitán que a muy gran prisa se embarcase la gente, porque no quería poner a riesgo la vida de todos, y así se embarcaron no sin zozobra, porque ya los indios empezaban a pelear, y más que por el agua venían mucha flota de canoas, y así nos hicimos a largo del río y dejamos la tierra.

Tenemos andadas de donde salimos y dejamos a Gonzalo Pizarro mil y cuatrocientas leguas, antes de más que de menos, y no sabemos lo que falta de aquí a la mar. En este pueblo ya dicho se tomó un indio trompeta que andaba entre la gente, que era de edad hasta treinta años, el cual en tomándole comenzó a decir al capitán muchas cosas de la tierra adentro y le llevó consigo.

En este asiento el capitán tomó al indio, porque ya le entendía por un vocabulario que había fecho, y le preguntó que de dónde era natural: el indio dijo que de aquel pueblo donde le

habían tomado; el capitán le dijo que cómo se llamaba el señor desa tierra, y el indio le respondió que Couynco, y que era muy gran señor y que señoreaba hasta donde estábamos, que, como tengo dicho, había ciento cincuenta leguas. El capitán le preguntó qué mujeres eran aquellas (que) habían venido a les ayudar y darnos guerra: el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro siete jornadas de la costa, y por ser este señor Couynco sujeto a ellas, habían venido a guardar la costa. El capitán preguntó si estas mujeres eran casadas; el indio dijo que no. El capitán preguntó que de qué manera viven: el indio respondió que, como dicho tiene, estaban tierra adentro, y que él había estado muchas veces allá y había visto su trato y vivienda, que como su vasallo iba a llevar tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estos pueblos eran de paja: el indio dijo que no, sino de piedra y con puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puestos guardas porque no pueda entrar nadie sin que pague derechos.

El capitán preguntó que si estas mujeres parían: el indio dijo que sí.

El capitán que cómo no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empreñaban. Él dijo que estas indias participan con indios en tiempos, y cuando les viene aquella gana juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la destas mujeres, y por fuerza los traen a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hallan preñadas les tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal; y después cuando viene el tiempo que han de parir que si paren hijo, le matan y le envían a sus padres, y si hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra. Dijo más, que entre todas estas mujeres hay una señora que subjeta y atiene a todas las demás debajo de su mano y jurisdicción, la cual señora se llama Corori. Dijo que hay muy grandísima riqueza de oro y plata, y que todas las señoras principales y de manera no es otro su servicio sino oro y plata, y las demás mujeres plebeyas se sirven en vasijas de palo, excepto lo que llega al fuego que es barro.

Dijo que en la cabecera y principal ciudad que son adoratorios y casas dedicadas al Sol, las cuales ellas llaman caranain, y en estas casas por dentro, están del suelo hasta medio estado en alto planchadas de gruesos techos forrados de pinturas de diversos colores, y que en estas casas tienen muchos ídolos de oro y de plata en figura de mujeres, y mucha cantería de oro y de plata para el servicio del Sol; y andan vestidas de ropa de lana muy fina, porque en esta tierra hay muchas ovejas de las del Perú; su traje es unas mantas ceñidas desde los pechos hasta abajo, encima echadas, y otras como manto abrochadas por delante con unos cordones; traen el cabello tendido en su tierra y puestas en la cabeza unas coronas de oro tan anchas como dos dedos y aquellos sus colores.

Dijo más, que en esta tierra, según entendimos, hay camellos que los cargan, y dice que hay otros animales, los cuales no supimos entender, que son del tamaño de un caballo, y que tienen el pelo de un jeme y la pata hendida, y que los tienen atados, y que destos hay pocos. Dice que hay en esta tierra dos lagunas de agua salada, de que ellas hacen sal. Dice que tienen una orden que en poniéndose el sol, no ha de quedar indio macho en todas estas ciudades que no salga afuera y se vaya a sus tierras; más dice que muchas provincias de indios a ellas comarcadas, los tienen ellas sujetos y los hacen tributar y que les sirvan, y otras hay con quien tienen guerra, y especial con la que ya dijimos, y los traen para tener que hacer con ellos; éstos dicen que son muy grandes de cuerpo y blancos, y mucha gente y que todo lo que aquí ha visto por muchas veces, como hombre que iba y venía cada día; y todo lo que éste dijo y más nos habían dicho a nosotros a seis leguas de Quito, porque de estas mujeres había allí muy gran noticia, y por las ver vienen muchos indios río abajo mil y cuatrocientas leguas; y así nos decían arriba los indios que el que hubiese de bajar a la tierra de estas mujeres había de ir muchacho y volver viejo. La tierra dice que es fría y que hay muy poca leña, y muy abundosa de todas comidas; también dice otras muchas cosas y que cada día va descubriendo más, porque es un indio de mucha razón y muy entendido y así lo son todos los demás de

aquella tierra, según lo habemos dicho".

Por desgracia tienen que pasar dos siglos hasta que en 1745, otro viajero y cronista importante, el francés Carlos Marie de la Condamine, vuelva a hablarnos de las amazonas en su famoso "Viaje a la América Meridional". Cuenta La Condamine:

"Durante nuestra navegación, preguntamos en todas partes a los indios de diversos pueblos, y nos informamos de ellos con gran cuidado, si tenían alguna noticia de las belicosas mujeres que Orellana pretendió haber encontrado y combatido, y si era verdad que vivían alejadas del trato de los hombres, no consintiéndolos estar entre ellas más que una vez al año.

Nos dijeron todos que así se lo habían oído contar a sus padres, añadiendo multitud de detalles, demasiado largos de repetir, que tienden a confirmar que hubo en ese continente una república de mujeres que vivían solas sin admitir ningún hombre entre ellas, y que se retiraron al interior de las tierras del Norte, por el río Negro o por alguno de los que por el mismo punto desaguan en el Marañón.

Un indio de San Joaquín de Omaguas nos dijo que tal vez encontrásemos aún en Coarí un viejo cuyo padre había visto a las amazonas. En Coarí supimos que el indio que nos habían indicado había muerto, pero hablamos con su hijo, hombre de unos setenta años de edad, que ejercía el mando de los otros indios del mismo pueblo.

Éste nos aseguró que su abuelo había visto pasar efectivamente a dichas mujeres por la entrada del río Cuchivara, que venían del río Cuyamé, que desemboca en el Amazonas por el Sur, entre Tefé y Coarí, que había habido con cuatro de ellas, una de las cuales tenía un niño de pecho; nos dijo el nombre de cada una, y añadió, que partiendo de Cuchivara, atravesaron el gran río, y se encaminaron hacia el río Negro. Omito ciertos pormenores poco verosímiles, pero que no alteran el fondo de la cuestión. Más abajo de Coarí, los indios nos dijeron en todas partes lo mismo, con algunas variantes circunstanciales, pero estuvieron acordes en el punto esencial.

En particular, los topayos, de los que hará en lugar oportuno mención especial, poseen ciertas piedra verdes conocidas con el nombre de "piedras de las amazonas", y dicen que las heredaron de sus padres y que éstos las obtuvieron de las "cuñantensecuima", lo que en su lengua significa "mujeres sin marido", entre las cuales, añaden, se encuentra en gran cantidad.

Un indio que residía en Mortigura, misión cercana a Pará, me ofreció enseñarme un río por donde se podía llegar, según él decía, a poca distancia del país habitado actualmente por las amazonas. Este río se llama Irijo, y pasé después por delante de su desembocadura, entre Macapa y el cabo Norte. Según noticias del mismo indio, desde el sitio en que este río deja de ser navegable por los saltos, era preciso, para penetrar en el país de las amazonas, caminar muchos día por los bosques del Oeste y atravesar un país montañoso.

Un soldado ya viejo de la guarnición de Cayena, que hoy vive cerca de los saltos del río Oyapoc, me aseguró que un destacamento en que estuvo, el cual fue enviado a reconocer las tierras del país en 1726, penetró entre los amicuanos, tribu de orejones que habita más allá de las fuentes del Oyapoc y cerca de las de otro río que desemboca en el Amazonas, y que allí vio que las mujeres y las niñas llevaban collares de estas mismas piedras verdes de que acabo de hablar, y que habiendo preguntado a estos indios de dónde las sacaban respondieron que provenían del país de las "mujeres que no tienen marido", cuyas tierras estaban al Occidente, siete u ocho jornadas más allá. Este pueblo de los amicuanos habita lejos del mar en un país elevado en que los ríos, por su poco caudal, no son aún navegables; así, que verosímilmente, no habían recibido esta tradición de los indios del Amazonas, con los cuales no tenían trato; no conocían más que a los pueblos contiguos a sus tierras, entre los que habían escogido sus

guías e intérpretes los franceses del destacamentode Cayena.

Hay que notar, desde luego, que los testimonios que acabo de referir y otros de los que no hablo, y algunos que se mencionan en las informaciones hechas en 1726, y más tarde por dos gobernadores españoles de la provincia de Venezuela, están acordes en conjunto sobre la cuestión de las amazonas, mas es también digno de atención que mientras los diferentes relatos señalan el lugar de la retirada de las amazonas americanas por diversos caminos, unos hacia Oriente, otros hacia el Norte y otros hacia el Occidente, todos coinciden en indicar como sitio común en que la terminaron el centro de las montañas de la Guayana, y en un acotamiento en el que ni los portugueses de Pará ni los franceses de Cayena han penetrado todavía. A pesar de esto me cuesta trabajo creer que las amazonas se hallen establecidas ahí actualmente sin que de ellas se tengan noticias más positivas, transmitidas de unos en otros por los indios vecinos de las colonias europeas de las costas de la Guayana; pero este pueblo errante podría haber cambiado nuevamente de residencia. Lo que me parece más verosímil que todo lo demás es que hayan perdido sus antiguos usos a través del tiempo, bien porque las haya subyugado otro pueblo, ya porque, aburridas de su soledad, las hijas hayan al fin olvidado la adversión de sus madres hacia los hombres. Esto no quiere decir que aun cuando hoy no se encuentren vestigios de esta república de mujeres, eso no es suficiente para poder afirmar que no existió nunca.

Además, basta para la veracidad del hecho que haya habido en América un pueblo de mujeres que no vivieran en sociedad con los hombres. Otras de sus costumbres, y particularmente la de cortarse un pecho, que el padre Acuña les atribuye creyendo a los indios, son circunstancias accesorias e independientes, probablemente alteradas y tal vez añadidas por los europeos, preocupados por los usos atribuidos a las antiguas amazonas de Asia, y que la afición a lo maravilloso les habrá achacado a las indias en sus relatos. En efecto, nadie dice que el cacique que advirtió a Orellana que se guardase de las amazonas, llamado en su lengua Comapuyaras, mencionase el pecho cortado; y el indio de Coarí al relatar la historia de que su abuelo vio a cuatro amazonas de las cuales una lactaba un niño, no hablaba tampoco de esta particularidad digna de notarse".

Por desgracia transcurrieron siglos sin que ningún hombre blanco se adentrara en la zona de La Guayana a que se hace mención como retiro de las amazonas. Tan sólo buscadores de diamantes, caucheros y algún que otro aventurero se ha internado ligeramente en la región, y se puede asegurar que las sierras de Paraima y Pacaraima –que constituyen la frontera entre Venezuela, Brasil y la Guayana Británica– son aún territorio totalmente virgen. Únicamente las expediciones de Koch–Grumberg, y más tarde la de Alen Gheerberant, han conseguido atravesar las sierras, de Norte a Sur, pero reconocen que en sus viajes no lograron explorar ni la centésima parte de aquel inmenso territorio. Ambos parecen convencidos de que en aquellos valles y montañas se podrían ocultar no sólo una tribu de amazonas, sino toda una civilización distinta a la nuestra.

Existen zonas como el valle del río Yavadehudi, a las que los guías indios se niegan en redondo a aproximarse, alegando que se encuentran poblados por tribus totalmente desconocidas que asesinan a todo el que se aproxima.

Por su parte un piloto norteamericano, Hamilton–Rice, que sobrevoló la región, asegura que en la pendiente Este de la Sierra Paraima, en la confluencia de los ríos Aguais y Paraima, divisó desde el aire ruinas de lo que parecían puentes de piedra.

Los buscadores de diamantes del Alto Paragua afirman a su vez que en ese lugar se encuentran los restos de una gran ciudad de piedra.

Lo único que, personalmente, puedo añadir a esto es que llegado a la desembocadura del río en Belén de Pará, me trasladé a Caracas y desde allí a Canaima, al pie de la más alta catarata del mundo, el Salto Angel, en plena Gran Sabana, con el fin de intentar averiguar algo más sobre el último refugio de las amazonas.

En esta tierra de aventureros y buscadores de diamantes, con los que había pasado ya, años atrás, largas temporadas y entre los cuales contaba aún con amistades. Confiaba en que alguno me proporcionara los medios necesarios para llegar a la región que buscaba, pero tanto ellos como un holandés, delegado del Gobierno venezolano en esta inmensa región, me persuadieron de que desistiera de todo intento relacionado con la sierra Pacaraima.

En su opinión, una numerosa expedición bien pertrechada que contase con los mejores guías indios de la región tardaría más de dos años en explorar muy ligeramente ese territorio en que se supone que pueden encontrarse las últimas descendientes de las amazonas.

Tan inaccesible es que, aun a sabiendas de que en él se encuentran riquísimos yacimientos de diamantes, ni los buscadores –gentes acostumbradas a las mil calamidades de la selvase han atrevido a aventurarse hasta allí.

Waicas y guharibos constituyen una primera barrera de indios hostiles, pero tras ellos se sabe de la existencia de otras tribus cuyo único rasgo conocido es su extraordinaria ferocidad y odio al hombre blanco.

Sin embargo no se tienen noticias de que ninguna de ellas se encuentre integrada únicamente por mujeres, y no resulta aventurado suponer que, de existir, el rumor se habría extendido.

Sería el primero al que me gustaría poder creer en la existencia de un último puñado de amazonas en la sierra Paraima, pero aun contra mi voluntad, debo admitir que su supervivencia me parece altamente improbable.

Su particular forma de vida –antinatural– las condenaba, pronto o tarde, a la extinción. El día que dejaron de ser lo bastante fuertes como para imponer sus leyes y sus costumbres a las tribus vecinas, acabarían por consumirse.

Una vez quedaron atrás las amazonas –y aunque aún libraron algunas batallas y escaramuzas con tribus hostiles–, lo peor del viaje había pasado para Orellana y su gente, que al poco experimentaron la alegría de advertir en el río el flujo de las mareas, lo que constituía un inequívoco síntoma de que se encontraban muy cerca del mar.

Dieciséis meses largos hacía que partieran de Quito, e infinitas calamidades habían sufrido en ese tiempo, pero ahora tenían allí, al alcance de la mano, el fin de la aventura.

Y como para celebrar ese final, encontraban ahora –por primera vez en mucho tiempo– tribus pacíficas que les recibieron amablemente, y dejaban de darles "la mucha guerra que venían sufriendo desde meses y meses...".

"...En todos estos pueblos nos esperaban los indios sin armas, porque son gente muy doméstica y nos daban señas como habían visto cristianos.

Estos indios están en la boca del río por donde salimos, donde tomamos agua, cada uno un cántaro, y unos a medio almud de maíz tostado, y otros menos, y otros con raíces, y de esta manera nos pusimos a punto de navegar por la mar por donde la aventura nos guiase y echase, porque nosotros no teníamos piloto, ni aguja, ni carta ninguna de navegar, y ni sabíamos por

qué parte o a qué cabo habíamos de echar. Por todas estas cosas suplió nuestro maestro y redentor Jesucristo, al cual teníamos por verdadero piloto y guía, confiando en su Sacratísima Majestad que Él nos acarreara y nos llevara a tierra de cristianos. Toda la gente que hay en este río que hemos pasado, como hemos dicho, es gente de mucha razón y hombres ingeniosos, según que vimos y parecía por todas las obras que hacen, así de bultos como dibujos y pinturas de todos los colores, muy vivísimas, es cosa maravillosa de ver.

Salíamos de la boca deste río por entre dos islas, que había de la una a la otra cuatro leguas por medio río, y todo él junto, según arriba le vimos, tendrá de punta a punta sobre cincuenta leguas, mete en el mar el agua dulce más de veinte y cinco leguas; crece y mengua seis o siete brazas. Salimos, como dije, a veinte y seis días del mes de agosto, día de San Luis; e hicimos tan buen tiempo, que nunca por río ni por la mar tuvimos aguaceros, que no fue poco milagro que Nuestro Señor Dios obró con nosotros. Comenzamos a caminar con entrambos bergantines, y unas veces a vista de tierra y otras veces que la veíamos, más que no supiésemos donde, y el mismo día de la Degollación de San Juan en la noche se apartó el un bergantin de otro, que nunca más nos podimos ver, que pensamos que se hubiese perdido, y al cabo de nueve días que navegábamos, metiéronnos nuestros pesados en el Golfo de Paria pensando que aquél era nuestro camino y como nos hallamos dentro, quisimos tornar a salir a la mar: fue la salida tan dificultosa que tardamos en ella siete días, todos los cuales nunca dejaron los remos de las manos nuestros compañeros y en todos estos siete días no comimos sino frutas a manera de ciruelas que se llaman hogos; así que con mucho trabajo salimos por las Bocas del Dragón, que tales se pueden llamar para nosotros, aportamos a la isla de Cubagua y ciudad de Nueva Cádiz, donde hallamos nuestra compañía y pequeño bergantín que hacía dos días que había llegado y tanta fue la alegría que los unos con los otros recibimos, que no lo sabré decir, porque ellos nos tenían a nosotros por perdidos y nosotros a ellos.

De una cosa estoy informado y certificado; que así a ellos como a nosotros, nos ha hecho Dios grandes mercedes y muy señaladas en nos traer en este tiempo, que en otro los maderos que andan por la costa no nos dejaron navegar, porque es la más peligrosa costa que se ha visto. Fuimos tan bien recibidos por los vecinos de esta ciudad como si fuéramos sus hijos, porque nos abrigaron y diéronnos lo que había menester.

Desta isla acordó el capitán de ir a dar cuenta a su Majestad deste nuevo y gran descubrimiento y deste río, el cual tenemos que es Marañón, porque hay desde la boca hasta la isla de Cubagua cuatrocientas leguas por la altura, porque así le hemos visto después que llegamos. En toda la costa, aunque hay muchos ríos, son pequeños.

Yo fray Gaspar de Carvajal, el menor de los religiosos de la Orden de Nuestro Religioso Padre Santo Domingo, he querido tomar este poco trabajo y suceso de nuestro camino y navegación, asi para decirla y notificar la verdad en todo ello, como para quitar ocasiones a muchos que quieran contar esta nuestra peregrinación o al revés de como lo hemos pasado y visto.

Y es verdad en todo lo que he escrito y contado, porque la prodigalidad engendra fastidio, así, superficial y sumariamente, he relatado lo que ha pasado por el capitán Francisco de Orellana y por los hidalgos de su compañía y compañeros que salimos con él del Real de Gonzalo Pizarro, hermano de D. Francisco Pizarro, Marqués y Gobernador del Perú.

Dios sea loado. Amén".

En aquellas "Bocas del Río..." a las que hace referencia fray Gaspar, y por las que salieron definitivamente al mar, se alza hoy Belén de Pará, ciudad que puede considerarse puerta de entrada a la Amazonia desde el océano, y que constituía ahora punto final de mi largo viaje.

Belén se extiende –quizás en demasía para lo que en realidad es– a lo largo de la ribera del río Pará, a ciento veinte kilómetros del mar y frente a Marahó, la mayor isla fluvial del mundo, tan grande casi como Bélgica y Suiza.

Belén vivió, como Manaos, la edad dorada del caucho, y como Manaos quedó después aletargada, pero a diferencia de ella, su resurgimiento ha sido mucho más rápido y eficaz, y hoy se la puede considerar una agradable y próspera ciudad de poco más de cuatrocientos mil habitantes, activa y nerviosa.

Puerto importante, tanto por aglutinar todo el tráfico del complejo amazónico como por ser el más septentrional del Brasil, en los últimos tiempos ha cobrado fuerza a través de la carretera Belén–Brasilia, que, atravesando la selva y una de las zonas claves del país, se ha convertido en la salida lógica de todos sus productos, de tal modo que en la actualidad llega a resultar curioso advertir cómo se mueve y desenvuelve esta ciudad, que, por su situación geográfica –a caballo sobre el Ecuador y en una de las regiones más cálidas de la Tierra–, más bien debería mostrar, por el contrario, un aire lánguido, cansino y apático.

Podría decirse que carece del pintoresquismo propio de su localización, y en verdad que tal pintoresquismo se reduce a muy contados rincones, y en especial a su mercado, famoso por su sabor y colorido, de una a otra punta de Brasil.

A ese mercado de "Vero Peso" –nombre que le viene dado por el antiguo grito de sus vendedores, que proclamaba el verdadero peso de sus mercancías–, acuden cada amanecer las barcas de pesca y de los agricultores de las cercanías, muchos de ellos llegando desde la isla de Marahó, cuya silueta se dibuja al fondo, y lo que más llama la atención del extraño es advertir lo llamativo de tales barcas, que no sólo están pintadas de las más atrevidas formas, sino que además muestran en sus velas toda una variedad de matices, del rojo vivo al más intenso azul, del amarillo al naranja, del verde al ocre.

Así pues, cuando muy de mañana van aproximándose al puerto, o permanecen atracadas en él, muy juntas las unas a las otras formando hilera y con las velas a medio arriar, constituyen un cuadro de inconcebibles contrastes, auténtico paraíso del fotógrafo y el pintor.

Los negros cruzan llevando grandes cestos, los caballos y los mulos aguardan pacientes la carga de sus carros, y los pescadores canturrean mientras vacían las bodegas y limpian los peces mayores, cuyas tripas lanzan a acechantes y zamuros que libran por ellas inacabables batallas. Las mujeres discuten los precios, los niños roban fruta y corren entre las piernas de los policías, y todo forma, en fin, con el auxilio de las cien razas y colores de piel de las gentes, un escenario tan sólo visto en operetas.

Después todo cobra de improviso aún más fuerza al distinguirse una larga fila de puestos al aire libre, que en el mismísimo centro del mercado ofrecen al comprador frutas o pescado, sino la más variada e increíble variedad de fetiches, amuletos, filtros, pócimas mágicas, hierbas milagrosas y remedios amorosos que imaginar pueda.

Fascinado, permanecí allí durante horas, viendo cómo crédulos paraenses gastaban su dinero en todo aquello, que parecía el más próspero y seguro negocio de la ciudad, y me divertía y al mismo tiempo me intrigan advertir con cuánta fe buscaban el ojo del delfín, la garra del jaguar y el penacho de no sé qué ave, convencidos de que en ellos estaba el remedio a todos sus males.

Aceites de tortuga, obtenidos en noche de luna llena, corazones de murciélago, rabos de extraños bichos selvícolas, y paquetes cuidadosamente impresos a todo color, en cuyas

etiquetas se podían leer sus innumerables virtudes: "Sales de todo lo puede".

"Jabón que atrae al hombre esquivo", "Polvos para después del baño cuya eficacia en los negocios está garantizada", cosas todas más propias de una película que de la vida real y que, sin embargo, allí estaban a la vista, a no más de diez metros de modernos automóviles y al otro lado de una calle en la que se alzan enormes edificios con aire acondicionado.

Es aquél, por tanto, un confuso mundo de contrastes, en el que lo nuevo y lo viejo, la selva y laciudad,la civilización y el atraso se entremezclan, y podría decirse que libran una diaria batalla, aunque tal vez sería mejor señalar que lo que hacen es convivir, acomodarse conforme al espíritu de los brasileños, ese espíritu que hace que jungla y cemento, auto y fetiche, brujería y aire acondicionado puedan estar tan de acuerdo, tan ligados como lo están en este fabuloso mercado del "Vero Peso".

Y tal vez no lejos de ese mercado, en algún lugar de este inmenso delta del Amazonas en que se asienta Belén, debe existir una tumba perdida en la selva; la tumba del más indomable de los hombres y el más olvidado de los héroes: Francisco de Orellana.

Porque el tuerto trujillano no se limitó a encontrar un río en su camino y seguirlo de punta a punta para regresar a España. No; para un hombre como él, ser héroe de la guerra del Perú, haber fundado Guayaquil y descubierto el Amazonas a los treinta y un años, no bastaba.

En España logró que el rey le nombrara gobernador de la Amazonia, y aunque este nombramiento no viniera acompañado de ayuda material alguna, consiguió –con su propio esfuerzocuatro barcos y cuatrocientos hombres con los que intentar la conquista de una selva del tamaño de Europa.

Pero la suerte ya le había vuelto la espalda, y al llegar a las bocas del río no le quedaban más que un barco y cien hombres. Poco después, perdido en la maraña de los mil canales de la desembocadura, no tenía más fuerzas que una barca, diez hombres y su joven y reciente esposa, que le había acompañado en la aventura.

Otro que no fuera él habría dado vuelta admitiendo su fracaso, pero Orellana –ya lo sabemos– era de esos hombres que jamás se rinde; de los que siguen adelante hasta que la muerte los frena para siempre.

Pero ni los indios, ni los rápidos del río, ni las flechas de las amazonas, ni aun los vampiros, jaguares o serpientes, pudieron con él. Fueron necesarias unas fiebres traidoras, para que, al fin –a los treinta y cuatro años de edad–, Francisco de Orellana, el trujillano, el tuerto, rindiera su espada al Creador.

Quiero confesar aquí que mi primera intención era la de escribir un prólogo explicando las razones por las que me lanzaba a realizar este viaje y escribir este libro, pero que he optado, al fin, por convertirlo en epílogo.

Me resulta más cómodo. Quien haya leído mi relato comprenderá por qué me atraía la casi desconocida y fascinante figura de Orellana. También comprenderá por qué me atraía la idea de seguir sus huellas, paso a paso, a todo lo largo del Gran Río.

Al lector que aún no lo comprenda, no vale la pena que intente explicárselo, y a quien no piense leer este libro, ¿qué pueden importarle mis razones?

Sólo me resta mostrar mi agradecimiento a todos aquellos que –de un modo u otro– hicieron posible el viaje: Televisión Española, Luis Ezcurra, José de las Casas, Carlos Martínez

Barbeito, Ignacio de Urquijo, monseñor Alejandro Labaca, Gastón Fernández, Marie–Claire Mathias, capitán Joaquín Galindo, José Luis Monter, José Peciña, Antonio Fernández, fray Gaspar de carvajal, Francisco de Orellana...

Madrid, octubre de 1969.